



UN RÉGIMEN MUNICIPAL

DE LA ANTIGUA CATALUÑA.

SABIDO es que en los pasados siglos, la constitucion y régimen de los municipios se fundaban mucho más que en leyes y disposiciones de carácter general, en fueros especiales y en usos y prácticas de cada localidad, siendo muy pocos los pueblos cuya historia en este particular nos sea conocida, aún de un modo imperfecto. No lo es poco ni mucho, por no haberse publicado nunca íntegra ni particularmente, la que voy á referir, y que por esta razon, por formar un sistema muy razonable y por comprender todas las modificaciones que la experiencia hizo adoptar hasta el dia en que aquel sistema tuvo que ceder su plaza á otro más general, parece no ha de desagradar á los aficionados á esta clase de noticias.

Hácela más interesante, en cierto modo, el referirse á una villa bastante reducida hoy, y que en tiempos antiguos, aunque con mucho menor vecindario todavía, no carecia de importancia ni de ordenada administracion, segun lo atestiguan los muchos privilegios y documentos que, á pesar de no tener

ya otro interés que el histórico, se conservan guardados en su archivo.

Me refiero á la villa de Palamós, que perteneció al veguerío de Gerona, como ahora á la provincia del mismo nombre. Su régimen municipal tomó su origen del privilegio que Pedro el Ceremonioso le concedió, fechado en Gerona á 6 de Mayo de 1358, cuyo contenido sustancial, fielmente traducido del original latino, es el siguiente:

«Nos, Pedro, por la gracia de Dios Rey de Aragon, etc. Atendiendo con vigilante cuidado á la utilidad y conveniencia de nuestro lugar de Palamós y de los particulares del mismo, y á finde que sea abolido del todo como injusto y no conveniente á la razon el uso observado en la congregacion de los consejos en que todos los habitantes del mismo lugar tenían necesariamente que reunirse, pues sucedia con frecuencia, segun entendimos y así es verosímilmente de presumir, que por reunirse en dichos consejos todos los habitantes del mismo lugar, entre los cuales habia algunos que no gozaban por completo de sentido ó natural juicio ó razon, quedaban indecisos los consejos, y muchas veces no podian hacerse las cosas útiles á dicho lugar, ni evitarse, como deseamos, las inútiles: como padre y legítimo administrador del ínclito y magnífico infante Juan, primogénito nuestro carísimo, duque de Gerona y conde de Cervera, decretamos con tenor del presente privilegio perpetuamente valedero y ordenamos, que en la próxima venidera fiesta de Pentecostés sean elegidos por la misma universidad (1) congregada en el lugar acostumbrado de celebrar consejos y segun el modo tambien de costumbre, ó por la mayor y mejor parte de la misma, dos prohombres (probi homines) de dicho lugar, los cuales se llamen jurados y sean nombrados por todo un año contadero continuamente desde el dia de la eleccion en adelante, los cuales usen en dicho oficio de jurados y le ejerzan como y segun usan y hasta aquí usaron los jurados de Gerona. Y

(1) Dábase el nombre genérico de universidad á lo que solemos llamar ahora municipio, y en esta acepcion debe tomarse.

cuales jurados junto con la universidad, elijan en el mismo día quince prohombres del mismo lugar, en cual número haya cinco de la mano mayor y cinco de la menor, siendo los cinco restantes de la mano media, quienes se llamen consejeros en todo el tiempo de dicho año. Cual elección verificada, acto continuo y en el propio día los mismos jurados y consejeros deban jurar en poder del baile de dicho lugar por los santos Evangelios de Dios con sus manos corporalmente tocados, tener, celebrar y adoptar los consejos haciendo las cosas útiles á dicho lugar y á los individuos del mismo; y evitando en cuanto puedan las inútiles para los mismos, para alabanza y gloria del Sumo Creador, honor y reverencia de nuestro real solio y utilidad y conveniencia de toda la república de dicho lugar. Cuales jurados así elegidos con dichos quince consejeros, si todos quisieren ó pudieren asistir, ó con próceres para completar el número de dichos consejeros si faltaren todos ellos ó parte de los mismos, convocados conjuntamente en aquella parte de dicho lugar y en aquella forma que es costumbre congregarse los consejos en el mismo, puedan celebrar los consejos y resolver los demás negocios de dicho lugar. Cual año trascurrido, en igual festividad sean elegidos otros dos jurados y quince consejeros, quienes juren y usen en el modo y forma sobredichos, y así en cada año perpétuamente. Queremos, sin embargo, y así lo declaramos expresamente, que los que un año fueron jurados no puedan ser elegidos en el año inmediato siguiente para el antedicho oficio, ántes bien deban ser elegidos y creados en cada año otros dos de nuevo; pero bien puedan los que en el primer año hubieren sido electos y tenido el oficio mencionado volverlo á tener y ser elegidos en el tercerco ó cuarto año si á la universidad le pareciere conveniente. Puedan, empero, ser dados y elegidos consejeros aquellos mismos que en el año trascurrido lo fueron ú otros, segun el buen arbitrio y parecer de la misma universidad.»

Aunque para muchos de los lectores será claro el contenido, otros no llevarán á mal una concisa explicacion. Dispuso el precedente documento que el domingo de Pentecostés de cada año se reuniesen en el lugar y con la forma de cos-

tumbre todos los habitantes de Palamós—debe entenderse los cabezas de familia con casa abierta, según el derecho y estilo de la época—y eligiesen á dos de ellos para jurados; que éstos, junto con los mismos habitantes reunidos, nombrasen en seguida quince consejeros, tomándolos por igual de las *manos* ó clases alta, media y baja—entendíase, sin duda, que los jurados debían proponerlos y los demás concurrentes admitir ó desechar la propuesta;—que jurados y consejeros debían en seguida prestar el juramento que se prevenía y entrar en funciones hasta igual festividad del año siguiente; y que los jurados no podían ser reelegidos sin mediar un año de hueco, pero los consejeros podían serlo indefinidamente. Disponíase además que los jurados ejerciesen su cargo al igual que lo hacían los jurados de Gerona, y que unidos con los consejeros pudiesen celebrar los consejos y resolver los demás negocios de dicho lugar. Esto último significa claramente que en el Consejo estaba la plena representación del municipio sin limitación alguna. En cuanto á los jurados solos, ninguna relación ni semejanza tenían con lo que en el día se llama el *jurado*: eran pura y simplemente los representantes y agentes del mismo municipio para sólo los asuntos ordinarios de su administración.

Además de la parte dispositiva del documento mencionado, es curioso su preámbulo. Es opinión común que la creación de una corporación municipal significa siempre una libertad para el pueblo que debe representar, sobre todo siendo aquella elegida por el voto amplio de los vecinos y sin influencias ni cortapisas por parte del Gobierno; pero allí se ve lo que á pocos se les habrá ocurrido, esto es, que también puede ser aquella creación, aún con las circunstancias indicadas, una medida de *orden* y contraria á la *libertad*, en el sentido, por lo ménos, en que suelen contraponerse las palabras subrayadas. Y si las razones en que fundó Pedro el Ceremonioso su providencia son aplicables á todos los tiempos y lugares, en Palamós debían tener en aquella época mayor fuerza, por la idea que se les ocurrió á sus moradores de reunirse para sus deliberaciones al aire libre y en lugar tan ventoso como debe serlo siempre aquel en que se empla-

za un molino de viento. He leído el acta de la elección de jurados y consejeros verificada en el año 1361, autorizada por un notario que asistió al efecto con tres testigos forasteros, especialmente llamados y rogados: constan en ella los nombres de los 67 habitantes que concurrieron á la reunion, y que ésta se celebró *junto á un molino de viento que tenia Pedro Nadal (1)*... donde dicha universidad algunas y muchas veces solia reunirse para la expedicion de sus negocios. No era fácil que concurriesen á semejante punto personas de salud delicada ó de edad proveccta, aunque fuesen las más sábias y experimentadas, y para ejercer influjo en aquellas reuniones seria preciso estar dotado de pulmones á prueba de huracan.

El sistema expuesto sólo rigió en toda su plenitud hasta el año 1448, en el cual la Reina doña María, como lugarteniente general de su marido el Rey Alfonso IV de Cataluña y V de Aragon, introdujo por otro privilegio de 23 de Agosto dos variaciones: una de ellas elevar á tres el número de jurados para que hubiese uno de cada *mano*, reduciendo á catorce el número de los consejeros, y la otra variar el sistema de elección, porque sucedia con frecuencia, segun dijo, que no se lograba acuerdo sobre la elección de los jurados, y de la discordia nacia cismas y escándalos. Ordenó, pues, que en el citado dia de Pentecostés, reunidos los consejeros con asistencia del baile y del escribano, y completado con otros vecinos el número, si no asistiesen todos los catorce consejeros, se sacasen á la suerte con ciertas formalidades cinco de los catorce para electores, y aislados éstos desde el momento de conocidos para que no pudiesen hablar con nadie más, procediesen á elegir en seguida los tres jurados, prévio empeño juramento en poder del baile, ó en su defecto del escribano, en nombre del baile, de hacer la elección segun Dios y sus buenas conciencias, de las mejores y más dispuestas personas de dicho lugar ó villa, y pertenecientes á las tres cla-

(1) El sitio á que se hace referencia es aquel en que existe, de pocos años acá, el faro del alumbrado marítimo, para cuyo emplazamiento fué preciso derribar las ruinas que quedaban del antiguo molino de viento.

ses, prescindiendo por completo de todo ódio, amor, temor, ruegos ú otras afecciones que las de la pública utilidad, no pudiendo recaer la eleccion en ninguno de dichos electores. Y reunidos luégo á estos cinco electores los tres jurados por ellos elegidos, ó por lo ménos dos, si no fuese posible los tres, debian proceder juntos, prévia la prestacion del antedicho juramento, á la eleccion de los catorce consejeros para el nuevo año administrativo.

Con otro privilegio expedido en la ciudad de Vitoria, del reino de Castilla, á 1.º de Setiembre de 1476, el Rey D. Juan autorizó á los jurados de Palamós para nombrar cada año un almotacen (mostassafum) con las mismas facultades que el de Gerona.

Pocos años más tarde la villa de Palamós pasó de realenga á señorial, á pesar de los diferentes privilegios que para no ser en ningun tiempo enagenada de la Corona tenia; pero continuó disfrutando de todos los demás que por los reyes le habian sido concedidos, y en 1580 su conde, deseando quitar abusos y resolver sobre casos que no habian sido previstos por disposiciones anteriores, despues de varias reuniones de los jurados y Consejo para oir sus pareceres, dictó unas *ordenaciones* más detalladas. Nada sustancial se invocó en ellas, salvo el que de los catorce consejeros sólo fuesen elegidos cada año seis, ocupando los ocho puestos restantes los tres jurados salientes y los cinco consejeros electores—cual lo habia introducido ya la costumbre—y el exigirse dos años de hueco para ejercer de nuevo el cargo de jurado quien le hubiese ya desempeñado. Entre las disposiciones adicionadas se encuentran la de que si la suerte designase como electores á los cinco consejeros de la clase alta, á los cinco de la media ó á los cuatro de la última, permaneciesen todos ellos y los tres jurados salientes en el Consejo del año siguiente, rebajándose para aquel año un consejero de alguna de las otras clases para que no se alterase el número total de los catorce. Se dispuso tambien que si en la eleccion de consejeros hubiese empate entre los votos de sus ocho electores, fuese llamado, para el solo efecto de dirimirse, uno de los jurados que cesaban, prefiriéndose al de más alta clase. Se resolvió que los

que hubiesen sido jurados ó consejeros por la mano mayor, no pudiesen en lo sucesivo ser elegidos para ninguno de dichos cargos en representacion de las otras clases, ni los que lo hubiesen sido por la mediana pudiesen serlo despues por la última; pero sí podia cualquiera ser elevado de menor á más alta clase cuando á los electores les pareciese conveniente; lo cual prueba que la clasificacion era puramente prudencial. Se declararon obligatorios los cargos de jurado y de consejero, y tambien, salvo excusas que apreciase el Consejo, los de depositario, oidores de cuentas, almotacen, mayordomos de la iglesia y del hospital y demás que se acostumbraban elegir cada año, cuya eleccion la verificaria el Consejo por mayoría de votos. Y se mandó que cuando en el Consejo ordinario se acordase gastos ú otras cosas de importancia, debiese llamarse al notario para que las escribiese en seguida, en presencia del mismo Consejo y con expresion de todos los consejeros presentes, en el libro que debia llevarse al efecto y guardarse en la caja de la villa.

Pero á pesar de las disposiciones de Pedro el *Ceremonioso* y de la citada Reina doña María, el Consejo general, compuesto de todos los vecinos, siguió de hecho reuniéndose y deliberando, aunque únicamente para asuntos extraordinarios. Tanto era así, que en las ordenaciones de 1580, si bien no se le nombra para nada, se reconoce implícitamente su existencia al hablar del *Consejo estrecho*, título que en contraposicion se daba á veces al de los jurados y consejeros, el cual tambien era llamado indistintamente *Consejo ordinario* ó simplemente *El Consejo*. No debió, sin embargo, mejorar con el tiempo la índole del Consejo general, cuando en sesion de 16 de Julio de 1703 acordó el Consejo ordinario solicitar que aquél fuese sustituido por otro tambien extraordinario, pero limitado y de eleccion. Asistieron á la deliberacion los tres jurados y once consejeros, y el acuerdo fué del tenor siguiente:

«Considerando que para muchas cosas de grande importancia, tocantes á esta universidad, se necesita convocar y congregarse el Consejo general, y como en semejantes convocaciones nada se resuelva, segun así lo tienen experimenta-

do en todas las ocasiones en que así se ha convocado y congregado dicho Consejo general, porque en tales casos quien tiene ménos capacidad, aquél más contradice las cosas convenientes al comun, y así no se resuelve cosa alguna, porque en tales casos no hay sino gritería en dichos Consejos: Por esto se ha resuelto que para evitar los inconvenientes que por dichas razones se siguen, se suplique al excelentísimo señor duque de Sessa, señor y conde de la presente villa y su condado, sea servido conceder á la dicha universidad privilegio para que el dia de Pentecostés, en que se hace la eleccion de Consejo estrecho, se haga tambien la eleccion de un cierto número de personas para el Consejo general, y que dicho Consejo estrecho, con dichas personas elegidas para el Consejo general, representen toda la referida universidad y determinen cualesquiera cosas á ellos bien vistas, como si todo el pueblo estuviese convocado y congregado (quedando el Consejo estrecho en su primitivo estado como hasta hoy), y que la expresada eleccion de dicho Consejo general se deba verificar todos los años en dicho dia de Pentecostés, y que aquél se pueda mudar á la voluntad de dicho Consejo estrecho.»

Ignoro si aquella peticion fué atendida: pero de todos modos no trascurrieron muchos años sin que todo el sistema fuera abolido por la ley general que para Cataluña dictó la espada vencedora de Felipe V.

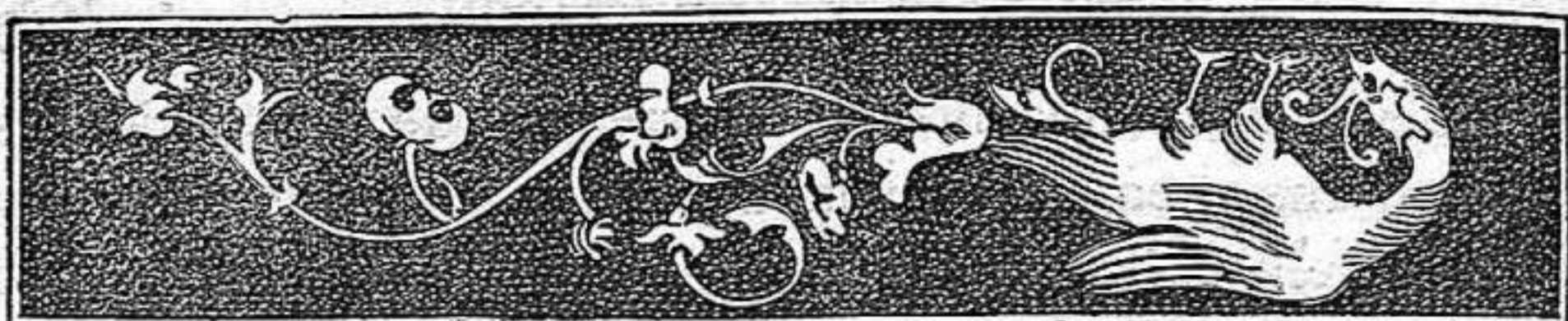
El *baile* era la autoridad civil y judicial, el delegado del Rey en los primeros siglos y del conde desde que la villa fué señorial, pero no tenia parte ninguna directa en la administracion municipal, que pertenecia á los jurados, ni en los acuerdos y elecciones, que correspondian al Consejo. Le nombraba el Rey libremente en los tiempos primitivos, pero más tarde se concedió que fuese trienal y debiese ser tomado de la terna formada por el Consejo. Extendia su mando y jurisdiccion á otros pueblos comarcanos, que tenian, sin embargo de ello, administracion municipal separada.

Como se ve, pues, existió durante algunos siglos en aquella villa lo que el claro talento de D. Antonio Cánovas del Castillo indicó en cierta ocasion como ideal apetecible, aun-

que difícilmente realizable: la existencia de dos entidades distintas, una encargada de la administración municipal, y otra representante del poder central en el municipio. Y lo mismo que en dicha villa pasaba en otros puntos, porque el sistema explicado no difería esencialmente del que regia en la generalidad de las demás poblaciones de Cataluña dotadas de régimen municipal, aunque discrepasen en el nombre de los jurados—que en algunas se llamaban *cónsules*, *paeres*, ó de otro modo—y en el número y sistema de elección ó designación de los mismos y de los Consejos municipales.

NARCISO PAGÉS.





BIBLIOGRAFÍA.

LAS LIBERTADES DE ARAGON ⁽¹⁾

ENTRE las incidencias á que dió lugar el último gran debate político de la última breve legislatura, que celebraron las segundas Córtes del reinado de D. Alfonso XII, suscitóse por el diputado de la derecha conservadora D. Manuel Danvila y Collado, y el de la izquierda dinástica D. Víctor Balaguer, una especie de reto histórico y político sobre lo que se ha dado en llamar desde hace tres siglos *las libertades de Aragon*, no habiendo podido ser zanjada la cuestion en los debates de la Cámara, por repugnar al carácter esencialmente práctico y político de las discusiones de esta especie de Asambleas, y porque en realidad de verdad, el pleito era más para dirimido en una Academia ó en el periódico ó en el libro.

Ofrecer llevar las cuestiones de la filosofía ó de la historia que en el Parlamento se suscitan al palenque de las contiendas científicas, es tan frecuente, como olvidarlo despues y no cumplirlo. No ha sucedido así esta vez, sin embargo. El

(1) Ensayo histórico, jurídico y político, por D. Manuel Danvila y Collado: Madrid, por Fortanet, 1881.

Sr. Balaguer prometió que el asunto sería objeto de una disertación suya en una solemnidad próxima de la Academia de la Historia, y en efecto, con motivo de su contestación al discurso de ingreso leído por el Sr. D. Antonio Romero Ortiz, que había elegido este tema para dilucidarlo, se ocupó más extensamente del asunto, y el Sr. Danvila, que aunque por sus merecimientos pudiera ocuparlo muy dignamente, no tiene todavía asiento en aquel sereno recinto, recogió el guante y se amparó del libro, donde los combates del pensamiento alcanzan al cabo laurel más duradero. No podía dejar de producir viva expectación, entre los interesados por el esplendor de nuestros adelantos históricos, una contienda en que tomaban parte personas tan competentes. Más antiguo que el Sr. Danvila en las lides literarias, el Sr. Balaguer reúne en su persona condiciones y prendas que son la base de una legítima reputación dentro y fuera de España. Como escritor, á su pluma son debidos, entre otros trabajos importantes, las bellas páginas de una Historia general de Cataluña, la más moderna que se ha entregado á la voracidad de las nuevas máquinas que ennoblecen el sublime arte de Gutenberg. Como poeta y catalán, á él más que á ningún otro se debe en el antiguo Principado la resurrección en España de aquellos legendarios *Juegos florales*, en que la gala de la poesía y la gala de la hermosura hicieron en los siglos medios estrecho maridaje por todo el Mediodía de Europa, y sublimaron las alegres emociones de los castillos y de las costas feudales donde tenían su asiento las celebradas Cortes de amor. En la política, además, el Sr. Balaguer ha tomado desde los primeros años de su carrera una significación tan marcada, que su nombre se confunde con los de todos los que en el presente siglo han usurpado el título de la vanguardia en los adelantos modernos por haberse puesto en la corriente de los que han gritado más, no de los que más y más sólidamente han fundado y reconstruido algo.

Más práctico en todo el Sr. Danvila y aunque sin carecer de aficiones literarias, pospuso también desde niño los libres estudios de la imaginación y del entusiasmo á las reposadas y serenas tareas del bufete y del foro. Natural de Valencia,

otro de los antiguos y florecientes reinos que en la pasada edad formaron parte de la heráldica corona de D. Jaime el Conquistador, aplicó sus estudios á la resolución de los problemas de provecho más positivo que plantean constantemente en toda la antigua monarquía aragonesa, las tradiciones locales de observancia secular que aún establecen diferencias y privilegios infranqueables en la vida y en el derecho civil de aquella pingüe provincia, y por último, afiliándose en las banderas de los partidos reparadores, que dedicándose á apartar sin tregua las ruinas, se afanan por reconstruir de prisa para que todo el campo no se transforme en árido desierto, se conceptúa también y con títulos de evidencia más palpable á la cabeza del progreso, que si en el largo período de las demoliciones revolucionarias no se ha representado sino con la piqueta y el martillo, en la altura á que los sucesos contemporáneos han llegado, tienen su mejor símbolo en el compás, en el nivel y en el palustre. Los dos poseen gran pluma y gran palabra. Los dos disfrutaban la justa reputación de hombres de ciencia. ¿Cómo podía dejar de ser este duelo interesante?

No obstante, desde que en la sesión del Congreso de los Diputados de 18 de Enero del año actual la cuestión quedó planteada, hay que confesar que el Sr. Danvila se apoderó de la parte más simpática. Las ideas del Sr. Balaguer no eran cosa nueva en él. Antes de revelarlas en los discursos pronunciados en Barcelona y Lérida durante su última peregrinación política por las provincias catalanas en Noviembre y Diciembre de 1880, las había reflejado en todas las obras por él escritas, donde contra el espíritu unitario de la nacionalidad española sostiene, como han sostenido de antiguo muchos otros escritores de Zaragoza, Barcelona y Valencia, la predilección que profesan al espíritu local, como si los largos siglos de una vida política común, no logran borrar jamás en la historia las rancias rivalidades de la vieja independencia. Estas ideas son tanto más extrañas, cuanto más imbuidas en el espíritu moderno aparecen ser las políticas de que el Sr. Balaguer presume, y cuanto más se considera el desuso en que ha caído todo ese cúmulo de falsas doctrinas

históricas de que el Sr. Balaguer ha hecho inagotable arsenal, por sacrificar el provincialismo catalán al sentimiento declamatorio de la peor escuela política, la que en las tradiciones más amadas de la patria entera, se resuelve en claro honor del solar anciano de Castilla. No sabemos hasta dónde son lícitos ya estos resabios en un hombre de la ilustración, de los antecedentes y de las miras del Sr. Balaguer. La experiencia dicta y enseña que si la piqueta ha caído ya en desuso entre los instrumentos del arte de la palabra, no puede quedar rehacia entre los del arte de la pluma, y las exigencias modernas imponen á todos conocer bien la evolución profunda á que asistimos en el cambio trascendental que experimentamos. Acabó ya la época de los atrevimientos críticos que han causado las revoluciones modernas. Acabaron también los tiempos de los desabrimientos declamatorios, que, impidiendo la fértil labor de toda tarea reconstructora, inconsideradamente han aumentado las ruinas. La necesidad de un porvenir que deje de girar en la incertidumbre ha despertado las últimas generaciones á deseos vehementes de una inmediata reparación, cuyas bases se han sentado sobre la restauración de la historia. Asistimos á un verdadero renacimiento. Los tenaces y los relapsos son ya una especie de anacronismo en medio del nuevo movimiento de la crítica y de la investigación, y lejos de arrastrar en pos de sí, como lograron otras veces, ofuscadas muchedumbres, verán escapárseles bajo sus pies el terreno que pisan, pues ántes de causar ningún género de emociones, no arriman leña sino á las apagadas cenizas de la indiferencia. Este trabajo de reconstrucción en ningún país de Europa es más activo que en España, en medio de la aparente desaplicación de nuestra sociedad á la reflexión y al estudio. El instinto público há tiempo que tiene planteado su problema, y comprendiendo que ninguna ley es más constante que la de la unidad moral en la dirección de los pueblos, rechazando cuanto el cálculo y la pasión han venido adulterando acerca de las nociones del pasado con el estímulo de los intereses extraños á quien nuestra excesiva é incauta credulidad ha servido de instrumento de explotación durante más de dos siglos, se ha

resuelto en definitiva por la marcada tendencia de devolver á las instituciones, á los hechos y á los nombres históricos y gloriosos de la patria, el brillo de aquella grandeza con que atravesaron el Océano sin fondo del tiempo y del espacio, hasta encallar en las engañosas syrtes que fuera de nuestro hogar dispusieron en miserables celadas de nuestra buena fé, las torpes manos de la rivalidad política, el temor de un nuevo engrandecimiento y los recuerdos de humillacion. Nadie puede proponerse ya por modelo aquellos espíritus fuertes que en el trascurso de la primera mitad del presente siglo hacian gala de ilustracion y adelantos por admitir sin discernimiento cualquiera de estas novedades, que salian de las sanas nociones de la tradicion nacional. Las exigencias de la época se imponen. Para disertar en historia, la investigacion y la crítica han abierto horizontes de amplitud extraordinaria contra las prevenciones de escuela y contra las pequeñas miras locales. Hoy no existe ya más autoridad que la del documento, ni más juicios admisibles que los que descansan con entera franqueza en la más leal sinceridad. Los que otro apoyo busquen en los auxilios de las opiniones individuales, no ilustradas hasta ahora en las condiciones que nuestro tiempo exige, no pueden usurpar el nombre de adalides del progreso contemporáneo, cuyas puertas se cierran á sus ideas preconcebidas.

No es nuestro ánimo analizar en este concepto las de los discursos políticos y académicos del Sr. Balaguer, que sirven de clave á la erudita impugnacion del Sr. Danvila. Para reflejar el estado de la cuestion, bástanos hacer una excursion rápida y ligera por el libro que el eminente jurisconsulto valenciano ha dado recientemente á la imprenta, y cuyo objeto es restituir á las instituciones fundamentales de la patria la significacion que por ser de muchos desconocida, se intenta que sea usurpada; devolver á la verdad su pureza nativa y demostrar el origen, naturaleza y desenvolvimiento de la monarquía aragonesa á través de los siglos y de los grandes acontecimientos sociales que en ellos se realizaron, para venir á evidenciar en último término que en vez de merecer las injustas calificaciones que se prodigan al Rey D. Pedro IV

por haber abolido los *Privilegios de la Union*, este Monarca supo salvar por aquel medio la corona y destruir el germen de su estado anárquico permanente, que no otra cosa era el reino de Aragon, cuando él subió al trono. El estado político que caracteriza á las monarquías peninsulares de la Edad Media fué la obra lenta pero constante de las recíprocas influencias, que despues de las invasiones bárbaras dejaron sentir en las leyes y en las costumbres los vencedores sobre los vencidos y éstos sobre aquéllos. En absoluto el principio capital que informa las instituciones que sucedieron al caos de la inundacion, inútilmente seria buscarlo ni en la legislacion romana, ni en la de los pueblos invasores, ni en el mismo imperio moral de las ideas del cristianismo que sobre unos y otros se impuso. Aunque la Iglesia, en la alta mision civilizadora que por entónces desempeñaba, contribuyera en alto grado al progreso de la sociedad hispano-gótica, apenas procedió á recopilar las costumbres godas de Eurico, hallóse en frente de la *Lex Romana* que Alarico mandó publicar, hasta que compenetrándose ésta en aquéllas desde el reinado de Leovigildo y tomando desde Recaredo el sentido católico, vinieron á constituir la sávia vivificante de aquellos códigos que dan eterno honor al recuerdo de los concilios españoles. Es innegable la influencia que el derecho eclesiástico ejerce en toda esta sábia legislacion; así, entrañando las leyes góticas el principio fundamental de las instituciones que regulaban, consagró en la Monarquía el principio del derecho electivo para la sucesion del trono, como fiel reflejo de lo que se observa en la sucesion del pontificado, el principado más alto y más perfecto que se conocia entre los hombres, como que su jerarquía abrazaba los dominios del cielo y de la tierra. En vano la crítica investigadora de nuestro tiempo ha pretendido dividir por épocas la variedad de caracteres que presume adivinar en la constitucion de esta monarquía, completamente ilimitada y absoluta en el primer período hasta Recaredo, y en el segundo hasta la muerte de Leovigildo, y limitada y representativa despues, durante la época de los concilios y el apogeo del poder episcopal. En todo el largo período que abraza el reinado de los godos en España, la

transformación del derecho no hace sino sufrir el creciente influjo de la Iglesia y de sus cánones conciliares sobre las leyes romanas y las costumbres germánicas, y las libertades tradicionales que después se han fundado sobre el rudimento de las leyes góticas, no han reflejado sino los resplandores de la libertad que forma el orden constitutivo de la monarquía eclesiástica en todos los rangos de sus supremas jerarquías, por más que la crítica moderna se haya empeñado en desconocerla y en negarla.

La base de lo que después se ha llamado las libertades de Aragón hay que buscarla, en efecto, en aquellos concilios y en las leyes que encierran su espíritu. «De orden del Rey Sisenando, dice el Sr. Danvila, á este propósito y en el año 633, reuniéronse en la basílica de Santa Leocadia 61 obispos de España y las Galias, presidiendo San Isidoro, arzobispo de Sevilla. El Rey lo abrió en persona acompañado de los magnates de la corte, *et entró con los varones muy grandes et mucho onrados et primeramente: dexóse logo caer en tierra omiliosamente ante todos nos, obispo de Dios, et rogonos et pedionos con lágrimas muchas et con suspiros que rogásemos á Dios por él.* (Ley I, tít., j, libr. 1.º del Fuero Juzgo.) De los 75 cánones que en este concilio se hicieron, algunos participaron de carácter civil; pero el más importante es sin duda alguna el setenta y cinco, trasladado en gran parte á las leyes del Fuero Juzgo. Al pueblo se le reitera la obediencia que debe al príncipe, cumpliendo el juramento que de su lealtad debe hacer al entrar éste en funciones, y al hablar de la elección del Rey dice: «*Nadie se atreva á ocupar el trono por fuerza ni por engaño: nadie trate de turbar al Rey; sino que en cuanto éste muera, reunidos los grandes con los obispos, elegirán la persona que ha de ocupar el trono, porque unidos estos dos poderes en voluntad y concordia, no resultará ningun daño al pueblo ni por medio de la fuerza ni del cohecho.* Se pronunció repetidas veces la separación del gremio de la Iglesia contra el que no obedeciese esta ley, y el clero y el pueblo presentes confirmaron con sus voces el anatema. Luégo, dirigiéndose los padres al Rey le dijeron estas palabras: «*Tambien á tí y á tus sucesores rogamos con la debida humildad, gobiernes con moderacion y dulzura á*

nuestros súbditos y rijaís con justicia los pueblos que Dios os ha encargado. Ninguno de vosotros juzgue por sí solo causas capitales y de interés; porque la culpa de los delincuentes se ha de probar por el consentimiento público con un juicio manifiesto. Y decimos á los Reyes futuros, que si alguno de ellos por soberbia ó fausto real opuesto á la reverencia debida á las leyes, ejerciera sobre los pueblos un poder despótico por maldades ó codicia, será condenado por Cristo señor nuestro, con la sentencia de anatema, y separado y juzgado por Dios, por haber obrado mal y convertido el poder real en daño del pueblo.» Completo silencio guardó la historia sobre este punto, hasta que tuvo lugar el cuarto concilio de Toledo, que en él se consignaron reglas para la elección de los príncipes. Ensanchóse entónces la autoridad y prerogativas del poder eclesiástico; se anuló completamente la representación del pueblo, limitando el derecho electoral á los obispos y á los palatinos y entronizado el sistema teocrático-aristocrático, que dió carácter á la monarquía gótica, de grado en grado y de concilio en concilio, fué desapareciendo completamente la antigua legislación, de la que apenas quedó más fórmula que la contenida en la ley II del primer título, la cual dice así:

«Cá los Reys son dichos Reys porque regnan, et el regno es lamado regno por el Rey; et así como los Reys son dichos de regnar, así el regno y e dicho de los Reys; et así como el sacerdote y e dicho de sacrificar, así el Rey y e dicho de regnar piadosamente: demas haciendo derecho el Rey debe aver nonme de Rey, et haciendo torto pierde nonme de Rey; onde los antigos dicen tal proverbio: *Rey serás, si fecieres derecho: et si non fecieres derecho, non serás Rey.*» De aquí los escritores, como se ha dicho, dedujeron el origen de las libertades de la *monarquía paccionada de Aragon*, aunque la goda fuese una monarquía electiva y la de Aragon feudal y hereditaria.

Por más que al pasaje apuntado quisieran atribuirle algunos el carácter legal que nunca tuvo, siempre resultaría un error inmenso de querer deducir de aquí que en la formación de la monarquía aragonesa se tuvo para algo en cuenta el proverbio recordado en el *Libro de los Jueces*. Inútiles han

sido los trabajos más escrupulosos y prolijos para averiguar los orígenes de los reinos de Sobrarbe y de Aragón. Los historiadores más concienzudos han opinado que al crearse el último en Iñigo Arista, que es el primero que simboliza la soberanía en aquella comarca, la condición hereditaria del trono debió ser electiva como en León y Asturias hasta D. Ramiro. ¿Pero se abandonaron desde luego las leyes góticas, únicas que debían conocer los nuevos conquistadores de la independencia patria? Aunque sobre este asunto haría se ha disertado, parecenos que lo natural y lo lógico conspiran á sospechar que no debieron ser abandonadas, á menos que no se dieran á conocer las nuevas leyes que las sucedieron, para no dejar abierto en el vacío tan profundo espacio de antigüedad. De aquí han surgido un sinnúmero de cuestiones, sobre todo acerca de la existencia de la ley constitucional llamada el *Fuero de Sobrarbe*, que los historiadores más graves han negado, convirtiéndose por lo tanto en conjeturas más ó menos racionales todo cuanto se ha dicho á propósito de las libertades primitivas impuestas á los primeros Reyes para evitar que su poder cayera en despotismo. Aragoneses han sido, por lo tanto, todos los que han escrito que en *Aragón primero hubo leyes que reyes*, bien que lo que de la historia queda claramente demuestra que el caudillaje militar constituyó el verdadero principio de aquella monarquía. Negando la existencia de las supuestas anteriores á la existencia de la corona, quedan también por tierra las teorías sobre aquéllas sustentadas y que no han tenido más objeto que deprimir la potestad de los Reyes. No por esto osaría nadie desconocer el poder que en Aragón tuvo el elemento aristocrático. Con su gran juicio indica Zurita en sus *Anales* á este propósito: «la grande autoridad »que gozaran los ricos hombres, que ninguna cosa se hacía »sin su parecer y consejo y sin que ellos la confirmaren y que »todo el gobierno de las cosas del Estado, de la guerra y de »la justicia fué de allí adelante de los nobles y principales »que se hallaron en la elección y en la defensa de la tierra, á »los cuales y á sus descendientes legítimos llamaron ricos »hombres á quienes los Reyes tenían tanto respeto que parecía

»ser sus iguales, con quien eran obligados de repartir las
»rentas de los lugares principales que se iban ganando, y
»ellos á servir con sus caballeros y vasallos, segun la canti-
»dad que montaba lo que en cada ciudad y villa se señalaba
»al rico hombre, que llamaban *honor* y no se puede negar
»que los reyes que reinaron en España despues de la entrada
»de los moros fueron muy semejantes á lo que leemos de los
»primeros que alcanzaron esta dignidad en la tierra, que eran
»como unos perpetuos caudillos y generales de compañías de
»gente de guerra.» A pesar de este legítimo influjo reconoci-
do aquí á la aristocracia, está muy lejos de reconocerlas
aquellas preeminencias insultantes que se ha pretendido
consagrar despues como forma esencial y constitutiva de la
monarquía aragonesa, y sobre todo la fórmula de aquel
juramento político que desde hace dos siglos se viene decan-
tando tanto, y que no descansa sobre ningun testimonio
auténtico de la antigüedad.

El predominio de la orgullosa aristocracia aragonesa sobre
la misma institucion real, abarca un largo período que bien
puede llamarse de las *revoluciones de Aragon*, y que comen-
zando en el reinado de D. Pedro II, atravesó todo el de don
Jaime I, llamado el *Conquistador*, tomó nuevo incremento
en el de D. Pedro III el *Grande*, llegó á su cúspide bajo don
Alonso III el *Tirano*, y fué por último vencido bajo D. Pe-
dro IV el *Ceremonioso*. En este largo pleito entre la corona
y la aristocracia conjurada y rebelde, se sancionaron los fa-
mosos *Privilegios de la Union*, que para muchos escritores
críticos forman la base legal y paccionada de las libertades
aragonesas, y que en realidad representan sólo la deshecha
armonía que se habia roto entre el trono y la fuerza social
preponderante y la imposicion de ésta sobre la humillacion
de aquél. Comenzaron los privilegios por aquella especie de
armisticio que se sancionó en 1265 en las famosas Córtes de
Egea, y en el cuál todo el provecho fué para los nobles y nin-
guno para el estado llano, y que en corto espacio de tiempo
produjo las exigencias de las célebres Córtes de Tarazona, la
declaracion de la *Union*, el alzarse en armas los nobles, y
por último, la concesion del *Privilegio general*, dado en las

Córtés de Zaragoza de 1283 por el Rey D. Pedro III, llamado el *Grande*. Aunque ilustres escritores modernos hayan comparado este Privilegio con la *Charta magna* de Inglaterra y otros encontrado en él el germen de todas las grandes ideas políticas y de todas las conquistas de la civilización que hoy nos ufanan, no son menos ilustres los historiadores que, por el contrario, lo tacharon de victoria de la tiranía y de la insolencia de unos cuantos rebeldes, opinando que dejó al trono sin adquirir libertades para el pueblo, quedando apriada la corona á la aristocracia del país, por satisfacer sus intereses particulares. Por eso difícilmente puede encontrarse la libertad política dentro del *Privilegio general*, que no contiene sino escasísimas prescripciones en el orden civil, ó sea en lo referente á la familia y á la propiedad, bases fundamentales del orden social, como el sentido moderno reconoce. Ni aun en el orden político se halla en él fácilmente principio alguno que pueda con razon estimarse como germen de lo que hoy entendemos por libertades públicas. Los derechos que algunas escuelas políticas consideran inherentes á la personalidad humana, y que constituyen las conquistas de la civilización que hoy nos engrie, no merecieron siquiera una mencion honorífica en el *Privilegio general*, y no ciertamente porque faltaran en España buenos ejemplos que imitar, pues ya las Córtes de Leon en 1020, además de hacer más cristiana y libre la condicion del siervo, dispusieron que no se allanase la casa de ningun habitante de Leon ni se le cerrasen las puertas por exaccion de las multas en que hubiera podido incurrir, mientras en Aragon las cerraban los nobles hasta al mismo Rey en caso de delito.

La verdadera libertad política no comenzó en Aragon hasta que el Rey D. Pedro IV rompió los privilegios que sostenian el despótico y anárquico poder de la aristocracia, y fijó las bases seguras de la vida constitucional de aquella monarquía. Entretanto, cualquiera que sea el juicio que se forme por el historiador y el jurista, sobre los términos de esta cuestion, queda en pie lo más importante de cuanto á ella se refiere: esto es, lo relativo á la fórmula del juramento, que con lo que atañe á la autoridad del Justicia son los dos ejes so-

bre que se ha hecho girar modernamente cuanto acerca de las libres instituciones aragonesas se ha venido exagerando. Más de treinta años hace que en el seno de la Academia de la Historia cupo en suerte al señor conde de Quinto dilucidar esta cuestión. Todos sus esfuerzos se encaminaron á demostrar que no existe en la Constitución de la monarquía aragonesa, ni en su sucesivo desenvolvimiento, comprobación cierta de la fórmula vulgar con que la tradición reviste la solemnidad de los Monarcas de otro reino.

Después de aquella obra de prolija erudición y alta crítica, nadie que de entendido se precia estima ya ni como una frase compuesta para herir con ella más vivamente que con la verdad laboriosa y la incompleta teoría que de sí dan por lo común los hechos, los ánimos de la muchedumbre. El estudio profundo de la antigua Constitución de la monarquía aragonesa no puede arrojar de sí más que lo contrario de lo que en los tiempos modernos han querido demostrar los que, llevados de un excesivo espíritu de provincialismo, la han descrito hasta como un ideal, ó al ménos como un modelo que aplicar á las instituciones políticas modernas y basadas sobre el espíritu de la democracia. El Sr. Danvila ha estado en lo cierto cuando después de dedicar su aguda crítica al análisis de todos sus pormenores, no ha podido ménos de exclamar:—«¿Era este un pueblo libre?—¿En qué consistió en la Edad Media el derecho y la ley en Aragon? ¿Estaban allí deslindados los poderes públicos? ¿Sería posible trasladar á la sociedad moderna aquellos gloriosos recuerdos de nuestro valor, pero que tanto dificultaron la unidad de la monarquía? No: los que afirman que aquellos pueblos eran libres, confunden el verdadero pueblo con la aristocracia nunca satisfecha de privilegios y de poderío. Los que creen que el derecho y la ley nacen de privilegios como el de la Union, ignoran lo que es la ley y el derecho. Los que hablan de sentimientos de amor y de respeto entre un pueblo libre y un Monarca celoso de que la ley se guarde para todos, olvidan la precaria situación de la monarquía y la fuerza avasalladora de la aristocracia en la época á que consagramos estas líneas. Y los que desean para España los privilegios del

feudalismo y los honores de la esclavitud, viven de ensueños engañosos y de recuerdos que pasaron para no volver: al sostener que la mejor forma de gobierno es aquella que mejor asegura y garantiza las libertades de los pueblos, desconocen que el gran problema de la política moderna es la armonía del orden con la libertad por el cumplimiento de todos los deberes y de todas las prescripciones legales. El gran orador romano había legado á las generaciones venideras esta gran sentencia: *Omnes sumus servi legum*. Las instituciones aragonesas podrán haber sido en las épocas de combate lo que la guerra consintiera y el valor y el honor de los caudillos aceptara, mientras la monarquía fue electiva; mas despues que los Reyes conquistaron con su sangre y su valor probado en cien batallas el carácter hereditario de la corona, sólo sancionaron el derecho de insurreccion cuando la fuerza á ello les obligó; pero esta anarquía produjo una reaccion saludable, y los Reyes de Aragon se vieron obligados á destruir el poder de la aristocracia, dando al pueblo participacion en la vida pública, atribuyéndola la consideracion de fuerza social y cimentando el mecanismo del sistema constitucional de los tiempos modernos. Esta será siempre una de las legítimas glorias de aquel memorable reino.

Los hechos históricos han servido al Sr. Danvila para extender sus prolijas consideraciones sobre una cuestion, cuyo triunfo ha sido completo. Su libro muestra en bellas páginas el progreso de las instituciones nacionales desde la reconquista, y las largas luchas que tuvieron que sostener, no sólo con el enemigo armado, sino con los mismos elementos que habian de servirla de instrumentos de estabilidad y de fuerza, cuyas invasiones son ineludibles en el vuelo inevitable de los intereses de clase que tratan de imponerse siempre, así como los individuales, sobre los intereses del procomun. ¿Cómo no conceder en los primeros tiempos á estas clases participacion en las ventajas de la guerra? Así nacieron las behetrias primero, las cartas-forales despues, las de poblacion más tarde, y por último, los códigos de frontera que otorgaron á las villas muradas el monstruoso privilegio de asilo para los criminales. Estos y no otros son

los verdaderos pactos legales que la historia del derecho reconoce entre el Rey y sus vasallos; no fórmulas que inventó el talento de un cronista célebre, y que despues ha explotado una crítica demoledora. Por análogas concesiones, hijas de las circunstancias, la aristocracia aragonesa adquirió aquella importancia que fué comun á todas las de los demás pueblos que se formaron, como el aragonés, en la lucha y tuvieron que prestar á los Reyes los grandes auxilios á cuyo cambio adquirieron insolentes privilegios que despues trataron de extremar hasta en oprobio de los mismos Monarcas. Pero esta aristocracia con su poder invulnerable tenia viciado el órden social; todo lo absorbía, todo lo monopolizaba, todo lo revolvía; para ella no habia ley ni justicia. ¿Y puede entretanto decirse que entónces era cuando estaban más garantidas las libertades públicas, que entónces era cuando habia más libertad; que entónces era, en fin, cuando el pueblo intervenia mejor los actos de los poderes públicos? La libertad fué un feudo de la nobleza: la infortunada clase solariega ó villana, carecia de leyes de proteccion. Semejante estado social ni puede presentarse bajo la perspectiva de lo envidiable, ni es lícito suspirar por aquellos como los mejores tiempos de la libertad civil.

Como último corolario de su preciosa obra, el Sr. Danvila deduce que, de todos los gloriosos recuerdos del reino de Aragon, grandes con relacion á los tiempos que pasaron, muy pequeños para los presentes, sólo se desprende como verdad incontestable que el sentimiento católico que inspiró la epopeya de nuestra reconquista vale él solo tanto como los ejércitos más formidables, y basta por sí solo para cambiar la ley del mundo; que el principio monárquico fué tambien bandera de nuestros restauradores, emblema de victoria para la guerra y de la libertad para la paz, porque hasta que los Monarcas aragoneses cimentaron la libertad política en las leyes y procuraron que fuesen obedecidas, no hubo verdadera libertad en Aragon. Por eso cuando las Córtes de 1451 decian al Rey: «Siempre havemos oydo dezir antiguamente é se troba por experiencia que atendida la grand sterilitat de aquesta terra é probeza de aqueste regno, si non

fues por las libertades de aquel se yerian á bivar y abitar las gentes á otros regnos é terras más fructíferas,» no podian referirse á otras libertades que aquellas que consienten las leyes de las cuales depende la felicidad de los pueblos: aquellas libertades que las Córtes aragonesas declararon por iniciativa de los Monarcas, para destruir el poder feudal de los señores y dar al estado llano participacion en la gobernacion del reino. El poder casi omnipotente de las Córtes de Aragon, que compartieron con el Rey su soberanía, era la verdadera garantía de la libertad política, y el equilibrio de estos poderes venia á destruirlo la magistratura del Justicia, desconocida en todos los pueblos de la tierra que se gobernaban por instituciones monárquicas, con las cuales era incompatible. La monarquía católica y las Córtes, compartiendo el poder público con el Rey; esos son los gloriosos recuerdos de Aragon en el comienzo de nuestro régimen constitucional; pero si todo eso bastaba para satisfacer las necesidades de otros tiempos, hoy resultaria, no sólo estéril, sino grandemente perturbador, porque las monarquías de los tiempos modernos no se consolidan con instituciones como el *Justicia mayor*, ni con rebeldías como los *Privilegios de la Union*, sino con el amor de los pueblos, la fiel observancia de las leyes, el profundo respeto á la justicia y el constante interés por la felicidad pública.

Con el desenvolvimiento ámplio y elevado de esta tésis, ha vuelto el Sr. Danvila por los fueros de la historia pátria, contra las ya desacreditadas preocupaciones de escuela, que no otra cosa representan las opiniones sustentadas por el señor Balaguer en sus discursos políticos, en los distritos y en el Parlamento, y con el de la Academia de la Historia, en el cual no logró ponerse siempre de acuerdo ni con el mismo Sr. Romero Ortiz, á quien contestaba, á pesar de que las opiniones liberales del nuevo académico no podian dar lugar á sospecha alguna. Por eso el libro de *Las libertades de Aragon*, del Sr. Danvila, es una joya más entre las que señalan el actual movimiento científico de reparacion que en nuestra historia nacional se opera.

EL CONDE DE LAS ÁLMÉNAS.

San Ildefonso 6 de Agosto de 1881.



CARTAS DESCRIPTIVAS

SOBRE UNA EXPEDICION DE ESTUDIO

Á LOS HERVIDEROS DE LA FUENSANTA, MINAS DE ALMADEN Y LAS DE HORNAGUERA EN PUERTO-LLANO, PROVINCIA DE CIUDAD-REAL, VERIFICADA DURANTE LOS DIAS 27, 28, 29, 30, 31 DE DICIEMBRE DE 1873 Y 1.º DE ENERO DE 1874; Y DIRIGIDAS Á LA CONDESA DE L., RESIDENTE EN PAU.

CARTA PRIMERA.

OBJETO DE LA EXPEDICION Y PERSONAL QUE LA COMPONIA.

El porqué de estas cartas.—Cómo tiene lugar en el extranjero esta clase de expediciones.—Salida de Madrid.—Una aurora en la Mancha.—Llegada á Ciudad-Real y sus recuerdos históricos.—Su progreso interior desde la primera guerra civil.—Contraste de su primer hotel con sus antiguas posadas.

Me pide Vd., mi buena é inolvidable amiga, y me lo repite Vd. con insistencia (sin duda por su aficion especial á estos estudios), que no deje de historiarle la pequeña expedicion que acabamos de hacer algunos de sus conocidos y compañeros de esta Asociacion de Historia Natural, á los *Hervideros de la Fuensanta*, en la provincia de Ciudad-Real, á las *Minas de Almaden*, y á las *de Puertollano*, de donde aca-

bamos de llegar, según ha comunicado á Vd. en ésa otro de nuestros consocios, el Sr. D. C. Z.

Ya presumia yo este interés de su persona por nuestra corta excursion, sabiendo el entusiasmo que de Vd. se apodera siempre que se trata de cualquiera de los ramos de las ciencias físicas: que así protesta Vd. con sus ilustres compañeras de esta Sociedad de Historia Natural (1) de que no todo es rebajamiento y tristeza en esta hoy tan maltratada patria (2).

Siento, sin embargo, que sea yo el obligado cronista, cuando con tan escasos recursos debo hacerlos agradable este relato. Concedo que mis cartas, al tratar en ellas de *rocas, fósiles, filones, gases y vegetales*, con la generalidad que puede hacerlo el que describe una excursion, os puedan satisfacer algo por vuestra particular aficion á estos estudios; pero temo que vuestra delicada fibra se canse al fin de tan repetidos temas, y por esto trato de intercalar estas áridas descripciones con otras algun tanto variadas del Diario de nuestro viaje.

Permitidme, pues, que os mezcle con la gravedad científica los episodios de toda correría, y de este modo podrá usted leerme con más agrado, y seguirme mejor los que no sean tan suficientes como Vd. y no comprendan la sobriedad de que se vale la ciencia en su lenguaje y sus convencionales signos. Por otra parte, nuestra expedicion no ha sido de las que esa Francia ha llegado á regularizar ya de un modo oficial y científico en obsequio de sus hijos, y tambien de los extraños, porque la ciencia no conoce fronteras. Mas por lo mismo, es mucho más loable el que estos jóvenes, abandonados á sí mismos, vayan dando el ejemplo, y suplan con sus solas fuerzas lo que en otros países hace la administracion,

(1) Excelentísimas señoras marquesa de Casa-Loring, condesa de Oñate y doña Cristina Brunet de Lasala.

(2) Esto se escribía bajo la impresion de los deplorables sucesos que tenían lugar en el período federal de 1873: la prensa extranjera nos trataba sin piedad y el mundo de la seriedad nos compadecía. Era precisamente ántes del 2 de Enero de 1874.

poniendo al alcance de cuantos son amantes de estos estudios la seguridad y proteccion que tales excursiones exigen, la facilidad de las rutas, la certeza de encontrar indispensables alojamientos, la consideracion y el premio de particulares billetes, y hasta poner en contacto los que á cultivarlas principian con las notabilidades científicas que ya se singularizan despues de una vida de continuos merecimientos (1).

(1) Uno de nuestros asociados, el Sr. D. J. S., habia participado precisamente en 1869 de esta facilidad y de estos medios que yo voy á particularizar, por si algun dia, bajo la egida de la paz, puede ya nuestra administracion imitarlos y repetirlos.

Por la época citada, Mr. Daubrée, profesor de geología del Museo de Historia Natural, verificaba una de sus anuales excursiones por el mes de Agosto, que son como viajes de estudio de ocho ó diez dias de duracion, á algunas de las comarcas más clásicas de la Francia, y nuestro compañero, que habia llegado á París con otro cometido científico, no quiso desaprovechar esta ocasion ni tan feliz procedimiento.

Era la excursion de este verano dirigida á estudiar la cadena de los Vosgos, designada por Mr. Daubrée como la region que más perfectamente le era conocida. Al efecto y con la anticipacion conveniente, tanto en el Museo como en las puertas del Jardin de Plantas y en las encrucijadas de las calles próximas, se fijaron carteles anunciando la expedicion para que los que gustasen verificarla, dejaran sus nombres en la galería de la geología del establecimiento, á fin de proveerlos de billetes, de los que autorizan á hacer los trayectos por la mitad del precio. A esta pretension siguió la de dar á cada cual de los expedicionarios el programa minucioso de la expedicion, de los parajes que por dias habian de visitarse y las particularidades más dignas de observarse, con la distribucion del tiempo y hasta las obras que ántes podian consultar, como datos y antecedentes, sobre el país que se iba á recorrer. Y no fué esto sólo: tanto dichas obras como una coleccion de rocas y minerales propios de esta localidad de los *Vosgos* y sus cortes geológicos, todo estuvo expuesto con anticipacion de más de dos semanas, para que los expedicionarios pudieran enterarse mejor de la region en que se destaca la cordillera, que separa las antiguas provincias de la Lorena y de la Alsacia.

Componíase esta expedicion hasta de sesenta personas, entre las que se contaban dos sacerdotes, tres señoras con sus esposos, un geólogo y viajero español (Sr. Mac-Pherson, de Cádiz), otro inglés, otro polaco, ayudantes de la Escuela de Minas y Jardin de Plantas, los profesores de historia natural, de fisica y química de París, alumnos de la Escuela Normal, jefes de artillería, estudiantes del Liceo de Nancy y otros botánicos y entomólogos, con otras particularidades que con fruto y con placer podrán ver mis lectores en un precioso artículo que publicó *El Magisterio Español* por Marzo de 1870, titulado *Una excursion geológica á los Vosgos, por D. José María Solano y Eulate.*

Aquí todavía la afición y la iniciativa individual tiene que vencerlo todo. Por esto, repito, es más meritorio el afán que ya se nota en nuestra juventud por extender los horizontes de las ciencias, y por levantar en esta patria común lo que más debe morigerarla y regenerarla: la instrucción.

Hasta principiar el siglo, ser hijo primogénito de casa titulada ó de padre rico, era causa bastante para no necesitar de las letras, que sólo por necesidad cultivaban los segundos.

«Ya sabe que fué mi intento
Que el camino que seguía
De las letras D. García
Fuera su acrecentamiento.
Que para un *hijo segundo*
Como él era, es cosa cierta
Que es ésa la mejor prueba
Para las honras del mundo» (1).

Ya hoy, por fortuna, se piensa de muy distinta manera; y los más de mis compañeros de expedición pertenecientes á distinguidas casas, han preferido el estudio geológico de los campos solitarios que íbamos á explorar, á las fiestas y diversiones de las alegres Pascuas de Navidad, que son, por excelencia, las del hogar, y las de las afecciones domésticas.

Eran, pues, las seis de la noche cuando todos nos reuníamos en la estación del ferro-carril del Sur, no armados de punta en blanco, cual pudieron hacerlo, según Cervantes, los desfacedores de agravios por los propios campos que íbamos á recorrer y de cuyas glorias fué tan cruelmente su sepulturero. El Sr. J. S. cubría, por el contrario, el fino paño de su vestido con la blusa del obrero; y en vez de tizona, pendía de su cintura un prosáico martillo, atravesando su pecho la correa de la red (*bisac*) para depositar los ejemplares roqueños, sin olvidar la brújula del geólogo, que determina la dirección é inclinación de los estratos, ni otros instrumentos

(1) *La verdad sospechosa*, Alarcon, acto I, esc. 3.*

de bolsillo para medir alturas. ¡Que tales son las armas hoy de estos nuevos caballeros andantes de la ciencia! Sin duda que falta á estas armas la brillantez y la poesía; pero son tales atavíos los medios más prácticos, para ensanchar la idea.

El tren iba á partir: la hora habia sonado, y ya colocados en nuestros asientos, nos dejábamos llevar por el impulso de la locomotora, no sin haber saludado ántes á dos extraños compañeros que en nuestra localidad se acomodaron. Eran éstos un jóven español y un sujeto portugués, en cuya fisonomía ya se advirtiera el influjo que va obrando en muchos de su clase la inmigracion y el comercio con sus colonias del Africa y de la India. Estos individuos tomaron despues en la estacion de Alcázar de San Juan la línea de Extremadura, y ningun otro extraño incidente volvió á interrumpir nuestra ya homogénea compañía. Pero nuestro habla tambien se agotó, y dispuestas nuestras mantas de viaje, nos entregamos en los brazos de Morfeo, quién con más provecho, quién con ménos, porque su imperio es muy arbitrario en cama tan estremecida y por horas tan continuadas.

El negror de estas horas fué disipándose, y el crepúsculo del nuevo dia comenzó á herir nuestros ojos, abriéndose con placer á esos rayos primeros de la luz, alma de nuestra existencia. Una alborada en todas las regiones nos enajena; pero su espectáculo acrece en solemnidad y belleza por esta que hoy recorreremos, porque siendo inmensa la llanura, se ofrece mejor delineada la cúpula del cielo, cuya bóveda, teñida primero en sus cimientos de débil lumbre, y de púrpura despues, ofrece un espectáculo grandioso en esta tierra de la Mancha. Ya bajo una luz completa, se presentan á veces por tan dilatados llanos algunas torres de sus distantes pueblos, á manera de buques perdidos por este Océano de tierras, al que niveló sin duda, allá en remotos siglos, el imperio de las aguas. En los países montañosos no son tan esplendentes estas auroras, porque los primeros rayos del sol tienen que montar poco á poco las grandes masas de sus montañas, disminuyendo éstas la prolongacion del horizonte, que aquí se presenta en extension más vasta. El pla-

cer, siempre nuevo, de ver amanecer entre un país montañoso es grande; pero es grave y sublime. Mas por estos ilimitados llanos el espectáculo es más radiante y las auroras tienen todo ese esplendor (en un día claro y sereno) que Cervantes nos dejó ponderado en las clásicas descripciones de su *Quijote*.

Ya el día había avanzado cuando saludábamos los pardos muros de Ciudad-Real, sobre el mismo sitio que en 1262 señalara con su espada el Rey Sabio al anciano y caballeroso D. Gil, cuando se alojó en su casa, siendo entonces una pobre aldea representante de la antigua *Alarcos* con el nombre de *Pozuelo seco* de D. Gil. Un arado tirado por bueyes surcó entonces, según los historiadores, la curva que iba marcando la espada del Monarca, en donde debían levantarse sus murallas, murallas que todavía duran, con sus almenas, puertas y baluartes. Pero ¡cuántas consideraciones se han agolpado á nuestra mente al contemplarlas por segunda vez después de treinta y cinco años, en que hube de pisar por la primera este mismo suelo, en nuestra primera guerra civil! En vano lució el posterior convenio de Vergara, que fué como el cansancio de hermanos contra hermanos, que ya no podían sostener por más tiempo el hierro y el fuego para alimentar aquella lucha. Otra guerra intestina ha venido por segunda vez á afligirnos cuando os extiendo estas líneas, y ya he vuelto á ver nuevas ruinas, y los efectos de tan cruel azote para dos generaciones sucesivas.

Entre estos pensamientos, atravesamos las largas y anchas calles de esta población, no sin observar por los instrumentos, que estábamos á 65 metros más bajos que Madrid, sin que por esto notáramos menos rigor en el fresco ambiente que nos besaba, y de advertir en la población en general y en su empedrado y nuevas aceras, los pasos de la civilización y el poder del tiempo, á pesar de estas dos continuadas guerras. Sus antiguas *posadas* no han dejado de sufrir también una gran variación; y á la que ya hoy nos hemos encaminado, llamada el *Hotel de la Perla*, forma, con su nueva y extranjera denominación, su distribución y aspecto, un verdadero contraste, al compararla con aquéllas. Pero todavía

permanecen por esta provincia las típicas de nuestros abuelos, con sus largos y oscuros callejones de entrada, su *descargadero* para los pellejos, sus enjalmas y cargas de los arrieros; sus escaleras de yeso con el escondite, que recuerda el gabinete de la Maritornes; la cocina ó el salon comun, y el corral con el pozo, junto al que veló sus armas el famoso hidalgo. Todavía se ofrece en Daimiel, y en la nombrada del *Gallo*, la que se cree sirvió á Cervantes de blanco para pintarnos estas posadas de nuestros padres, y á la verdad que es mucha la correspondencia que ofrece esta de Daimiel con todas las partes que en el *Quijote* se describen, segun me lo hizo notar, un dia que por allí pasamos, un ilustrado amigo (1) que en este mismo punto residiera. Nosotros, en esta parte, hemos ganado con estas trasformaciones, y el *Hotel de la Perla* nos ha proporcionado relativamente, cuantas comodidades ya por aquí pueden exigirse.

Apenas nos hemos instalado en el mismo, cuando nos hemos proporcionado un vehículo para principiar nuestras exploraciones al amanecer del siguiente dia, y éste será el objeto de que me ocuparé en la próxima.

Recibid, señora, etc.

M. R. F.

(1) El señor de Mugártegui.

CARTA II.

PRINCIPIA LA EXPEDICION: SUS RECONOCIMIENTOS.

El carro manchego.—Salida de Ciudad-Real para los baños de la Fuensanta.—Descripción del campo y torpe medio usado para la recolección de la aceituna.—Situación de los hervideros de la Fuensanta.—Reconocimiento de las rocas que los rodean.—Observaciones sobre los líquenes que las entapizan.—Número á que ascienden estas plantas.—Sabandijas tomadas por escorpiones.—Consideraciones sobre el Sol que salía.—Origen de las rocas y de los minerales.—Cualidad de los terrenos que rodean á la Fuensanta.—Sus cuarcitas y sus bloques de hierro hidroxidado.—Bajada á los baños.—Período geológico del valle en que se hallan.—Personal que los custodiaba.

Muy de madrugada nos hemos levantado, y ya nos esperaba el *carrero*, según trato hecho en la noche anterior. El nombre de *carrero* os indicará que iba á dirigir el primitivo carro ya transformado en *tartana*, que es el segundo adelanto ó la transición que media para el tercero, cual es el coche. Vestía este carrero una capa parda y cubría su cabeza con una gorra de pelo, que es también otra transformación de la antigua montera; y apenas ha principiado á clarear el día, hemos emprendido nuestra marcha hácia los hervideros de la Fuensanta.

Estaba la mañana muy fría y el Norte nos abanicaba por estos llanos manchegos más galantemente de lo que deseábamos, principalmente cuando nuestro tosco vehículo nos presentaba frente á frente del aliento atmosférico del Bóreas entre el cambio de sus direcciones. Es verdad, que el habla y el gracejo de los expedicionarios todo lo suplían, y entre su goce se conlevaban mejor los estremecimientos normales de nuestro carruaje, que por la inflexibilidad de su eje á

la oposicion que encuentran las ruedas, no podia evitar (como los acerados muelles) los movimientos bruscos que nos producía, por más que sus asientos revestidos de alfombra, segun por aquí se acostumbra, aparecieran colgados de sus correspondientes correas. Tambien otros espectáculos nos hacian ménos sensibles estas molestias.

Era la época de la cosecha de la aceituna, y apenas abandonamos los muros de la capital, cuando bien pronto estos campos *oretanos* (1) nos fueron presentando á uno y otro lado del camino los frutos del olivo en terrenos nuevamente fomentados, y puestos otra vez en peligro por los nuevos bárbaros de la época que por aquellos mismos días trataban de regenerarnos con el fusil y con el petróleo. Por fortuna, aún no habian llegado por aquí sus predicadores, y era mucho el fruto que recogian bajo estos árboles productivos porcion de hombres y mujeres, si bien apaleaban todavía con varas sus copiosas ramas, destruyendo así el fruto que habian de producir en el venidero año. Esta brutal rutina, que ya debia ser suplida con escalas, es resto contemporáneo de cuando se hacian molinos con torres, y no con las máquinas hidráulicas, que de veinte años á esta parte se han multiplicado en muchos puntos de nuestra hermosa Andalucía. Este aceite, sin embargo, como ménos meridional que el andaluz, es más conveniente para su clarificación completa. En Andalucía se hace de este líquido por el pueblo un gran consumo, no gustándolo tan delgado, y es porque este habitante necesita de ménos grasa animal, y en vez de la manteca usa en sus comidas de la vegetal, como el hombre del Norte apetece más la grasa y el alcohol, de que sus fuerzas necesitan.

Tambien el viñedo alternaba por aquí entre los olivos, destacando con más viveza el perpetuo verdor de sus pámpanos sobre un suelo enrojecido por el óxido ferruginoso, de que

(1) Era la Oretania la region más occidental de la España Tarraconense, y tocaba, segun el Sr. Cortés y Lopez, con la línea divisoria de la Bética, siendo limítrofe con la de los Bárdulos, que tocaban en el Almaden, adonde llegaba la Oretania por Occidente, teniendo á su Norte y Noroeste á los carpetanos campos, que llegaban á Daimiel.

están teñidas muchas de estas tierras; y entre estos objetos que nos distraían, haciéndonos ménos penoso el movimiento de nuestro vehículo, llegamos á descubrir el edificio de los baños, objeto de nuestra viajata.

Se encuentra este establecimiento de la *Fuensanta* á la orilla izquierda del Javalon, al que rodea una cordillera medianamente elevada, para desembocar en seguida en el pintoresco valle que forma la cuenca de este rio. Estas montañas presentan por aquí un anfiteatro, tanto más agradable, cuanto que su espectáculo rompe la continuidad de una llanada de más de dos leguas que hasta allí habíamos traído desde la capital, de donde saliéramos. Esta cañada sigue á lo largo de estas alturas y presenta lo que se llama el campo de Calatrava, por haber pertenecido á los caballeros de esta órden. Pasamos en seguida el corto raudal del Javalon, que encontramos en parte helado, y sólo llegamos al establecimiento para tomar un guía que nos condujera á las eminencias del *Arquillo grande* y *Arquillo pequeño*; no muy distantes de allí, cuyas alturas dominan el establecimiento de baños, y cuyos referidos cerros aparecian citados con carácter volcánico en la Memoria que llevábamos (1).

El guía cargó además con nuestro almuerzo de fiambres, que no quisimos consumir entre las paredes solitarias del deshabitado edificio, al que debíamos volver, sino sobre la más esplendente mesa de los altos *Arquillos*. Ya éstos dibujaban desde lejos las formas de las cuarcitas que los particularizan, y nuestros compañeros, por lo tanto, seguian al jóven guía que nos precediera, y todos trepábamos como cabras al *Arquillo grande* sobre los destrozos de sus rocas, á pesar de la dureza del aire, tanto más frio y violento, cuanto más ascendia uno sobre esta altura.

Cuando ya la dominamos, púsose á discusion entre los expedicionarios si el almuerzo habia de preceder al reconocimiento de esta altura, ó si este confortivo habia de ser despues

(1) Memoria sobre las aguas minerales de los hervideros de Fuensanta, por D. Miguel Zapater y Gerez.—Madrid, 1859.

del reconocimiento. La mayoría estuvo por lo primero, sin duda por aquel texto de San Pablo, cuando dice: *Sed non prius quod spiritale est, sed quod animale; deinde quod spiritale* (1). Invocándolo, pues, se desplegó sobre una de aquellas rocas, á manera de ara gentílica, la provision de nuestros fiambres, y puestos todos de pie como peregrinos, no en memoria de aquella Pascua que regocijaba á todo un pueblo, pero sí de otra no ménos trascendental para nuestros desfallecidos estómagos; inútil es decir que todo se consumió, y que una libacion moderna vino á concluir este improvisado sacrificio. Y satisfecha esta humana necesidad, cada cual sacó sus instrumentos, y comenzó á resonar por aquellas cumbres el estridente eco de los martillos que golpeaban las duras cuarcitas; ávidos nuestros compañeros por encontrar en sus cortes algun fósil en donde leer los caractéres de estas rocas.

Yo, que no habia ido armado de martillo y que me gustan más las plantas que las rocas, mientras mis compañeros se dedicaban al reconocimiento de las segundas, y recogian los mejores ejemplares para su estudio, fijaba mi atencion sobre los extendidos musgos que las tapizaban. ¡Y qué variedad de colores no presentan por aquí estas plantas parásitas, alimentadas sólo por los flúidos atmosféricos, tanto las poliacéas, como las que más se destacan por sólo amontonar los glóbulos ó puntos invisibles de su organismo! Extendiendo estos musgos su primitivo disco ó núcleo, como algunas algas, con las que tienen más de un punto de contacto, en estas sencillísimas plantas principia esa cadena de vegetales que no por la inferioridad de su clase son ménos complicados que otros superiores, como hasta aquí se creia. Los líquenes, por simple polvo vegetal eran tenidos, y ya hoy los prodigios del microscopio los muestran ligados, tanto á las rocas como á los troncos, por las fibras invisibles de un *mycelium* que penetra por entre las celdillas de sus tejidos. Por esto los antiguos conocieron poco estas plantas, y es preciso llegar á Micheli, para considerarlo, entre otros, como el pa-

(1) San Pablo, 1.^a ad Corinthios, cap. XV, vers. 46.

dre de la criptogamia. Linneo no hizo más que regularizarla, y ya en 1764 se conocían treinta y dos géneros y cuatrocientas catorce especies. Mas desde esta época, los sabios de todas las naciones continúan entregándose á su estudio y van dando á este ramo una elevación é importancia, de que no habia participado hasta nuestros propios dias. España misma cuenta ya con uno, que ha facilitado el conocimiento de su mayor número, hasta el punto de haber clasificado la quinta parte de los conocidos en la Península, aproximándose ya esta cifra á la de veinte mil especies, repartidas en más de mil géneros, cuyo conjunto forma el primer cuadro general de estas plantas observadas en la Península é Islas Baleares, y cuyas criptógamas, reunidas á las fanerógamas de España y Portugal, completarán en su dia el cuadro interesantísimo de esta vegetación espontánea, debido á la inteligencia y laboriosidad de nuestro respetable consocio el señor D. Miguel Colmeiro (1).

Cuantas cuarcitas constituyen por aquí los picachos de estas rocas, que partidas por el martillo ofrecen, unas el color blanco, y otras el morado, por teñir á estas últimas el óxido ferruginoso; todas aparecian cubiertas con estos líquenes, cuyos colores amarillos, verdes, pardos y azulados formaban gran contraste con el fondo de las propias rocas, y producian santa admiración hácia la primera causa de lo infinito, productora de semejantes obras, que no por aparecer las más humildes, dejan de presentar menor grandeza en su variedad, en su belleza, y sobre todo en su fecundidad asombrosa. No le bastaba á su omnipotencia (*decia para mí mismo*) el círculo de montañas que desde aquí descubro, este pintoresco valle, el riachuelo que lo anima, la vegetación que lo decora, las aves que recorren este espacio, y hasta las astutas zorras que en tanta abundancia encuentran aquí su domicilio, para que tengan destino hasta los agujeros de estas peñas. Era tambien necesario, para el deleite

(1) *Enumeración de las criptógamas de España y Portugal.*—Madrid, 1867, 1868.

de nuestros ojos, este cúmulo de mariposas que han salido de repente á la influencia del sol. En efecto, el sol acababa de arrollar el nublado espeso que hasta aquí reinaba, y á su caluroso influjo se levantaban estas nubes de séres tan ideales, desplegando al aire los colores metálicos de sus alas sobre los olorosos tomillos. Aquella naturaleza, hasta entónces como adormida entre los rigores del invierno, pareció que salía del mundo de las tinieblas con la más deslumbrante luz; y entónces fué de ver cómo á su benéfica lumbre se fueron animando los reptiles entumecidos entre las hendiduras de estas mismas rocas, cómo dejaban sus escondrijos para gozar frente á frente de este luminar del día, y aspirar mejor con sus cabecitas levantadas su benéfica influencia. A este número pertenecian dos de estos animalejos del género *Gecko*, los que, entregados á una especie de éxtasis, fueron sorprendidos en él para pasar á la cárcel de un cucurucho de papel y á la bolsa de mi amigo S., prisionero el uno y cadáver ya el otro, entre la refriega misma de su captura (1).

Pero si los rayos del grandioso luminar habian producido tales efectos sobre los diferentes séres ó habitantes domiciliados en esta altura del *Arquillo grande*, de admirar era desde ella, con qué majestad elevaba su masa ígnea el padre de la luz por el extensísimo horizonte que allí se ofrece á la vista, confundiéndose el ánimo al considerar, cuál seria la condicion de nuestro planeta al faltarle un dia los rayos de este sol que nos alumbrá, y cuyos elementos, segun los químicos alemanes, no discrepan de los de los demás cuerpos planetarios (2).

En efecto, por el análisis espectral se prueba, además, que las sustancias que los componen no son distintas de nuestra

(1) Nuestro guía se admiraba de que pudiéramos guardar tales animalejos, porque el vulgo tiene por aquí el error de tomar por escorpiones á estas inocentes sabandijas, y esta preocupacion, demasiado extendida por esta localidad, inspira más de un temor á las señoras y caballeros que á estos baños concurren.

(2) Véanse las revistas científicas de D. Emilio Huelin y los trabajos de los alemanes Kirchhof y Bunsen.

tierra; que el sódio, el magnesio, el hierro, el hidrógeno, etc., pueden sufrir trasformaciones, como las ha tenido nuestro planeta, primero en gases, despues en líquidos; y pasar de alta temperatura en una época, á fria y sólida en otra, como sus respectivas atmósferas. Que no de otro modo el telescopio y la ciencia los consideran esparcidos por el espacio, aglomerándose en cada nebulosa otros sistemas solares, con centros tan distantes, que si nuestro sol llegara un dia á extinguirse, estaríamos todavía viendo sus fulgores por más de dos mil años, por cuya circunstancia, tanto Vd. como yo, bien podemos dormir tranquilos. Pasados los tiempos misteriosos de la astronomía fantástica, esto es lo que hoy arrojan los experimentos de una ciencia física, verdaderamente práctica. Esto nos podrá confundir ciertamente por lo grande; pero como dice mi ya citado amigo Sr. Huelin, todo esto es relativo, y el *crustáceo microscópico*, que no sale del humor acuoso del ojo de un pez, jamás conocerá cosa alguna fuera de dicho ojo, que para él es otro globo; cual la abertura miserable por donde su pupila admite la luz será para él otro sol, ignorando á la par que vive dentro de otro sér. Pero ya es ocasion que baje del mundo de los cielos á que açabo de remontarme, para hablaros del más tangible á que pertenece el suelo que pisamos, detritus de las rocas que tanto han martillado mis amigos, y que os diga algo de su clasificacion y de la época en que hubieron de aparecer aquéllas en nuestro planeta, sometido, como los cuerpos celestes de que acabo de hablaros, á las leyes de la gravitacion.

Sois bastante ilustrada para permitirme explicaros cómo el movimiento y la densidad de este planeta pudieron dar origen á sus rocas y minerales. Vd. no ignora que si este sol, que tanto nos acaba de confortar, dá á la tierra su calor actual, desarrollando la vida en los séres orgánicos que la pueblan, el fuego central de la misma, su calor subterráneo, vá aumentando, á medida que lo hace tambien la distancia á su superficie, siendo esto causa de la elevada temperatura de las aguas termales, y de los hondos movimientos ó terremotos que perturban dicha superficie, de cuyo fenómeno conserva algun recuerdo histórico este suelo mismo que ahora pisa-

mos (1). Pues bien: si la Tierra pasó un día de su estado gaseoso al líquido ó pastoso, sus materias líquidas han debido colocarse por el orden de sus densidades, y de aquí que las capas concéntricas aumenten de la superficie al centro, y que de este dato haya partido la razón hipotética de las primeras edades de nuestro planeta, envuelto éste, primero en vapores por los que el sol no podía penetrar, porque como dice la Escritura, «*la tierra estaba informe y desnuda: cubrían las tinieblas su superficie y el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas.*» Mas enfriada después y ya engrosada su corteza, fué poco á poco aclarando la atmósfera espesa y cargada de vapores que la rodeaba, hasta que, precipitados estos vapores en torrentes diluviales, se formaron esa serie de capas sedimentarias, que son como las hojas del gran libro en que Vd. lee como geóloga, por cuya razón no me extiendo más en amplificarle tales antecedentes, para venir á parar á esta formación silúrica de las rocas de *Arquillo grande y pequeño*, que hemos venido á estudiar, prescindiendo también de detallarle cómo se formaron los filones metálicos, de que me ocuparé después, cuando tenga que hablarle de los grandiosos de Almaden. A vuestra ilustración no se oculta que su origen no puede explicarse en la mayor parte de los casos sin la reacción de la materia interior puesta en fusión contra su cubierta sólida, produciéndole grietas y roturas que eran los escapes de los diferentes gases de la naturaleza y demás sustancias metálicas vaporizadas, produciendo las de minerales de cobre, estaño, plata, oro, plomo y azogue, propios todos de los terrenos antiguos.

Pues de esta clase son los que componen esta región que pisábamos, como enclavados en uno de los dos sistemas de montañas que más han rendido á nuestra España esa masa inmensa de metales que aún contienen sus entrañas... Sier-

(1) D. Juan II, el propio Monarca que dió á la capital de esta provincia los títulos de «*muy noble y muy leal*», encontrábase precisamente en Ciudad-Real cuando en 1434 sufrió tan gran temblor esta localidad, que varias almenas del castillo cayeron á tierra, y el Rey tuvo que salir despavorido y descubierto, buscando el campo.

ra Morena y Sierra Nevada. Hay en ambas regiones diferentes rocas plutónicas, aunque sin concordancia alguna en su disposición, á manera de manchones, y no es sino en el centro de la primera y en su vertiente septentrional, terreno de transición, donde dominan las pizarras, y en donde reinan con tan gran esplendor esos criaderos de cinabrio, de que ya me ocuparé en mis cartas inmediatas. Por ahora, debo concretarme al reconocimiento que acabamos de hacer de estas alturas y sus crestas festonadas, circunstancia que las caracteriza, y de las que se han fracturado en fresco varios ejemplares. Todas tienen el carácter en su fâcies externa de murallas verticales, y en sus multiplicados picos se advierten las estrías de que ya he hablado, siendo sus fragmentos los que componen los grandes pedrizales que hacen tan difícil el andar por sus faldas, fragmentos que se separan de esta roca por la gran erosión de las aguas. Mas ni lo penoso de este suelo, ni el aire que por la elevación sufríamos en *Arquillo grande*, nos impidió el visitar también á *Arquillo pequeño*.

Bien pronto llegamos á esta otra altura; pero no ménos presto comprobamos que su cualidad y estructura geológica eran las mismas que las de su vecino, si bien encontramos otros cantos rodados más refractarios aún que la cuarcita á los destrozos del martillo y al hercúleo brazo de uno de nuestros compañeros que los impelia, cuya fuerza muscular estaba en razón contraria de su estatura. Eran estos cantos unos bloques de hierro hidroxidado ó *hematites parda*, mero accidente del terreno, pues que han venido allí de otras alturas ó colinas que estaban á la vista, llamadas «*las Aguzaderas*.» Mas ni en uno ni en otro *Arquillo* hemos encontrado las rocas *volcánicas* á que se refiere el Sr. Zapater en su Memoria, y mucho ménos «*concentradas, segun dice, en una línea curva, con todas las indicaciones de un gran cráter de volcanes apagados.*» Es verdad que un médico no es un geólogo, y su relación en esta parte pudo ser aceptada de otros por tan inteligente facultativo.

El día se pasaba y debíamos visitar todavía el establecimiento de las aguas de Fuensanta, que siempre teníamos

á la vista. Bajamos, pues, de esta última colina del *Arquillo chico* en direccion al establecimiento, sin que perdonaran mis compañeros con sus martillos los bloques que á su paso encontraban, cargando sus redes, no con blandos peces, sino con duros pedruscos (admiracion del rapazuelo guía que nos acompañaba), para tomar un camino recto que desde los bajos de *Arquillo chico* va á parar á los baños por un suelo enrojecido por el óxido de hierro, sobre el que formaba gran contraste el verdor de su naciente trigo, hasta tocar, al fin, los edificios de la Fuensanta.

Estos edificios parecen más una fortificacion y un convento de la Edad Media que un placentero sitio. Y ántes de que en él entráramos, volvimos los ojos hácia el solitario valle que dejábamos á nuestra espalda, y nos despedimos de su paisaje con esta observacion. Que su período geológico pertenece á esa época paleozoica, en que se destaca lo sillúrico, y en cuya época hubo de tener lugar la primera aparicion de la vida en organismos que no acusan por cierto el paso de lo simple á lo compuesto, puesto que sus vegetales y el tipo de los animales radiarios que tuvieron tan numerosos representantes en este tiempo, cual los crustáceos, los moluscos y los annélidos, demuestran desde este período que las faunas y las floras se han sucedido sin interrupcion, aunque aceptando en cada cual de estas épocas formas distintas y peculiares, á cada uno de estos períodos. Así se explica, cómo ciertas especies que toman en esta época su existencia, tuvieron despues un vigoroso desarrollo, y aunque subsistan algunas en la nuestra, como el *nautilo*, que nació en la silúrica, llega á su máximum en la carbonífera, y se representa hoy por sólo dos especies en los mares de la India.

Recordándolo así, entramos en el establecimiento de los baños, que ibamos á inspeccionar como otro de los principales objetos de nuestra romería científica. Aquí nos recibió con mucho agrado el encargado de los baños, por la recomendacion que le llevábamos de su principal D. Daniel Gomez, dueño de la fonda que ya he alabado, y arrendatario á la vez de este establecimiento.

Pero los honores verdaderamente hospitalarios y generosos pertenecieron á la esposa de este encargado, mujer viva, manchega lista, y de fisonomía que parecia incompatible, por su expresion y delicadeza, con la modesta clase á que perteneciera y la rústica soledad en que por tales dias se presentaba este establecimiento. Y la industria de sus manos no era ménos notable que la expansion de su buena voluntad, pues tuvimos ocasion de probar ciertos productos que con placer gustamos, y que eran el fruto de su actividad personal. Mas siendo ya esta carta muy dilatada, dejaré para otra el historiarle y describirle (aunque brevísimamente) el origen, vicisitudes y condiciones químicas y mineralógicas de estos baños.

En el entretanto, recibid, señora, etc.

M. B. F.

(Se continuará.)





LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

DE LA

MECÁNICA QUÍMICA. (I)

VI.

DINÁMICA QUÍMICA (A).



A más principal é importante reforma que á la Química ha traído el estudio mecánico de la combinación y las medidas calorimétricas de las energías que en ella intervienen ha sido, sin duda alguna, haber apartado el espíritu del investigador de un sendero por el cual no se llegaba á otra cosa que descubrir nuevos cuerpos y reacciones, que el capital del detalle aumentaban, pero en manera alguna significando progreso en la parte racional de la ciencia, que por sobre el fenómeno está colocada, ni dirección por caminos nuevos y seguros, haciendo entrever al espíritu la posibilidad de referir á un solo y único principio racional, no solamente los hechos en la Química conocidos, sino aún los no descubiertos y también aquellos otros cuya existencia hace el análisis prever.

(1) Véase la pág. 303 del tomo XXIX.

Tal es el paso gigantesco realizado por la Mecánica Química. Explicar primero, fundándose en las determinaciones de la Termoquímica, los hechos ya conocidos y el mecanismo de todas las reacciones; dar luego, apoyándose en el principio del trabajo máximo, las leyes generales y precisas, que regulando el mecanismo de las reacciones conocidas, permitan prever todas las que son posibles entre los cuerpos que la Química estudia.

Por manera que, dando por conocido todo lo preciso y esencial de la Termoquímica, que es á modo de preliminar del estudio mecánico de la combinacion, nos encontramos al pasar el límite de la antigua Química con dos cuestiones principales é igualmente esencialísimas, en las que se contiene toda la Mecánica Química; pues ellas comprenden y abrazan toda la dinámica y toda la estática de las reacciones.

Consideremos en primer término la *dinámica química*.

Toda la série de problemas que su estudio abraza podemos comprenderla con Berthelot en estas dos cuestiones. ¿Cuáles son las condiciones que presiden á la formacion de las combinaciones químicas y á su descomposicion? ¿Cuáles son los sistemas estables, las reacciones posibles y las reacciones necesarias en determinadas circunstancias?

Muy poco, casi nada hasta ahora se sabia de estas cuestiones; por suerte de intuicion, fundada más que en racional pensamiento ó en concienzuda observacion, en empirismo deducido del práctico conocimiento de analogías de fenómenos, se habia caminado en esta direccion sin guía seguro, sin pensamiento recto y bien fundado; así que era casi desconocida, no ya la solucion, sino aún el alcance verdadero de estas cuestiones. Y para ello, además de otras de ménos importancia, habia una razon poderosa. Las reacciones químicas eran consideradas y estudiadas de modo incompleto; como si en ellas no interviniese otra cosa que el peso de los cuerpos que se combinan, como si en la union de sustancias heterogéneas no interviniese energía alguna, nadie se habia cuidado, á pesar de las previsiones que sobre los trabajos químicos habia hecho Lavoisier, de determinar y medir otra cosa que pesos y volúmenes.

Hoy el poderoso esfuerzo de un hombre, en cuyos trabajos se refleja este gran espíritu del siglo presente, ha llegado á sobreponerse al pensamiento general de todos los químicos, de tal modo que, saliéndose de la comun interpretacion de los hechos y demostrando la inutilidad para el conocimiento del fenómeno químico de las hipótesis de los átomos y de todas aquellas teorías que para nada tenían en cuenta la energía invertida en las acciones químicas, ha lanzado una nueva idea, una idea fecundísima que coloca á la Química dentro de las generales leyes de la Mecánica: la combinacion, segun esta novísima idea, es un trabajo que puede medirse, y de hecho se mide como calor. Y ésta noción, esencialmente dinámica, no se deduce de analogías más ó ménos exactas entre reacciones determinadas, sino que es fruto de razonamiento preciso sobre el mecanismo de la acción química. En efecto, de ningun modo podemos suponer que solamente el contacto de cuerpos heterogéneos y afines produzca su combinacion. Si esto no estuviese suficientemente demostrado, bastaria fijarse en que la mayor parte de las combinaciones y las descomposiciones todas necesitan para verificarse cierta fuerza, una energía exterior, eso que en Termoquímica se llama esfuerzo inicial; y esta energía exterior, ó la misma energía desarrollada en el acto de la union de varios cuerpos, no puede ser manifestacion secundaria, dependiente sólo de muy especiales circunstancias, sino, por el contrario, esa energía, que apreciamos siempre como calor, representa trabajo, no ciertamente accidental, sino principalísimo; pues que ese trabajo la reaccion significa y mide.

Desde luego se comprende la deficiencia de las antiguas fórmulas y su inutilidad en la nueva Química. Tales fórmulas, significacion perfecta del sentido dominante en la ciencia, solamente pesos expresan, significan sólo que en cierto compuesto hay tales cantidades de estas ú otras sustancias; así la fórmula del ácido sulfúrico $\text{SO}_4 \text{H}_2$ sólo expresa, en realidad, que en el cuerpo en cuestion hay una parte de azufre, cuatro de oxígeno y dos de hidrógeno; ¿y las propiedades de estos cuerpos y las acciones que entre ellos se ejercen, dónde están expresadas? El conocimiento de la

naturaleza y peso de los elementos que entran en una reacción, es un dato de gran valor; pero nunca un resultado definitivo; expresa una parte de la reacción, pero no la significa toda, porque una reacción química, como todo movimiento, como toda acción mecánica, se compone de los elementos masas y velocidades; las antiguas fórmulas, sólo las masas expresan; la Mecánica Química viene después y determina velocidades y deduce de esta determinación la energía desarrollada ó gastada en el fenómeno químico.

Puede de aquí deducirse todo el alcance de la nueva idea, traída á la Química por el ilustre Berthelot, con sólo considerar lo que son y significan los problemas que resuelve. La Mecánica Química há menester de datos muy precisos, de medidas muy exactas y de cálculos que no dejen lugar á la menor objeción; el análisis, por una parte, dá el conocimiento perfecto de las masas y de su naturaleza, lo cual significa el conocimiento de los generadores de una reacción; pues bien, además de este dato, se precisa, no sólo saber qué cuerpos van á formarse, sino calcular su naturaleza y propiedades y también conocer esto mismo en los componentes. Pero como la naturaleza y propiedades de todos los cuerpos dependen sólo del movimiento que su masa anima, pues que sabemos que la energía única del Universo se diferencia, se distingue cuando en un cierto momento se limita y se considera sólo una parte de ella, resulta, que determinado esto en la Química, realizadas las medidas del trabajo de la combinación, y como consecuencia de ello, establecidas leyes que no sólo el mecanismo de las reacciones expliquen y rijan, sino también permitan prever y determinar el trabajo de todas las reacciones posibles, entrará esta ciencia, como de hecho ha entrado ya, en esa especie de consorcio, por virtud del cual para todos los fenómenos naturales una sola ley se establece, encerrándolos todos en la más sencilla expresión, subordinándolos á diversas formas de movimiento.

Y esta tendencia de la Química en los actuales momentos, no es una intuición más ó menos razonable; deriva, por el contrario, y se deduce del estudio minucioso de las combinaciones; sólo que una vez reconocido el material y enlaza-

do y colocado perfectamente, se abandona el campo del puro detalle, se desliga el espíritu de esto tan fenomenal, que parece empequeñecerle y estrecharle en miserable cárcel, y se eleva por virtud del poderoso esfuerzo de su inteligencia á aquellos principios de orden puramente racional, que dan leyes y rigen todo el mecanismo que ántes como puro detalle se habia estudiado. Y por esta tendencia del espíritu, se halla hoy la Química desligada de todo concepto atómico y de fuerzas sustantivas y abstractas causantes de sus fenómenos, aceptando en cambio y haciendo importantes aplicaciones de los principios mecánicos que dan medios que permiten apreciar como calor el trabajo invertido en las reacciones todas; pues si bien algunas veces faltan datos, no hay que culpar á los principios, ni de inexactos acusarlos; la falta de datos sólo implica deficiencia en los métodos.

Dos series de problemas, que marcan y por su especial tendencia designan sus dos grandes divisiones, se ofrecen al estudiar la Mecánica Química: primero es menester conocer las propiedades del compuesto en sí y ya formado, deduciéndolas de las de sus elementos, para lo cual hay leyes fijas é invariables, y despues es preciso referir la formación del compuesto á sus componentes, á cuyo problema se aplica el principio del trabajo máximo.

Fijemos un poco nuestra atención en la índole de estos dos problemas. Pudiera con superficial exámen creerse que el primero de ellos no es sino el problema general de la Química, la cuestión de siempre; pero mirando con alguna más atención los progresos de la Termoquímica y fijándose sobre todo en esa gran tendencia de las nuevas leyes, que permite establecer principios racionales y generalísimos que al mecanismo de las reacciones sirven de módulo, se nota, además de esta generalidad de los principios establecidos, su doble carácter, al examinar y estudiar las reacciones químicas. Los problemas de que hablamos tratan, no sólo de ver y determinar las propiedades y condiciones de los cuerpos en sí y cuándo están definitivamente constituidos, sino tambien de prever y determinar, por ley exactísima, deducida del estudio de los componentes, las propiedades del compuesto

definitivo; por manera que en la tendencia moderna de la Química no es menester, ni absolutamente preciso, tener una sustancia para conocer sus propiedades, sino que basta conocer y haber determinado con gran exactitud las propiedades de sus elementos. Utilizamos para la resolución de este problema muchas de las leyes de antiguo conocidas, sobre todo las que se refieren á determinar la constancia é invariabilidad del peso de los cuerpos en combinaciones dadas, que de esta manera lo antiguo en sí trae el gérmen de lo nuevo y le presta el valioso concurso de sus datos experimentales, de sus leyes bien determinadas, de sus teorías bien establecidas.

Paréceme que así debe comprenderse bien la tendencia y doble objeto de la primera serie de problemas de la Mecánica Química; comprende, por una parte, la cuestión general de la Química, en cuanto ella conduce á determinar con toda precisión y claridad las propiedades y composición de un cuerpo dado; mas por otra, ensancha más el alcance de este problema, porque no se alcanza sólo esta primera determinación, sino que se pide además determinación de las propiedades de cualquier cuerpo, sin más exámen que el estudio de las propiedades de los componentes; de modo que aún en esta primera cuestión, la nueva Química va mucho más allá que la antigua. Antes todo el trabajo del químico se hallaba reducido al análisis minucioso de la sustancia sometida á su exámen; determinaba su composición primero y luego sus propiedades, y esto era todo; ved si no las monografías de todos los cuerpos; en ellas se refiere todo á determinaciones por este estilo. Hoy se necesita más, y esto es lo que resuelve la segunda parte del problema que examinamos, y este más es determinar, por el estudio de las propiedades de los componentes, las que al compuesto deben corresponder; un ejemplo hará ver bien claro esto: vamos á suponer un cuerpo *M*, que por vez primera se presenta al estudio del químico; éste lo analiza y le halla compuesto de los elementos *a*, *b*, *c*, *d*, *h*, que conoce; despues del análisis determina las condiciones físicas y químicas del cuerpo, señala punto de fusión, si es sólido, equivalente, densidad, reacción y todas las de-

más propiedades; en la nueva Química se procede de otro modo. Basta el análisis del cuerpo, basta únicamente conocer los elementos que lo forman y cómo lo forman, y las propiedades de éstos, para prever y señalar desde luego las propiedades del compuesto por su union formado; de manera que una vez determinadas las leyes que permiten conocer las propiedades de los elementos de un compuesto, el conocimiento de éste es fácil y sencillo.

Mas no concluye aquí el objeto de la Química moderna; esta primera serie de problemas, esta determinacion de las propiedades generales de un compuesto, conocidas las de sus elementos, no es otra cosa que la aplicacion de los dos primeros principios que hemos examinado, y no puede, por lo tanto, comprender la totalidad del gran problema de la Mecánica Química; resuelve, es cierto, parte de él, la parte que al mecanismo de las reacciones se refiere; pero falta todo lo que á su prevision corresponde, porque no basta determinar las leyes que presiden á las reacciones conocidas que se efectúan entre cuerpos tambien conocidos, y apreciar y medir el trabajo en estas reacciones invertido, sino que es menester, además, prever las reacciones que se verificarán entre cuerpos simples ó compuestos, en condiciones determinadas.

Y precisamente la ley que esto comprende y es como la clave de la resolucion del problema, es la mayor y más trascendental conquista en el campo de la Mecánica Química. En efecto, esa ley, que no es otra cosa que el principio del trabajo máximo, permite, por medio de aplicacion muy sencilla, prever las acciones recíprocas de los cuerpos simples y compuestos, refiriéndolas á la determinacion de las propiedades térmicas de los cuerpos que reaccionan; así que es fácil decir cuáles son esas acciones por sólo el conocimiento del calor desprendido en la formacion de cada compuesto. Y de aquí todavía se hace otra aplicacion de la mayor importancia, cual es saber las condiciones propias de la existencia de cada cuerpo, bajo cualquiera estado y en cualquier medio, lo cual quiere decir que la Química llega hoy á determinar las circunstancias especiales en que preexiste un

cuerpo, ó bien las circunstancias en que debe producirse en una reaccion.

Con las ideas aquí apuntadas puede comprenderse todo el alcance de las teorías de la Química actual y la importancia de sus conclusiones. No se trata ya de realizar análisis más ó menos minuciosos, ni de descubrir nuevas sustancias, ni de determinar colocaciones atómicas; la Química es, de hace mucho tiempo, rica en detalles, posee materiales inmensos, datos experimentales innumerables; pero faltábale principio racional á qué subordinar tantos hechos, carecia de elevados puntos de vista, de altas concepciones científicas, y no se acertaba á ver en la combinacion otra cosa que afinidades satisfechas, sustituciones de un átomo por otro, descomposiciones que las leyes antiguas no explicaban, estados isoméricos que se atribuian á colocaciones moleculares, sin saber nada de las condiciones varias en que los cuerpos se producen. Las nuevas ideas, con sus elevadas aspiraciones, producto de criterio racional enteramente lógico, han apartado al espíritu del puro detalle; y abandonado que hubo el campo estrecho en que se se habia movido, elevóse, apoyado siempre en la experimentacion y en lo que se desprende del estudio de los hechos, á la consideracion racional del problema de la Química, formulándolo de esta manera: ¿Qué condiciones presiden á la formacion de las combinaciones y de las descomposiciones? ¿Cuáles son los sistemas estables, las reacciones posibles y las precisas en circunstancias determinadas?

El enunciado del problema marca perfectamente la division general de la Mecánica Química; así que la parte *dinámica*, que más que á otra cosa al mecanismo de las reacciones se refiere, comprende la primera pregunta y aún parte de la segunda; porque el estudio de la *estática*, ó sea del principio cuya aplicacion permite prever las reacciones químicas, ha de ir precedido del estudio de las condiciones en que los compuestos se forman por sus elementos, y cómo se descomponen por energías exteriores, lo cual constituye la determinacion de la estabilidad de los compuestos en condiciones dadas.

Vastísimo es el campo que la *dinámica química* ofrece, dilatados horizontes van á abrirse á nuestra consideracion al bosquejar y trazar las líneas generales de este cuadro magnífico, de esta gran obra levantada por el esfuerzo poderoso de espíritu de nuestro siglo; que comprende el estudio del mecanismo de las reacciones químicas; el método que en esta parte de nuestro trabajo se nos impone consiste en presentar, con sencilla y clara forma, los resultados generales admitidos y sancionados por la experiencia, y que por esto mismo constituyen leyes precisas que pueden verse confirmadas en todos los casos que se examinen; de esta manera podrá el lector formar idea clara y precisa de la significacion del estudio que en este momento vamos á emprender.

La division de las reacciones que anteriormente hemos hecho, clasificándolas en tres grupos generales, á saber, combinaciones, descomposiciones y modificaciones isoméricas, tiene aquí aplicacion perfectísima, pues que del mecanismo de cada una de ellas debemos ocuparnos.

A.—Combinacion química. El hecho general que á las combinaciones caracteriza es el siguiente: dos cuerpos *A*, *B* se unen para formar otro cuerpo homogéneo *C* dotado de propiedades físicas y químicas perfectamente definidas, pero que no son las de los elementos que lo han formado. Pero la combinacion de los cuerpos *A*, *B* puede verificarse de varios modos: los cuerpos pueden unirse por sólo contacto, y entónces la combinacion se llama directa, ó en virtud de otra reaccion ó serie de reacciones en las cuales se producen, y entónces la combinacion es indirecta; puede ser lenta ó instantánea, con desprendimiento ó absorcion de calor, inmediata ó provocada, debida sólo á las energías químicas ó verificada con el auxilio de energías exteriores.

De modo que las combinaciones podrán clasificarse y agruparse atendiendo, más que á la naturaleza y peso de las sustancias ó elementos que entran en ellas, á las diversas circunstancias que hemos examinado, y esto ha de tenerse muy en cuenta, porque es precisamente una de las grandes diferencias que debemos señalar entre la Química antigua y la moderna respecto de la interpretacion de los hechos.

Entrando ya en el estudio de las combinaciones directas, que son precisamente las que primero se presentan, debemos establecer con Berthelot el siguiente principio: toda combinación directa se realiza con desprendimiento de calor. Esta ley es perfectamente cierta en todos los casos, mas no lo es su recíproca, porque aún en las combinaciones directas más sencillas se necesita *trabajo preliminar* que precisa el concurso de energía extraña; pero donde puede verse que no es la instantaneidad, ni la sola intervencion de las energías químicas, el peculiar carácter de las combinaciones directas, sino, por el contrario, que hay reacciones en esta especie que pueden ser provocadas, lentas, y necesitar del auxilio de energías extrañas. El único carácter propio é invariable, el signo distintivo de las combinaciones directas no es otro que el desprendimiento de calor; pero bien entendido, que este calor muchas veces no proviene de las solas energías químicas, sino que ha menester el concurso de exteriores agentes que cumplen en el sistema lo que hemos llamado trabajo preliminar.

Para poder estudiar y medir este trabajo es necesario que nos fijemos en dos tipos de combinaciones, en uno de los cuales la reacción sea *directa, inmediata é instantánea*, y en el otro necesite el concurso de energía de fuera del sistema, y vamos á emplear los mismos ejemplos de Berthelot: sean, pues, la formación del cloruro amónico, por la combinación directa de volúmenes iguales de ácido clorhídrico y amoniaco gaseoso con desprendimiento de $+ 42^{\text{cal}},5$, y la formación del agua en vapor por la combinación directa del oxígeno y el hidrógeno. En el primer caso, se presenta el tipo de las reacciones directas; combínanse directamente los gases ácido clorhídrico y amoniaco, sin que intervenga la menor energía de fuera del sistema y sin que pueda apreciarse el tiempo que la combinación necesita desde el estado inicial hasta el estado final; en el segundo se tratan de unir dos volúmenes de hidrógeno y uno de oxígeno, cuya combinación produce desprendimiento de calor medido por $+ 34$ calorías; pero aquí la combinación, si directa, no es inmediata é instantánea, porque se precisa el trabajo preliminar de energía

extraña á los dos gases, y, en efecto, sin el auxilio del calor ó del musgo de platino ó de la chispa eléctrica, podeis conservar cuanto tiempo querais, sin combinarse, dos volúmenes de hidrógeno mezclados con uno de oxígeno. Estos dos ejemplos enseñan la gran diferencia que hay entre ciertas combinaciones directas, diferencia tanto más acentuada, cuanto el trabajo preliminar es más considerable, y obsérvese que aunque como tipo y ejemplo de la combinación suele tomarse aquélla que reúne las condiciones de directa, inmediata é instantánea, pocas, muy pocas son las combinaciones químicas en que concurren tales circunstancias; la regla general es que necesiten trabajo preliminar; de aquí que la primera cuestión que se ofrece es precisamente la medida de ese trabajo.

Desde luégo se comprende que necesariamente este trabajo ha de estar relacionado y ser como dependiente de los lazos más ó ménos íntimos que haya de vencer, y de la naturaleza del agente que lo produce; podemos formar idea de lo que el trabajo preliminar significa y vale, comparando un sistema de cuerpos que se combinan con una serie de cuerpos en equilibrio; si éste es inestable, el más ligero esfuerzo bastará para concluir con tal estado, y éste es el caso de las combinaciones directas, en las que no se necesita trabajo preliminar; pero si el equilibrio es perfectamente estable, entónces se necesita esfuerzo proporcional á la estabilidad del equilibrio; por eso cuanto más fuertes y estrechos son los lazos que unen un sistema de cuerpos, tanto más esfuerzo se precisa para provocar la combinación.

La medida de este trabajo preliminar se comprende que ha de ser de gran importancia; pues que en virtud de ella podemos juzgar de la estabilidad de los sistemas químicos; la medida es fácil si durante el trabajo de que tratamos hay desprendimiento de calor, porque en tal caso está determinado por el producto de la temperatura que el desprendimiento de calor produce, por el calor específico de los elementos del sistema. Si la reacción es provocada, no ya por haber calentado toda la masa, sino por un punto solo en ignición que se acerca á la mezcla, entónces hay que te-

ner presente que la reaccion comienza sólo en el punto de contacto y que va ensanchando poco á poco su círculo, extendiéndose á toda la masa, y el calor desprendido en el primer momento de la combinacion es el que va reaccionando sobre las partes del sistema, de tal modo que el trabajo preliminar de todo él, fuera del momento en que la primera combinacion se ha verificado, se debe realmente al calor desprendido por las porciones que van combinándose; de aquí que realmente, en este caso, el calor inicial es infinitamente pequeño; mas no es esto obstáculo á que el efecto disminuya en nada, porque hay siempre relacion definida entre la masa de las primeras partículas que determinan la reaccion de todas y el trabajo que la combinacion de aquéllas produce.

No solamente el calor, sino tambien el simple contacto puede ser origen del trabajo preliminar necesario en algunas combinaciones. Y observad, á este propósito, cuán equivocada era la idea antigua que á sola la accion de presencia atribuia ciertas combinaciones; el mismo Berzelius, á quien la Química debe tanto conocimiento de detalle, atribuye, por ejemplo, la accion del musgo de platino á fuerza especial que llamó accion *catalítica*; hoy se explican las ántes misteriosas acciones de contacto por puro y simple efecto del calor. Hay cuerpos, como el platino en esponja ó el paladio, que tienen la notable propiedad de ocluir ó retener grandes cantidades de gases, sobre todo de hidrógeno; pues bien, aparte de que la condensacion de los gases ha de producir necesariamente cierta cantidad de calor, se contrae una combinacion entre los cuerpos que ocluyen y los gases diluidos, cosa que está perfectamente demostrada, porque se conocen combinaciones del paladio y del platino con el hidrógeno, y como por el desprendimiento de calor resulta de esta combinacion cierto aumento de temperatura, se explica perfectamente cómo éste, es decir, el calor y no fuerza alguna extraña, es causa y origen del trabajo preliminar de la reaccion.

Esto que se aplica á la accion de contacto, puede aplicarse á la luz; en realidad este agente, que provoca algunas

combinaciones, lo hace rompiendo sólo los lazos de las primeras partículas, y esto basta, porque el calor desprendido por su combinación puede causar la combinación de los demás elementos del sistema.

Algo más complicada que estas acciones es la acción de la electricidad; su influencia en las combinaciones se explicaría bien por el calor que desarrolla, á no haber combinaciones que el calor no provoca y la electricidad lleva á cabo. Pensad en dos cuerpos *A* y *B*, cuya combinación es igual á otro cuerpo *C*, y suponed que estos cuerpos no pueden unirse jamás directamente ni en frío ni con el auxilio del calor; sin embargo, la acción continuada de la chispa ó de la corriente eléctrica provoca y efectúa su unión directa; pero la efectúa de manera harto extraña y en muy particulares condiciones de equilibrio; así se vé que en el seno de una gran masa, sólo se forman pequeñísimas cantidades del cuerpo en cuestión, permaneciendo indefinidamente sus elementos en contacto, y la electricidad actuando. ¿Cuál es, pues, el efecto de la electricidad? ¿De qué manera obra? El sagaz espíritu del eminente químico Berthelot quiere penetrar en esta cuestión, y fundándose en muchas experiencias y reacciones, y singularmente en la formación del ácido iódico por la unión de sus elementos á virtud de la acción de la electricidad, dice si acaso esta acción se deberá al cambio isomérico de un elemento, cambio por ella provocado, y que puede hacerle apto para fomar ciertas combinaciones que de otro modo no formaría. Y que esta explicación es muy racional y está de acuerdo con los hechos, lo demuestra que el oxígeno no tiene acción alguna, ni en frío ni en caliente, sobre el cloruro potásico, mientras que si el oxígeno se electriza y se le cambia en su modificación isomérica ozono, forma clorato potásico por acción directa sobre el cloruro.

Hay todavía otras influencias más complejas, que son en general acciones combinadas de varios agentes, causa del trabajo de las combinaciones; una de ellas es la doble acción del calor y de la electricidad: en este caso la acción del calor es necesaria para cumplir cierto trabajo preliminar, para romper ciertos lazos; pero no puede actuar siempre, porque

ejerciendo su acción sobre el compuesto formado, le descompondría, y como es necesaria la influencia de energía extraña, de aquí la precisión de la acción eléctrica. Esta misma explicación puede aplicarse á ciertas oxidaciones que el calor no provoca y algunos cuerpos efectúan, y es porque en estos casos se obtiene oxígeno á temperatura tan elevada que no puede subsistir en ella el compuesto oxigenado que debiera formarse, y también de este modo se explican las acciones de la luz en frío que permiten la formación de cuerpos que no se forman con el auxilio del calor, que si no sobreviniese brusco enfriamiento no se obtendrían cuerpos de ese género, que se descomponen casi á la misma temperatura á que se forman.

Coloca Berthelot, á seguida del estudio del trabajo preliminar de las reacciones y los agentes que á este trabajo concurren, otro estudio de una cuestión no ménos importante, cual es la estabilidad de los compuestos químicos. Se comprende muy bien cuál ha de ser el sentido de esta palabra para nosotros; la estabilidad de un compuesto se debe tomar siempre con respecto ó relación á las condiciones en que se le coloca; pero esto no es obstáculo á definirla como la mayor ó menor resistencia de los cuerpos á temperatura siempre creciente; de aquí que en igualdad de circunstancias, se considere más estable aquel cuerpo que más resiste la acción del calor. Comparando la escala de temperaturas ascendentes con determinada serie de cuerpos, pueden éstos clasificarse en función de la temperatura á que se descomponen, ó sea con respecto á su estabilidad; si la comparación se hiciese entre dos series paralelas, formadas por una misma familia de elementos análogos, vendríamos á parar á este resultado: los cuerpos son tanto más estables cuanto mayor es la cantidad de calor desprendido en su formación; si los elementos no fuesen análogos en las series que se comparan, entónces no hay relación alguna ni con el signo ni con las magnitudes del calor empleado en su formación. Pueden citarse ejemplos en que estos dos principios se vean perfectamente claros: en la serie de los hidrácidos, por ejemplo, se dá siempre la relación necesaria entre el

calor de formación y la temperatura á que se descomponen; pero si los cuerpos que se comparan son tales como el ácido clorhídrico, el amoniaco y el gas de los pantanos, entónces puede observarse que aunque el calor desprendido en la formación de estos cuerpos es casi el mismo para los tres, las temperaturas á que se descomponen no guardan con él relacion alguna.

Podrá preguntarse ahora cuál es la necesidad del trabajo preliminar, qué cosas, qué trasformaciones tiene que cumplir este primer trabajo, casi siempre á extraña energía debido, dentro de un sistema de cuerpos físicamente homogéneos, y por qué, tambien, el trabajo producido por calefacción no es siempre ni necesariamente equivalente á los trabajos necesarios para que una combinacion ó una reaccion cualquiera se realice.

Estas observaciones llevan á admitir, y éste es uno de los más firmes apoyos de la nueva concepcion del fenómeno químico, que el contacto y la produccion de ciertas energías entre cuerpos que se combinan no son bastante poderosos para romper los lazos que tienen unidos los elementos de un sistema, que es necesario trabajo preliminar, anterior á todo período de trasformaciones, para que sus lazos se rompan, y una vez deshecho el sistema, sus elementos puedan formar otro distinto por agrupacion diversa. Lo que hemos dicho de la estabilidad de los cuerpos es prueba de esto, porque, en último término, la estabilidad, ó sea la resistencia á la descomposicion, depende de la mayor ó menor estrechez de los lazos y de las acciones que tienen unidos los elementos del compuesto. Y en cuanto á la segunda observacion, puede aplicarse perfectamente á ciertas sustituciones de unos elementos por otros en los cuales el cuerpo sustituido ha producido para combinarse bastante más calor que el que le sustituye.

Si de cuanto hemos dicho sobre el trabajo preliminar hemos de sacar algun dato general de la Mecánica Química, debemos tener presente que cuando varios cuerpos se unen, tienden siempre á producir aquella combinacion que más calor produce ó desprende; esto se impide por los lazos par-

ticulares del sistema, que es necesario romper, ó por obstáculos extraños que requieren trabajo para ser vencidos, y esto es precisamente en lo que el trabajo preliminar se emplea; mas téngase presente que tal trabajo, estando subordinado al medio por que se cumple, no representa cantidad constante y característica de cada reaccion, como la representa el calor desprendido por la combinacion misma, lo cual quiere decir que el trabajo preliminar es cosa puramente accidental en la combinacion; pero aunque accidental y no sujeto á regla, necesario, en cuanto sin él no pueden separarse los obstáculos, ni romperse las trabas que á la combinacion se oponen.

Examinada ya la primera condicion de las combinaciones directas, marcado el instante en que un estado inicial cualquiera comienza á modificarse en el trabajo preliminar, se hace preciso, ántes de examinar el estado final, apreciar y valuar las trasformaciones sucesivas; porque tales trasformaciones son precisamente el trabajo cumplido durante el acto de la combinacion; son y representan ΣT , ó sea, la diferencia entre los éstados inicial y final de un sistema.

Claro está que hemos de considerar, en primer término y como factor muy importante, el elemento tiempo; las reacciones químicas todas han menester cierta cantidad de tiempo, variable en cada una, para llevarse á cabo, y nótese aquí la perfecta semejanza de los fenómenos químicos con los mecánicos: el tiempo, dado el espacio recorrido, mide la velocidad en cualquier movimiento; pues de igual modo, en los fenómenos químicos, la velocidad de las reacciones se mide por el tiempo trascurrido de un estado á otro en un sistema de cuerpos cualquiera. Y precisamente la necesidad del trabajo preliminar explica perfectamente el papel del tiempo; porque las reacciones provocadas por agentes exteriores en su mayor parte necesitan cierto tiempo para cumplirse, como si la accion no se extendiese al mismo tiempo en todo el sistema, sino, por el contrario, fuese apoderándose poco á poco de él hasta dominarlo por completo y causar todo el conjunto de modificaciones que tienen que cumplirse de un estado á otro; así las combinaciones salinas son casi instantáneas y

las transformaciones sucesivas pasan por ahora completamente desapercibidas para nuestras medidas calorimétricas, mientras que los fenómenos y modificaciones sucesivas cumplidas durante la formación de los éteres necesitan tal cantidad de tiempo que la velocidad de la reacción y sus fases pueden en cada momento determinarse.

Lo mismo que un cuerpo que cambia sucesivamente de lugar en el espacio no puede ocupar dos lugares á la vez, en las combinaciones químicas los lazos de unión de los elementos de un sistema, que no son más que los *lugares químicos* que ocupan, van, poco á poco unas veces y otras velozmente, rompiéndose y trascurriendo tiempo en crearse otros nuevos, como un cuerpo que se ha separado de su posición no adquiere otra nueva sin que pase tiempo determinado en crearse condiciones para ocupar la nueva. Como el fenómeno químico no es, en resúmen, más que cambio de lugar, posición nueva creada, estado de equilibrio que se destruye para formar otro nuevo, se comprende que el tiempo es necesario, porque nada puede cambiar de lugar ó condición sin invertir tiempo en este cambio; de aquí la consideración que las combinaciones nos ofrecen bajo el punto de vista de su velocidad.

Una cuestión importantísima se ofrece en este estudio, tal es la determinación de las relaciones que existen entre la homogeneidad de los sistemas y la velocidad de las combinaciones; en los sistemas perfectamente heterogéneos—que son aquellos que encierran cuerpos sólidos y líquidos, cuya disolución ó evaporación es precisa—no ofrece duda la cuestión del tiempo y de la velocidad: como, en este caso, los fenómenos se producen en la superficie del sólido ó del líquido, claro es que estando la disolución y la evaporación relacionadas con las superficies, la velocidad de la reacción, y por tanto el tiempo, ha de ser proporcional á las superficies libres, que á su vez dependen del estado de división de los cuerpos y de la forma del vaso en que la reacción se efectúa. Es evidente que en estos casos toda acción cesa si el contacto del sólido con el líquido disolvente cesa, ó si la atmósfera vecina de la superficie líquida se satura de vapor y no puede

contener más; por eso en toda especie de reacciones hay que distinguir dos trabajos, que por nada deben confundirse: de una parte el trabajo inicial, que se ejerce desde el momento del contacto; pero como éste cesa por causas extrañas, se precisa, de otra parte, nuevo trabajo, siempre físico, para restablecer el contacto en cada momento y llevar el sistema á las condiciones precisas para la continuidad de la acción química; y nótese precisamente que esta necesidad de restablecer el contacto no es otra cosa que justificación de la intervención del tiempo en las combinaciones, y lo mismo que en este caso de la disolución hemos visto cómo el tiempo interviene, podríamos notarlo también en aquellas combinaciones que han menester, para cumplirse totalmente, intervención del calor ó las descomposiciones electrolíticas, que precisan siempre tiempo más ó ménos largo.

En los sistemas homogéneos el contacto establecido desde el principio de la reacción dura el tiempo que aquélla necesita para cumplirse, y en estas condiciones es aún preciso tomar ciertas precauciones, y operar en especiales circunstancias para determinar las leyes de la velocidad de las reacciones; respecto á esto diremos que conviene ensayar sobre gases, porque en corto espacio, al ménos, sus mezclas pueden considerarse como perfectamente homogéneas, cosa que no sucede en las mezclas de líquidos y sólidos, que precisan muchas agitaciones, y trabajos exteriores si su homogeneidad ha de mantenerse siempre; luego conviene que sea fija la temperatura á que los sistemas de experimentación se sometan, y, por último, por vía de precaución para conservar la homogeneidad, conviene operar con gases en tubos cerrados, que así es más íntimo el contacto.

Supongamos una mezcla gaseosa colocada en todas las condiciones que acabamos de enumerar; en este caso se observa que la acción química, la mayor parte de las veces, precisa gran cantidad de tiempo; mas si energía extraña interviene, entónces la acción se verifica instantáneamente, lo cual demuestra, aún en los sistemas homogéneos, la manera cómo los agentes exteriores, que por cualquier modo determinan movimiento ó agitación de la masa, modifican la velo-

cidad de las reacciones. Otras veces, por el contrario, como sucede en la formación de los éteres, los agentes exteriores en poco ó en nada modifican la velocidad de las reacciones. De todas maneras, y despues de una serie de estudios muy detallados y minuciosos, se llega á establecer como principio, para las reacciones entre sistemas homogéneos, que permanecen todo el tiempo que la combinacion dura, que existe un coeficiente característico de cada reaccion que afecta necesariamente á la duracion de la accion elemental, coeficiente cuya importancia ha demostrado Berthelot en su magnífico y clásico trabajo sobre la fuerza de la pólvora.

Hemos clasificado las combinaciones en *directas é indirectas*, y hemos examinado ya los caractéres más principales de las primeras, que son semejantes á aquellos movimientos ó trabajos producidos directamente por la accion de las fuerzas, y tienen un resultante de fácil determinacion; ahora debemos tratar de la otra serie de combinaciones, de aquellas que necesitan que los elementos se produzcan ántes de que ejerzan sus acciones recíprocas, y aquí viene precisamente, porque en esta ocasion vamos á aplicarla, la gran division de las reacciones en exotérmicas y endotérmicas. Trataremos de cada una en especial.

1.º *Combinaciones exotérmicas*.—Todas las combinaciones directas pertenecen á esta clase, siempre que no intervenga energía extraña, porque se efectúan sólo por trabajo positivo de las afinidades, y, como dice Berthelot, *hay pérdida de energía pasando de los componentes al cuerpo compuesto*, por lo tanto, se comprende que las descomposiciones de los sistemas así formados han de ser endotérmicas, por cuanto siendo fenómeno recíproco, se hace preciso restituir al sistema la energía perdida.

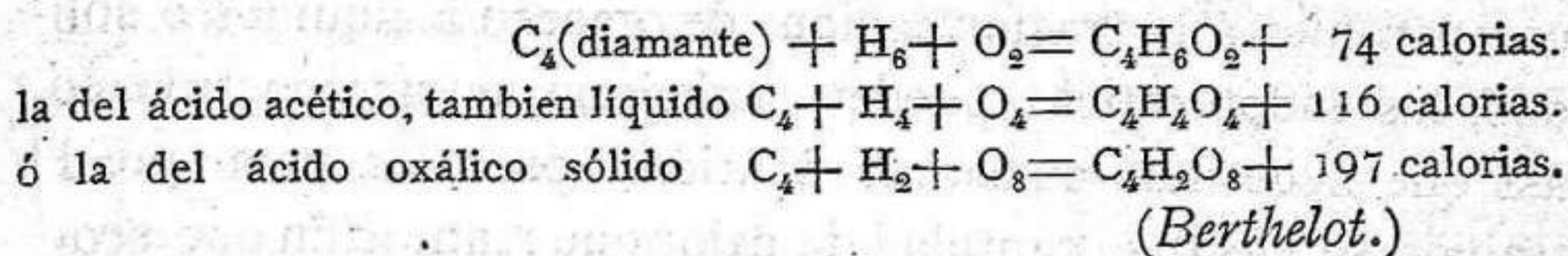
Estas combinaciones no precisan, en general, intervencion de agente alguno extraño y exterior al sistema de cuerpos que reaccionan, y ya se efectúan á la temperatura ordinaria, ya necesitan trabajo preliminar que las provoque; y no siempre una vez comenzadas van directamente hasta el estado final por serie de cambios sucesivos. Mas obsérvase que en todos los casos de combinaciones exotérmicas la

cantidad de calor producido por el trabajo preliminar, cuando éste es necesario, es porción mínima y casi despreciable del calor total desprendido en la combinación. Y obsérvese también cómo el agente exterior, que algunas veces se necesita, no obra más que en un punto, no actúa sino un momento, y parece que este punto y este momento bastan para que la acción se extienda á todo el sistema; en una mezcla de oxígeno é hidrógeno, ó de cloro é hidrógeno, la electricidad ó la luz no obran sino en un punto, y la conmoción que producen se extiende á toda la mezcla y realizan la formación de los compuestos. Otras veces, sin embargo, se necesita acción prolongada de los agentes que causan trabajo preliminar, como sucedè en la formación del amoniaco ó del ácido iódico por union directa de sus elementos; este fenómeno se observa, sobre todo, en las acciones que ántes se llamaban de presencia. En su vista puede preguntarse por qué causas estas reacciones no se continúan, cesando la causa del trabajo preliminar; cuya pregunta debe contestarse diciendo que podrá suceder que estas combinaciones no se efectúen totalmente sino á temperatura superior á la producida por el calor que desprenden, y que esta diferencia se la dá precisamente la continuidad de la acción externa, ó también, que sucederá que el trabajo efectuado no es de la especie ó naturaleza que se precisa para colocar al sistema en condiciones de llevar á cabo el acto de la combinación, y esta razón se funda precisamente en las observaciones hechas sobre ciertos cuerpos, que áun para combinaciones en que entran como elementos necesitan modificarse de un modo ó de otro.

Las combinaciones exotérmicas no se efectúan algunas veces de un solo golpe, sino que llegan primero á estado en el que se desprende cierta cantidad de calor, y allí se detienen, como si tuviesen necesidad de descanso, y luego de este estado intermedio se continúan hasta llegar al estado que pudiéramos llamar definitivo; á casi todos los compuestos orgánicos formados con sus elementos puede suceder esto, que indica que á más del consumo de las energías exteriores de naturaleza semejante al calor, la luz y la electrici-

dad, se han menester mecanismos más complicados para que la combinación tenga efecto. Un ejemplo dará idea de ello.

Esta clase de combinaciones desprende más calor que el calculado para sus elementos; sea la formación directa del alcohol líquido:



Fórmanse estos cuerpos y otros análogos, no por sola intervención del calor, la electricidad ó la luz, sino más bien con el concurso de ciertos agentes de mecanismos especiales que no se han determinado aún; mas estas excepciones se comprende que no son razón suficiente para dejar de establecer como principio general que las combinaciones exotérmicas se producen casi siempre por la sola energía de sus elementos, sin que de fuera venga trabajo alguno á causarlas, á no ser que haya precisión de que ciertos mecanismos particulares se pongan en juego para determinar la reacción.

Un problema, sin embargo, me ocurre aquí, que considero como el más importante de la dinámica química; hay reacciones que desprenden calor, y á pesar de ello no cumplen trabajo alguno; el cloro y el hidrógeno, por ejemplo, tomados á volúmenes iguales, se combinan, produciendo volumen doble de ácido clorhídrico; aquí no hay condensación ni trabajo alguno que pueda producir calor, y á pesar de esto se desprende; ¿de dónde viene tal calor? ¿á qué trabajo se debe? Hé aquí una serie de problemas, en los que la ciencia no ha penetrado y que por el momento constituyen el punto irresoluble de la dinámica química.

2.º *Combinaciones endotérmicas.*—Se llaman así aquellas combinaciones cuya descomposición directa se verifica desprendiéndose calor, ó como Berthelot dice: «combinaciones en las que hay pérdida de energía, pasando del cuerpo compuesto á los componentes,» y por lo tanto, su formación exige gasto de trabajo que por absorción de calor se traduce.

La absorción del calor en estas combinaciones no respon-

de, como podrá desde luego parecer, á simple fenómeno de contacto ó mezcla de elementos de un sistema dado, sino que es efecto de trabajos necesarios para colocar los elementos de un sistema de modo que puedan unirse formando un compuesto. Así como las combinaciones exotérmicas son comparables á la trasformacion de gases en líquidos ó sólidos, las endotérmicas pueden semejar al cambio inverso, así que necesitan consumir cantidad de calor para que el trabajo se efectúe, cantidad de calor que restituirán sucesivamente al verificarse el fenómeno inverso. Para formar idea clara de lo que esto significa, imaginad que un sistema inicial es una piedra que está sobre la superficie de la tierra; el trabajo necesario para llevarla á altura determinada exige gasto de energía: tal es la combinacion endotérmica; pero si la piedra se deja caer, restituirá aquella energía absorbida: tal es la combinacion exotérmica; así, que mientras que estas combinaciones contienen en realidad menos energía, aquéllas contienen mucha, como la piedra elevada á cierta altura tiene más energía disponible que la piedra que ha caido, como los gases tienen más energía disponible que los sólidos.

La formacion de estas combinaciones dá idea de la formacion de los radicales, que tanta importancia tienen y tan estudiados están, sobre todo en Química orgánica.

Nadie ignora que hay ciertos grupos ó combinaciones, á los que sirven de tipo el cianógeno, que son sumamente activos, que hacen el papel de elementos en las combinaciones y que se sustituyen regularmente como si de cuerpos simples se tratara; son en resúmen los radicales, cualquiera que sea su especie, grupos muy enérgicos; pues bien, esta su energía viene de que son combinaciones endotérmicas, que han absorbido al formarse grandes cantidades de calor, que parece como que almacenan para ser luego manantiales de grandísima energía. Comparad la energía de los elementos carbono y nitrógeno con la del cianógeno, que por su union se forma, y vereis que al contrario de cuanto podria preverse, el compuesto es más enérgico; pero mucho más que sus elementos, y esto proviene únicamente de la absorcion de calor habida en el acto de la combinacion.

En la Química enseñada hasta ahora no se daba nadie cuenta de la actividad y energía de los radicales compuestos efectivos; nadie sabía por qué causas el cyanógeno formaba inmensa serie de compuestos que separadamente se estudiaban; hoy los trabajos de la Termoquímica permiten decir, con toda seguridad, que tal energía es efecto del calor absorbido en su formación, que no se aniquila, sino que reside en el compuesto, siempre pronto á efectuar trabajo mucho mayor que el necesario para su misma producción.

De grandísimo interés es el estudio de tales grupos, á los cuales un químico ilustre, el gran Gehardt, daba tan gran importancia que podían servir de base, como en efecto sirvieron, á una clasificación extendida también á la Química inorgánica.

Las combinaciones endotérmicas dan también la razón y el por qué ciertos cuerpos, como el permanganato de potasio ó el bióxido de nitrógeno, gozan de propiedades y actividades que sus elementos no tienen; no busqueis la razón en afinidades predisponentes ni en colocaciones atómicas más ó menos variadas; no hay otra razón que el trabajo que almacenan, porque todos estos cuerpos, como los radicales, se forman siempre con absorción de calor, son, en una palabra, combinaciones endotérmicas.

Se comprende también que á esta especie han de pertenecer muchas combinaciones orgánicas formadas de grupos que hacen papel de radicales, ó que en efecto lo son, y también las combinaciones que se efectúan en los seres vivos, cuya descomposición puede verificarse sin el concurso é influencia de energía, bastando sólo la presencia de simples agentes determinantes, y esto explica perfectamente la producción, al parecer espontánea, de calor, que no á otra cosa se debe que á la acción de un cuerpo sobre las combinaciones de que se trata; en una palabra, las fermentaciones también se explican dentro de las reacciones endotérmicas, porque el fermento no es más que almacén de energía, que en cierto momento y con el concurso de especiales condiciones, puede dar origen á formación de combinaciones ó descomposiciones exotérmicas, y de ahí el desprendimiento de calor

que podría ántes juzgarse espontáneo y para nosotros, en virtud de los principios que exponemos, no es otra cosa que el trabajo de una energía que estaba, como está en los gases la fuerza empleada ó el trabajo invertido en producirlos, dispuesto á manifestarse, siempre que haya condiciones especiales para ello.

Examinemos ya las circunstancias de formación de las combinaciones que absorben calor.

Toda combinación endotérmica necesita el concurso de energía extraña para verificarse; no hay, por lo tanto, combinación de esta especie que se forme directamente: los agentes necesarios son el concurso de la luz ó de la electricidad ú otra combinación que simultáneamente se verifique, de modo que el trabajo preciso no se efectúa jamás por los elementos del sistema, sino por la causa ó agente extraño que sobre él actúa; y nótese bien que como agentes de estas combinaciones pueden servir también combinaciones de la especie ántes examinada, esto es, combinaciones exotérmicas; pero en este caso no se limitan á iniciar la reacción, á abrir camino, á dar el primer paso, como si dijéramos, sino que su propio trabajo, la cantidad de calor que desarrollan dá energía precisa para que la combinación tenga lugar; de modo que el calor desprendido por un sistema de cuerpos que se unen, puede además, no sólo servir para el primer trabajo, sino ser verdadera fuente de energía para que una combinación endotérmica se verifique, y así la energía desarrollada por la primera la encontramos después residiendo en diferente sistema; que por este modo tan maravilloso se cambia y transforma y va de una á otra parte la misma energía.

La electricidad desarrollada en el acto de una combinación exotérmica, que se manifiesta bajo tan distintos aspectos, puede causar combinaciones endotérmicas, como lo demuestra la fijación del nitrógeno sobre las sustancias orgánicas y otros muchos ejemplos, y lo que decimos de la electricidad, al calor puede aplicarse, como sucede en el caso de la formación del sulfuro de carbono, y esta acción del calor de descomposición ó de combinación que lo desarrolla es muy notable, porque muchas veces es preciso que á esta acción se

siga rápido enfriamiento, brusca acción, necesaria para la persistencia de los compuestos que se forman, que no podrían subsistir á continuar todo á la misma temperatura; la formación de ciertos carburos pirogenados es buena demostración de ello.

Un carácter, extremadamente curioso, hemos de notar en las combinaciones de que tratamos.

Suponed una combinación endotérmica producida por la intervención de cualquiera de los agentes mencionados; en este caso tenemos dos acciones perfectamente contrarias, pero que en cada instante se equilibran, lo cual quiere decir que toda síntesis obtenida por medio de la electricidad, del calor ó de la luz, es expresión de la resultante de dos energías distintas; de una parte la energía química, propiamente tal, que, como es sabido, tiende siempre á que los cuerpos se unan en la combinación que más calor produzca, y de otra la energía extraña que lleva el sistema á la combinación que más calor absorbe; con esto se comprenden una porción de cosas y fenómenos que pasan en la diaria experiencia de la Química. Si un sistema de cuerpos dado tiende, por virtud de su propia energía, á producir combinación exotérmica, claro está que para que la producida no tenga este carácter y sea, por el contrario, endotérmica, se hace precisa intervención de cierta causa que, comunicando otra energía á los elementos del sistema, realice su unión por virtud de trabajo que necesariamente ha de absorber calor; de donde se deduce que si esta acción externa y ajená completamente al sistema deja de obrar, las condiciones del equilibrio se modifican, y los compuestos formados se destruyen de modo ilimitado unas veces, y otras se superponen complicándose los elementos de los dos géneros de reacciones.

Las acciones de contacto, las influencias de cuerpos como el musgo de platino, no provocan combinaciones endotérmicas. Esto se explica muy bien, porque tales agentes sólo llevan al sistema energía insignificante, correspondiente á su propia acción sobre los cuerpos que están en su presencia. Si esta energía se agota en una combinación endotérmica, no puede renovarse, mientras que en las combinaciones

exotérmicas la acción se continúa, más bien que por la influencia del cuerpo en cuestión, por el calor desprendido sucesivamente por las partes del sistema que van combinándose. Y del mismo modo se explica la acción de ciertas sustancias que obran transformándose ellas mismas, como intermediarios de sucesivas reacciones, y estos agentes sólo combinaciones exotérmicas pueden provocar, porque dada la pequeñez de su masa, no traen á la combinación sino cantidades muy pequeñas de energía, insuficientes para dar de continuo la cantidad de energía que la gran masa que entra en una reacción endotérmica puede absorber.

Las combinaciones que tienen lugar absorbiendo calor se deben las más de las veces á combinaciones dichas simultáneas, que tienen como carácter dar mayor cantidad de calor que la que pueda absorber el sistema que se combina con absorción; y nótese bien que esto explica las reacciones que ántes se atribuían al estado naciente, afinidades predisuestas ó movimientos comunicados; hoy para esto no se halla otra razón, ni la experiencia demuestra otra cosa, sino que tales agentes no son más que combinaciones simultáneas en las cuales se produce más calor que el preciso para la combinación endotérmica; los cuerpos al estado naciente, á tensión considerable, desarrollan calor, y lo mismo los otros sistemas cuya acción se creía debida á fenómenos especiales y agentes indeterminados. Los adelantos realizados en la síntesis orgánica permiten llegar á la sencilla explicación que indicamos, que sirve también para darse cuenta del fenómeno químico más común y de más uso: la doble descomposición, en la que intervienen siempre cuerpos dotados de gran energía, y formados en virtud del concurso de intensas afinidades.

Pudiera creerse que el sistema de reacciones de donde toma la energía que absorbe una combinación endotérmica es siempre doble descomposición; nada ménos cierto, puesto que muchas veces, ó casi siempre, el efecto es debido á un sistema de reacciones correlativas, como en varios ejemplos puede probarse; bástanos citar la producción simultánea del ácido clorhídrico y del clorhidrato amónico en la reacción del

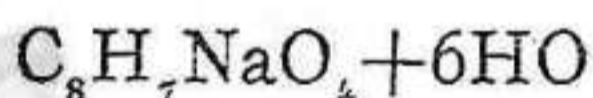
cloro sobre el amoniaco, á cuya reaccion prestan el necesario trabajo para la formacion del cloruro de nitrógeno.

Otras reacciones hay que se pueden llamar de acarreamiento, y son aquéllas en que la combinacion endotérmica y el compuesto que de ella se deriva son simplemente simultáneos con la reaccion exotérmica, sin que al parecer los una lazo ni relacion alguna; en este caso la combinacion tiene lugar por virtud de especie de movimiento comunicado, variable para cada caso. La interpretacion de esta clase de reacciones es bastante sencilla: en efecto, basta fijarse un poco en lo anteriormente dicho sobre el papel é influencia de las causas externas, para admitir que el trabajo necesario para que una combinacion por acarreamiento tenga lugar, ha de ser dado por la descomposicion de un sistema de cuerpos preexistentes que por sí misma desprenda calor. Citaremos como ejemplo de tales reacciones la formacion de los carburos etileno y propileno, que, á partir de sus elementos, se forman con absorcion de calor, cuerpos que encontramos formados, segun la observacion de Berthelot, de quien este ejemplo está tomado, en proporcion sensible, tanto que llega al décimo del volúmen de los gases desprendidos en la reaccion del hidrato sódico sobre el acetato de la misma base, reaccion cuyos principales productos son formeno y carbonato sódico; pero como la formacion de estos dos compuestos sucede con desprendimiento de $+13$ calorías, tendremos que tal reaccion debe ser fuente del trabajo necesario para que el etileno y el propileno se constituyan por trasformacion del formeno de este modo: $2 C_2 H_4 = C_4 H_4 + 2 H_2$ con absorcion de -52 calorías. Y estas reacciones, tan curiosas é interesantes, téngase presente que son de gran importancia en Química orgánica, pues que en su virtud fórmanse compuestos tanto más complicados y abundantes cuanto la reaccion es más brusca.

Todavía podemos señalar otra manera especial de verificarse las combinaciones endotérmicas; la energía que han de absorber puede tener origen en una reaccion teóricamente consecutiva, pero que se hace simultánea con la principal; á esta clase de reacciones pertenece la síntesis del ácido fórmico.

co por medio del óxido de carbono y el agua; esta reacción absorbe $-1^{\text{cal}},4$ y no se forma sin el concurso de un álcali, lo cual se explica porque la unión del ácido fórmico con el álcali desprende cantidad de calor muy superior á la que el cuerpo ácido fórmico necesita absorber para formarse, lo cual no es otra cosa que explicación de las afinidades predisponentes. Y obsérvese, al paso, que todos estos mecanismos especiales, no á las reacciones endotérmicas son únicamente aplicables, sino que muchas veces suelen cumplir y llevar á cabo trabajos preliminares que para las combinaciones exotérmicas son necesarios.

Al llegar á este punto, y despues del exámen de las condiciones especiales en que las combinaciones endotérmicas se producen, nos encontramos con dato curioso é importante, que demuestra hasta qué punto las combinaciones son función y dependen de la temperatura á que se realizan; hay, pues, ciertos límites entre los cuales una combinación puede formarse con desprendimiento ó con absorción de calor, según la temperatura á que se opere. Cita Berthelot como buen ejemplo de esto la formación del butirato sódico-hidratado



Si se emplea el butirato sólido y anhidro y el agua á cero, se obtiene hidrato cristalizado y hay absorción de $-3^{\text{cal}},49$; mas si el agua es líquida y su temperatura superior á cero, entónces la combinación es directa y exotérmica, puesto que desprende $+0^{\text{cal}},80$.

Para explicar estas reacciones, que no son otra cosa que cambio de signo térmico, se acude á la intervención del calor de estado; porque, en efecto, el agua líquida, teniendo más calor que el agua sólida, puede dárselo al sistema y determinar la combinación de modo diferente, y esta sencilla explicación tiene su apoyo en el hecho de necesitarse muchas veces la fusión ó solidificación de un cuerpo para que la combinación se verifique, y además hay la razón de la mayor cantidad de calor producida en los cambios de estado de los componentes, que sobrepasa al valor absoluto del mismo

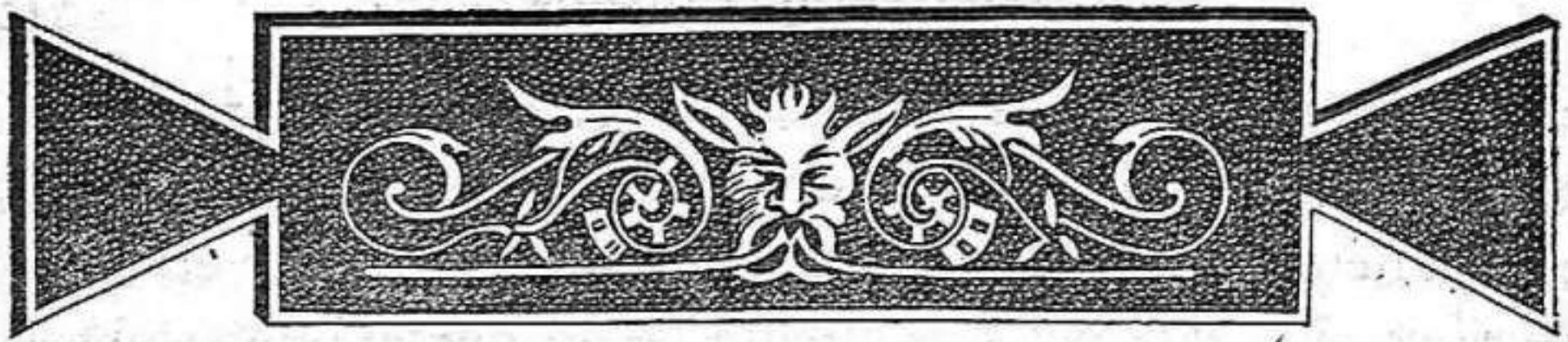
calor absorbido en los cambios del compuesto y también la gran desigualdad de los calores específicos, mayores en los componentes que en el compuesto, para explicar el cambio de signo. Esto dá perfecta cuenta de un hecho que se observa en cuerpos como el ácido selenhídrico, que existen á temperaturas elevadas, y á ellas se forman, y se descomponen, sin embargo, si sobreviene enfriamiento. En tales casos, se llega de una combinación que existe y se forma como exotérmica, si se la sustrae por enfriamiento rápido de la influencia de las temperaturas á que se descompone á la misma combinación endotérmica.

Por lo expuesto en esta parte de nuestro estudio pueden notarse las grandes diferencias que hay entre la manera como ántes se consideraba á la combinación y el modo como hoy se la estudia, dentro de los principios y leyes que de la termodinámica ha tomado la Química.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

(Continuará.)





ESTUDIOS

POLÍTICOS Y SOCIALES SOBRE MARRUECOS (1).

LA MUJER

EN LA SOCIEDAD Y EN LA FAMILIA.

I.

COMPUESTA la población de Marruecos por cinco razas de distinto origen y tendencias: la bereber, la árabe, la mora, la judía y la negra, el estado de la mujer varía algún tanto, según á cuál de ellas pertenezca, aunque bajo el punto de vista moral las diferencias no sean muy notables.

Los bereberes, primitivos habitantes del país, no tienen á la mujer en la estrecha clausura que la imponen otros musulmanes; pero la libertad relativa de que goza no la exime de ser la criada, más bien una esclava de su esposo.

Los árabes, resto de la raza conquistadora, que en reducido número habitan al otro lado del Atlas, en las márgenes del Sahara, dedicados á la caza, á la guerra y al pastoreo,

(1) Véase la pág. 170 de este tomo.

consideran á sus mujeres como un instrumento de placer, aunque revistiéndolas de cierta poesía, inherente á su fogosa imaginacion.

Los moros, producto del cruzamiento de la raza árabe, con las que poblaban el Africa Septentrional y España durante su dominacion, dan muy diferente trato al bello sexo, según pertenezcan á las ciudades ó á los campos. Los primeros, entre los que hay numerosísimos descendientes de españoles, tienen á la mujer en igual concepto que los árabes del Sahara, en ménos aún, porque no la embellecen con la poesía de que aquéllos la rodean, y los segundos, dedicados por lo general al cultivo de la tierra, pobres, miserables y siempre explotados por sus autoridades, miran en sus esposas el objeto de un placer fugaz y sobre todo un elemento activo de trabajo.

Los judíos, haciendo excepcion de muchos que viven en Tánger y otros pueblos de la costa, que por sus costumbres más ó ménos europeas se distinguen mucho de sus correligionarios, estiman también á las mujeres como sus instrumentos de placer y de trabajo; pero principalmente por los hijos—entiéndase bien, los varones—que sin ellas no podrian conseguir.

Las mujeres marroquíes de la raza negra son esclavas en su inmensa mayoría, y sufren la suerte que en todos los países está reservada á las infelices que se ven á tan miserable estado reducidas; no obstante que á veces consiguen desposarse con grandes señores y llegar á ser madres de los primeros dignatarios del país y hasta dar origen á una dinastía, como sucede con la reinante, en cuyas venas circula con abundancia la sangre de color.

Profesan bereberes, árabes, moros y negros la religion mahometana, y mejor ó peor, unos y otros se rigen por los preceptos del Corán, cuya influencia sobre el estado social de la mujer es desgraciadamente harto positiva, y formando estas razas el núcleo principal de la poblacion—porque los judíos no pasarán de 300.000,—sus costumbres y las consideraciones que guardan á la mujer, tienen muchos puntos de contacto; por lo que se refiere á la legislacion en contratos de

carácter civil y religioso, como bodas, divorcios, etc., todos se sujetan á lo prevenido en el Código musulman.

Ua vez admitida por la religion de Mahoma la inferioridad de la mujer y confirmada esta idea por antiguas prácticas y preocupaciones, el resultado más inmediato es que el hombre, no considerándola su igual, no la dá aquella estimacion á que es acreedora la fiel compañera de su vida, la que le dió el sér y la que está llamada á dársele á sus hijos; y esto que acontece en todos los pueblos dominados por el espíritu del Islám, es más frecuente en Marruecos, el más atrasado y el más refractario de todos á las luces de la civilizacion.

Preguntad á un marroquí por sus esclavos, por sus armas ó por sus caballos y os responderá con finura, agradeciendo vuestra atencion; pero, si no sois de sus parientes más cercanos, no le habéis jamás de sus mujeres, ni áun interesándoos por su salud, porque desde luego os dará una contestacion evasiva, extrañando vuestra impertinencia.

El marroquí de la ciudad, que no se desdeña de alternar en las fiestas con sus inferiores y hasta con los mendigos; que sale á la calle sin inquietarse porque el criado camine á su lado, consideraria vergonzoso pasear públicamente con su mujer, y cuando circunstancias imprescindibles les obligan á salir juntos, la esposa ha de ir forzosamente detrás del marido. Éste no la acompaña á sus visitas, ni al paseo; ni tampoco la sigue cuando va á ver á su madre ó á sus hermanas ni al ir al baño; no porque tenga una confianza absoluta, de lo que está muy distante, sino por demostrar que su mujer no merece tan séria preocupacion. A pesar de todo, su indiferencia tiene mucho de convencional, y su mujer no sale á la calle sin ir acompañada—más bien expiada—por la esclava en quien él más confía, y que, como sucede en otras partes, suele ser la que mejor le engaña.

La delicada atencion, la finura y la cortesía con que aquí tratamos á las mujeres, es lo que más extraña á un marroquí; entre ellos el puesto de preferencia es siempre para el marido; él come ántes acompañado de sus hijos, y las mujeres y las niñas han de contentarse con sus sobras; sale al campo, y si sólo hay una caballería, él la monta y la mujer le

sigue á pie llevando el niño ó un fardo á la espalda, y él, que guarda á sus esposas en el rincon más escondido de su casa, no pierde ninguna diversion y tiene fuera de su morada una tienda ó cuarto pequeño, donde recibe á sus amigos, fuma y bebe café hasta que se digna pensar que en otra parte le esperan aquellás desdichadas para satisfacer sus menores caprichos.

En rigor no está prohibida la entrada en las mezquitas á las mujeres; pero sólo un dia en el año es visitado el templo por el sexo femenino. Los hombres, que se pasan en él largo rato y que en el resto del dia no abandonan un rosario de gruesas cuentas, que representa cada una de ellas, hasta el número de 99, un nombre de otros tantos que dan á Dios, miran con indiferencia el destino futuro de sus mujeres, á quienes tácitamente cierran la puerta de la mezquita, para que no les distraigan en sus rezos (1).

De las fiestas á que tan aficionados son los marroquíes, no participan nunca las mujeres; éstas se divierten aparte, y todo lo más que se las permite, en las de los hombres, es asomarse con el rostro muy cubierto á las azoteas para presenciar las diversiones públicas ó colocarse en las que dan á los patios donde aquéllos celebran sus alegrías con músicas, thé, dulces ó comidas que por lo abundantes traen á la memoria las bodas de Camacho.

En Marruecos, como en todos los pueblos musulmanes, la mujer ha sido y es considerada más bien como cosa que como persona. Cuantos han visitado ese desdichado país han podido convencerse de ello, y así lo consignan muchos escritores, que se han ocupado más ó ménos directamente del Mogreb; y como nada ilustra tanto la opinion sobre asuntos de este género que las observaciones emitidas acerca de ellos por diversas personas y en diferentes épocas, creo conveniente trasladar algunas que demuestran cuán pocas considera-

(1) Como estas prohibiciones sólo pueden amenar del marido ó del padre, no se libran las mezquitas de la asistencia cotidiana de media docena de viejas que van á dormir en uno de sus rincones.

ciones ha merecido y merece la más bella mitad del linaje humano en el decadente imperio de Marruecos.

Concurre una circunstancia especialísima en los escritores, cuyas apreciaciones acerca de la mujer marroquí me permito consignar: todos ellos, misioneros, embajadores, cónsules, viajeros y curiosos han estado en Marruecos y escriben como testigos presenciales; algunos han pasado allí buena parte de su vida, y no pequeño número, á su perfecto conocimiento del idioma, reunieron la amistad, el respeto ó el aprecio de las autoridades ó de los pobladores del país.

Esta particularidad, que fácilmente podría comprobarse, será la más segura garantía para aquellos que por desconocimiento del país ú otras causas dudasen de la veracidad del relato de unas costumbres, que son en un todo diferentes á las nuestras; apoyado en la autoridad de esos escritores, entre los que hay nombres muy respetables y otros cuya competencia en asuntos de Marruecos está por demás acreditada, proseguiré mi relacion sin necesidad de insistir sobre ciertos hechos, que por lo extraños para los europeos, parecen á primera vista, más bien hijos de la imaginacion del novelista, que de la fria imparcialidad del historiador.

II.

«De más de las mujeres legítimas pueden tener cuantas mancebas quisieren.

Los reyes suelen dar algunas de sus mancebas por mujeres á sus alcaides y criados.

Tiénenlas todas dentro de una casa para mayor confusion. Las discordias que estas mujeres tienen entre sí son de calidad que no se pueden escribir, ni los trabajos de los maridos explicar; déjolo á la discrecion del curioso lector.»

DIEGO DE TORRES (1):

(1) *Relacion del origen y sucesos de los Xerifes y del estado de los reinos de Fez y Marruecos*. Sevilla, 1586.—Diego de Torres escribió esta obra, tan

«Porque destas mujeres, entre las muchas que cautivan, casi ninguna se escapa, que sea moza y tenga razonable parecer, que no la metan en la casa real, de donde nunca entrando allí salen: y así por fuerza ó por grado para usar mal de ellas las vienen á volver todas moras.»

FR. MATIAS DE S. FRANCISCO (1).

«Sus mujeres no entran en las mezquitas porque las consideran incapaces de ser admitidas en el Paraiso; segun dicen, no han sido criadas sino para servir á la generacion.»

PIDOU DE S. OLON (2).

... «Se ajustan los casamientos con los padres ó más cercanos parientes. Viene á ser una compra; porque el pretendiente dá, luégo que el casamiento se ajusta, una cantidad, en que conviénese, á el padre de la novia, por que le entregue á su hija...»

... «De otra forma suele este Rey presente (3) introducirse á párroco; porque cuando le parece saca á todas las criadas que tiene en sus palacios en servicios de sus mujeres, y que él no ha querido rendir á su lascivia; pónelas todas en un coro, que forman en un antepatio de su Alcazaba, y formando otro coro de sus negros y renegados que quiere casar, los parean unos con otros, dando á cada uno la que acertó á caer enfrente, fea moza ó anciana, monstruosa ó ménos mal

estimada por los bibliófilos, despues de pasar algunos años en el imperio marroquí; la publicó su viuda doña Isabel Quijada, y los pocos ejemplares que existen se pagan á buen precio. Es una de las fuentes de la historia del Mogreb.

(1) Guardian del convento de su orden en Marruecos en 1643, compañero del B. Juan del Prado, martirizado por Muley el-Uali; salvado aquél del tormento, alcanzó más tarde gran privanza con el Emperador, hasta el punto de agregarle á una embajada que envió á España.

(2) Embajador de Luis XIV cerca de Muley Ismael, que le recibió en Mequinez en 1693; á su regreso á Francia publicó sus impresiones de viaje y observaciones que pudo hacer en Marruecos, en un libro ilustrado con hermosos grabados representando tipos de hombres y mujeres marroquíes, y un plano de Larache. *Relation de l'Empire de Maroc*.—París, Cramoisy, MDCXCV.

(3) Muley Ismael.

parecida, sin que ni uno ni otro, aunque medie antipatía, se atreva á contradecir el turno de su fortuna; porque han de venerar la contingencia por santa, pendiendo de la mano del Rey.»

FR. FRANCISCO DR. S. JUAN DEL PUERTO (1).

«Acontece, sin embargo, alguna vez, que fastidiándose de ellas sus tiranos, las desechen y repudien por estériles ó por imposibilidad de sustentárlas, que es el pretesto más ordinariamente empleado en tales casos. Pero si logran estas desdichadas escapar así de la presente opresion y librarse del odioso consorcio, por otro lado se miran consignadas en adelante al desprecio público, y reducidas á la alternativa de tener que abandonarse á la prostitucion, ó arrostrar los horrores de la indigencia.»

COMYN (2).

«Las mujeres árabes participan de los trabajos de la comunidad; están al cuidado de las ovejás y los gusanos de seda; hilan y tejen los vestidos para la familia y la tela con que se hace la tienda. Frescas y bellas en su adolescencia, pierden pronto su frescura; el trabajo marchita rápidamente la flor de su belleza: de un año á otro están desconocidas; son viejas á los veinte años.»

«La más pequeña accion, siquier sea sospechosa por parte de una judía, es castigada con el azote de una manera brutal é irritante... Las moras son castigadas en secreto por la *harifa*.»

CH. DIDIER (3).

(1) Vice-prefecto, cronista general de las misiones de Marruecos y guardian del real convento de Mequinez. En su larga residencia en aquel país consiguió la amistad y el respeto del feroz Muley Ismael; fué testigo presencial de cuantos sucesos de importancia ocurrieron en aquel reinado, y escribió su *Mision historial de Marruecos*, que se publicó con gran aplauso en Sevilla en el año 1708.

(2) Cartas escritas desde Tánger en 1822 á D. Manuel José Quintana, y publicadas en Barcelona el año 1825.

(3) *Le Maroc*. Didier publicó unos artículos con ese epígrafe en la *Revue des deux Mondes* en 1836, como resultado de su viaje á Marruecos, y más tarde (en 1844) los coleccionó en un libro con el mismo título.

«Aquí se verifica la venta de una esclava á quien como á otra mercancía registra su licitador.»

«..... mi vista gozaba de un magnífico espectáculo y de los mil objetos que excitaban mi atención..... moros miserables y groseros que viajan montados en pequeños asnos, mientras que sus mujeres caminan detrás, á pie, descalzas, y con un niño en brazos ó la espalda.»

FERNANDO AMOR (1).

«La mujer mora no está gastada como la árabe por trabajos excesivos y fatigas de todo género; humillada como esta bajo el punto de vista social, arrastra una vida indolente en el seno de la casa, sin más inquietudes que el cuidado del tocador. La mujer bereber, ajada como la primera por rudos trabajos y partos prematuros, no vive bajo la misma opresión, y no se vé tratada con tanto menosprecio.»

LEON GODARD (2).

«La mujer entre estas gentes, más se la considera cosa que persona: encerrada en su casa, el padre y á falta de éste el pariente más cercano, dispone de ella para entregarla en casamiento á quien mejor se la pague.»

SANCHEZ VALENZUELA (3).

«Varias veces he visto á los habitantes presentarle sus hijas (se refiere al Emperador Muley Soliman), que en consecuencia entraban en el harem en calidad de sirvientes, y cuando le gustaban eran elevadas al rango de mujeres del Sultán, para ser repudiadas á su vez.»

DOMINGO BADIA (4).

(1) Distinguido naturalista que llevó á cabo un viaje á Marruecos en 1859, poco ántes de nuestra guerra con aquel imperio.

(2) Sábio historiador, erudito, sacerdote y viajero. publicó su obra *Description et histoire du Maroc* en París, 1860.

(3) *Historia de los presidios menores de Africa*: Melilla, 1871.—El autor de este manuscrito conoce bien las costumbres de los moros que rodean nuestras plazas fronterizas, en las que ha vivido algun tiempo y redactado su obra.

(4) Conocido en Marruecos por *Alí Bey*, príncipe *Abbasida*, consiguió con

«El divorcio está lejos de ser cosa comun entre los moros bien acomodados; y la palabra *chuma* (vergüenza), se la he oido aplicar constantemente á los muy pocos casos cuya noticia ha llegado á mis oidos. Además, las familias, por su parte, ponen los medios de dificultarlos, obligando á los que reciben una de sus hijas, á que las doten con una fuerte suma para el caso en que pudieran repudiarlas.»

«Pero si esto sucede con los moros de buena posicion, está muy lejos de suceder lo propio con los moros del pueblo, que ni esperan para repudiar á sus mujeres el término marcado, ni las dan tan siquiera las tres onzas (sobre dos reales) y el gallo, que son la fórmula legal de los divorcios.»

JOSÉ M. MURGA (1).

«En cuanto á la humillacion en que viven las mujeres, es mayor si cabe en Marruecos que en todos los demás países sujetos al islamismo. Entregadas á la desesperacion y á la soledad del harem, si pertenecen á grandes señores, ó encargadas de los oficios más rudos y fatigas más penosas entre los pobres, la vida de una mujer en esos países es un tormento incesante.»

ESTÉBANEZ CALDERON (2).

«En cuanto á la mujer, si en Europa es el alma de la sociedad, y lo anima todo con su presencia, en Marruecos, encerrada en su casa sin que puedan dirigirla la palabra más

su disfraz los mayores honores y distinciones del Emperador y de los altos dignatarios del imperio.

(1) Con el nombre de *El Hach Mohammed el Bagdady* estudió y recorrió Marruecos este atrevido viajero y humorista escritor, que es sin disputa de los hombres que mejor conocian ese país.

(2) La autoridad de éste escritor en asuntos de Marruecos, está reconocida en España y en el extranjero. Murga ha tomado muchas ideas de este autor, y es indudable que el principio del capítulo X del *Manual Oficial en Marruecos* (*) debió inspirarle sus preciosos *Contrastes entre españoles y berberiscos*.

(*) Madrid, 1844.

que su marido y parientes más próximos, por falta de alma no hay sociedad.»

«Son las mujeres en general dóciles y buenas para sus maridos, porque éstos están autorizados para divorciarlas con cualquier pretexto.»

«Créese en Europa que son muy celosos; mas yo pienso que más que celosos son desconfiados. Donde no hay amor, los celos no existen, y aquí la mujer se considera como un instrumento doméstico.»

GATELL (1).

«¡Pobres criaturas! Ninguna de ellas contaba tal vez treinta años, y habia pasado ya el brillo de su juventud, y con ello habian comenzado las fatigas insoportables, los tratamientos inhumanos, y el frio desprecio que hacen horrible la vejez á la mujer árabe, instrumento de placer hasta los veinte años; bestia de carga hasta la muerte.»

EDMUNDO AMICIS (2).

«Los ganaderos y propietarios de los esclavos vendieron públicamente sus caballos, mulas y borricos, y con ellos, en pujas de á un duro, de á una peseta y de real, la infeliz esclava, que, transida de dolor y anegada en amarguísimo llanto, rogaba en vano á su nuevo señor que comprase tambien al hijo de sus entrañas.»

LAHASSEN MENNUM (3).

(1) D. Joaquin Gatell, como Badia y Murga, fué arrastrado á Marruecos por su afición á las aventuras y viajes. Fué conocido en aquel país con el nombre de el *Caid Ismail* y llegó á mandar la artillería de la Guardia Imperial. LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID ha publicado el Diario de sus expediciones en 1862.

(2) Este elegante escritor acompañó como cronista á la embajada italiana que fué recibida en Fez por Muley Hassan. Amicis ha publicado sus impresiones de viaje en un libro traducido ya en varios idiomas, y que es una verdadera joya literaria.

(3) Bajo este pseudónimo se oculta el nombre de un antiguo periodista y empleado de los que más honran á España en el imperio marroquí; en 1877 escribía unas correspondencias á *El Imparcial* relatando los sucesos que presenció en su tránsito por el país la embajada española.

«La mujer, que en estos países ni siquiera es un mueble, es para los ricos un animal de lujo que ocupa el mismo sitio que la gacela ó el caballo favorito, mientras que los pobres la consideran lo mismo que á su camello ó á su asno.»

JOSÉ ALVAREZ PEREZ (1).

«La mujer de la ciudad es uno de los seres más desgraciados que se conocen; pasa su vida en el fondo de una habitación, sin la menor distracción exterior, no cuidándose más que de adornarse, criar á sus hijos, comer y dormir.»

«En cuanto á las mujeres del campo y kábilas... Mientras que su marido duerme, fuma ó hace la guerra, para la mujer quedan los trabajos, no sólo los de la casa, sino también las rudas faenas del campo; ella cuida de las caballerías, barre los establos, carga el estiércol, ensilla los caballos y siega las mieses.»

FRANCISCO DE A. URRESTARAZU (2).

«El vapor *Blasco* se surtió en Ifiní de provisiones, y el moro encargado de llevarlas me dió la siguiente relación de los precios que en el mercado tienen los artículos principales:

Una esclava.....	800 rs. vn.
Un caballo escogido.....	800 —
Etc., etc.»	

FERNANDEZ DURO (3).

«Si el musulman vive en la ciudad, su mayor temor es que su huésped pueda ver á su mujer... vive, por el contra-

(1) Cónsul de España durante muchos años en diversos puertos de la costa occidental de Marruecos, escritor público y periodista. Es de los que saben observar y ha escrito varias obras y Memorias comerciales sobre ese imperio. La cita es de 1875.

(2) Es hijo de aquel país, ha vivido mucho tiempo entre los moros y tiene motivos más que suficientes para conocer sus costumbres, que describió en sus *Viajes por Marruecos*.—Madrid, 1878.

(3) El hecho que se refiere tuvo lugar en 1878, en el que efectuó una exploración en la costa NO. de Africa una comisión, de la que formaba parte este distinguido marino á bordo del vapor *Blasco de Garay*.

rio, en el campo ó en el desierto; entónces obliga á la mujer á ejecutar todos aquellos trabajos que considera indignos de él.»

CONKING (1).

III.

La seguridad personal de la mujer marroquí ha mejorado algo desde fines del primer tercio de este siglo: las potencias europeas interviniendo, aunque no tanto como debieran, en las bárbaras costumbres del país, han logrado desterrar espectáculos como el que cita Sir Jhon D. Hay (2) en una de sus obras sobre Berbería, de una mujer jóven y bella ofrecida en sacrificio propiciatorio al Sultán, y que fué degollada delante de su tienda para terminar una de las frecuentes revueltas que azotaban á Marruecos ántes de la época citada.

El Gobierno marroquí no se atrevería en la actualidad á autorizar *oficial y públicamente* una ejecución capital sin motivo que la justifique, ni por las ideas religiosas que profese uno de sus súbditos, siempre que no atenten á la seguridad del Estado. La última ejecución que se verificó en Marruecos por esta causa tuvo lugar en Mequinez durante el reinado de Muley Abd-er-Rahman, siendo la víctima la renombrada judía Sol Jachuel. Esta valerosa mujer fué mártir de sus ideales religiosos: habiendo renegado de su fé y abrazado el islamismo en un momento de obcecación, prontamente hubo de arrepentirse, y asustada de su falta volvió al seno del judaismo; el Sultán, impulsado por los fanáticos musulmanes, ordenó su muerte si persistía en su última determinación; ni ruegos, ni dádivas, ni amenazas, ni el primer puesto en el harem imperial que se le ofreció en nombre de Muley Abd-er-Rahman, la hicieron desistir de su propósito;

(1) *Marruecos. El país y sus habitantes*. El autor escribió este libro, bastante comentado, por efecto de su viaje al imperio marroquí en 1878.

(2) Actual representante de Inglaterra en el imperio marroquí.

y los habitantes de Mequinez, asombrados y ya pesarosos, vieron morir á la hermosa hebrea, invocando el Dios de Moisés; siendo tanto más de admirar su valor y su fé, cuanto que los rabinos habian autorizado oficialmente la apostasía exterior para evitar el martirio, idea que ella rechazó, considerándola hipócrita y desleal.

Entre las mismas leyes y costumbres mahometanas existen algunas que tienden á levantar el decaido prestigio de la mujer: el marido puede nombrarla á su muerte tutora y curadora de la prole, y en este caso goza de parecidos derechos á la europea: ella dirige á los hijos; administra la hacienda, contrata y vende segun su criterio, y se ve respetada y atendida por todos, guardándose las consideraciones que hubiera merecido su difunto esposo. Es muy general, en los matrimonios monogámicos, cuya union no se ha visto alterada por ningun disturbio, que los maridos concedan á las madres de sus hijos este derecho, y no en vano, porque nadie mejor que ellas puede velar por los intereses y educacion de aquellos pedazos de su alma.

Se ha creido que los Sultanes podian llevar forzosamente á su harem á todas las mujeres del imperio que quisieren, y si bien es cierto que así pueden hacerlo con las esclavas, tambien lo es que las libres y recatadas se ven exentas de tan vejatorio tributo si á él se oponen con decidida voluntad. No hace mucho, en 1878, que falleció el bajá de Tánger Si Chilali-ben-Hamed, dejando viudas á sus dos esposas, de una de las cuales hubo de enamorarse el actual Emperador Muley Hassan, y á pesar de las promesas y amenazas de que fué objeto por algunos individuos de la córte, se negó terminantemente á ingresar en el harem imperial, teniendo que concederla permiso, bien á su pesar, el mismo Emperador para contraer matrimonio con uno de sus súbditos.

Estas resistencias son muy raras; pocas mujeres en Marruecos se niegan á compartir con las numerosas odaliscas del harem imperial el cariño de los caprichosos Sultanes; y si se tiene en cuenta que los Emperadores de la actual dinastía descienden directamente de Mahoma, se comprenderá por qué las familias más poderosas del imperio consideran

como el mayor de los honores que sus hijas contraigan esta union que puede hacerlas madres de un *scherriff* con el mismo derecho que todos los hijos del Monarca á ocupar en su dia el trono del Mogreb.

Luchas sangrientas, revueltas fratricidas que amenazaban ser interminables han concluido felizmente por ese medio. Cuando un Emperador considera imposible vencer á un súbdito rebelde, acostumbra á pedir una de sus hijas en matrimonio, y al instante se cambian en alegrías y festejos los rencores, el luto y la guerra, recibiendo el Monarca con la nueva esposa grandes regalos de los que hasta entónces habian sido sus mayores enemigos.

No se surte solamente de tan extraña manera el harem de los Emperadores; muchos personajes y autoridades del imperio, cuando solicitan alguna gracia del Sultan, procuran adquirir hermosas esclavas, que hacen acompañar á las instancias y son excelentes recomendaciones para la buena resolution de sus asuntos. Si Musa, predecesor del actual gran *Uzir*, ó ministro universal, sostuvo, al decir de las gentes, su privanza con Muley-Hassan, en el último período de su mando (1876 á 78), gracias al tino que demostró en elegir para el harem odaliscas tan variadas como bellas; aún se decia más: que para hacerse dueño absoluto del poder habia conseguido aficionar tanto al Emperador á estos excesos, que minando su robusta organizacion, le provocaron unos accidentes epilectiformes, perturbando su inteligencia hasta llegar á ser un juguete de su sagaz privado.

Las mujeres de este harem no se reclutan únicamente en el país. Yo he tenido ocasion de asistir á dos hermosas núbias, que padecian fiebres intermitentes y que habian llegado á Tánger procedentes de Constantinopla con destino al Emperador. Habian sido compradas por un rico comerciante que me llamó con gran misterio y todo azorado, pensando se podia averiar una mercancía de la que esperaba los mejores resultados; parece ser que en la ciudad bañada por el Bósforo existen casas dedicadas á comprar niñas de corta edad, á quienes enseñan la música, el baile y otros adornos, iniciándolas más tarde en misterios que aumentan considera-

blemente su valor, siendo género muy solicitado por los sibiritas musulmanes; las dos que yo pude ver hablaban perfectamente el inglés, y según me dijeron, habían aprendido el canto y el piano; se expresaban tan bien como una dama de nuestra sociedad, pero no conocían la menor idea de pudor.

Por estos y parecidos medios algunos Emperadores de Marruecos han sostenido en su harem un verdadero ejército de mujeres; señalándose sobre todos por esta circunstancia el célebre Muley Ismael. El ya citado fray Francisco de San Juan del Puerto dice en el cap. III del libro VI de su *Mision Historial de Marruecos*:

«Este Rey (Muley Ismael) tiene más de 4.000 mujeres y criadas, porque ha sido el Rey más dado á este vicio que ha tenido la tierra; pues hasta los naturales no encuentran en sus historias en otro alguno tanto número de concubinas; y lo más que á ellos mismos ha pasmado, es la fecundidad que ha tenido. El año de 703 pregunté á uno de sus hijos, que es el más entendido de todos ellos, que cuántos hermanos eran. Y de allí á tres días vino con un papel donde tenía escritos 525 varones y 342 hembras, asegurándome que éste era el número cierto de los que hasta aquel año tenía, por lo cual no dudo que ya habrán llegado á 1.000.»

El actual Sultán, si bien no tanto como su predecesor Ismael, es bastante aficionado al bello sexo; se aseguraba en Marruecos que tenía el capricho de sostener en su harem 354 mujeres, tantas como días se cuentan en el año musulmán; sean cuantas quieran, sólo cuatro tienen derecho á llevar el título de esposas; las restantes son concubinas ó esclavas. Están alojadas en los palacios imperiales de Fez, Mequinez y Marruecos,—que son verdaderas poblaciones amuralladas,—según resida en una ó en otra ciudad la corte del Emperador, y cuando éste sale á campaña ó pasa á otra residencia, le acompañan cierto número de mujeres debidamente guardadas y con las mayores comodidades posibles.

La custodia y vigilancia exterior del harem está confiada á soldados de la guardia imperial, escogiendo al efecto los más fuertes y valerosos de sus hombres; y la interior se halla á cargo de otros que á primera vista no parecen lo que son.

Estos desdichados, víctimas de la más infame tiranía, viven felices y satisfechos con su suerte: mutilados bárbaramente desde muy corta edad, no comprenden su infortunio ni aprecian su desgracia, siendo tan indiferentes á ella como pueda serlo el sordo de nacimiento á las inspiradas notas de Mozart ó Bellini.

El órden y la direccion doméstica del harem se lleva por unas mujeres de edad provecta llamadas *Harifas*, revestidas de grande autoridad y maestras entendidas y archidoctoras en el arte en que tanto sobresalió la célebre Celestina. Ellas enseñan á las mujeres del harem todo cuanto puede agradar á su señor; ellas las visten, las adornan, las pintan y las castigan, y con ellas se entiende el Sultán como intermediarias en la eleccion de sus amores de un dia, cuando alguna favorita no le tiene embargados los sentidos.

¿Qué ocupaciones son las de tantas mujeres encerradas en aquellos vastos palacios y jardines? Aburrirse, hacer tal cual bordado, bailar, cantar, murmurar unas de otras, y por último, entregarse al vicio que hizo tan vergonzoso el nombre de la segunda Safo; que del género de vida á que se ven condenadas no pueden esperarse cosas mejores.

Al Emperador, como á todos los mahometanos, le está prohibido tener más de cuatro esposas con arreglo á las prescripciones de la ley; pero con sujecion á la misma puede repudiarlas ó divorciarse cuanda quiera, de cuyo derecho usa con frecuencia, bien por capricho, ó cuando altas conveniencias políticas le aconsejan dar su mano á otra mujer teniendo cubiertas las plazas reglamentarias. En estos casos, dota convenientemente á la sultana divorciada, para que pueda pasar con desahogo el resto de sus dias.

De las esclavas y concubinas, se suelen desembarazar los Sultanes de Marruecos más cómodamente y con menores gastos. En el imperio marroquí no se conceden á nadie títulos de nobleza; ésta se adquiere por los mismos individuos á fuerza de proezas ó á costa de grandes sacrificios en sentido religioso, ó se hereda por descender directamente de Mahoma ó de algun individuo de su familia. Tampoco se dan cruces ó insignias parecidas, y quando el Sultán quiere conceder

el más alto honor á uno de sus súbditos, le regala una de las mujeres de su harem, con la que se casa el favorecido lleno de la mayor satisfaccion, ó cuando ménos,—y es muy raro,— aparentándola para no caer en desgracia con su señor. De esta manera, ni áun en ese país, quizás el único donde no existen órdenes civiles ni militares, pueden perder la esperanza los ciudadanos de llegar á verse honrados con una venera.

¡Qué gran cruz puede ser más grande que la del matrimonio!

FELIPE OVILO CANALES.

(*Se continuará.*)





AVENTURAS

DE

UN SALTIMBANQUIS.

DE

UN SALTIMBANQUIS.

I.



DMONTON es uno de los más lindos pueblecillos del Reino-Unido, sobre todo cuando se llega á él por el lado del cementerio. La elegancia de sus casas, tapizadas exteriormente de plantas trepadoras, y algunas de rosales de Bengala y de jazmines de flores amarillas, la fresca vegetacion de sus jardines y el risueño aspecto de los ribazos que lo rodean, hacen de él un lugar sumamente agradable para pasear en verano, pero solamente durante el dia. Todo el encanto de aquella graciosa naturaleza parece desvanecerse con el sol, y á la llegada de la noche, diríase que se envuelve en un largo velo de soledad y de tristeza, como una desconsolada viuda.

Si esto sucede en la estacion más hermosa del año, y aun haciendo una luna magnífica, ¿qué será en el invierno, cuando el azul del cielo desaparece bajo una capa plomiza, cuando

el granizo bota sobre los desnudos paredones, y cuando un viento glacial hace gemir las despojadas ramas? Tal es, sin embargo, el cuadro que debemos presentar á nuestros lectores en su lúgubre realidad, porque cerca del cementerio de Edmonton, y en un sombrío y lluvioso día de Febrero, es cuando da comienzo nuestra historia, y vemos allá á lo lejos, al final de una callejuela, dos personajes que vamos á presentar en escena inmediatamente.

Aparte del contraste que ofrecen estos dos individuos, uno bajito y rechoncho, y otro alto y enjuto de carnes, su exterior no tiene absolutamente nada de particular. Vistos á cierta distancia, parecen dos paseantes extraviados, que buscan un abrigo bajo la espesa hiedra que cubre las tapias del camposanto; pero mirados más de cerca, adivínase que están allí desempeñando alguna tarea.

A juzgar por los accesorios profesionales que completan su filiación, nuestros dos personajes deben ejercer el humilde cargo de fijar anuncios en las esquinas. Uno de ellos, el regordete, lleva un puchero lleno de engrudo, por cuya boca asoma el mango de una brocha; el otro tiene en la mano un rollo de papel. En la condición respectiva de los susodichos individuos no reina seguramente la igualdad, toda vez que el alto y delgado se abriga bajo un inmenso paraguas que guarda orgullosamente para él sólo, dejando que el agua pluvial azote sin piedad la cara de páscua y las enrojecidas orejas de su compañero, calando al mismo tiempo su sombrero y su cuello levantado, inundando sus manos amoratadas y chorreando hasta por encima de sus botas.

La situación parecía hallarse invertida; el alto y destartado personaje tenía más de un punto de semejanza con aquel frío y tempestuoso día de invierno. Sus demacradas facciones ofrecían el mismo color aplomado que oscurecía la atmósfera; sus escasos cabellos y sus pobladas cejas blanqueaban como los carámbanos de hielo pendientes de los árboles. Al verle ostentar á modo de cetro el gran rollo de papel que tenía en la mano, hubiérasele tomado por el fabuloso anciano que lanza sobre el globo los aquilones y los hielos. Era, en una palabra, la verdadera personificación del invierno.

Hubiera sido, pues, mucho más natural que abandonase el paraguas protector al individuo encargado del puchero del engrudo, sin pensar siquiera en defenderse de los elementos congénéricos desencadenados en torno suyo; pero lejos de eso, los susodichos elementos no tenían para él absolutamente nada de simpáticos.

Después de algunos instantes de inmovilidad, miró por debajo de su paraguas á todos los puntos del horizonte, y se encogió de hombros con cierto aire de despecho.

—¡Bonita ocasión hemos escogido para llevar á cabo nuestra tarea! exclamó con acento gruñon. Así aprenderé á no consultar para nada á un atajo de imbéciles que sólo piensan en su estómago... Veo que estais calado hasta los huesos, amigo Cobb.

—Algo hay de eso, señor, dijo resignadamente el rechoncho personaje. Un poquillo de humedad...

—¡Un poquillo de humedad! Yo os aseguro que estais hecho una sopa, repuso su interlocutor. ¿Qué decís de este tiempo, amigo Cobb? La noche va á ser magnífica, y tendremos el teatro lleno de bote en bote, ¿no es verdad? ¡Ya vereis cómo van á tener que quedarse en la calle la mitad de los aficionados al espectáculo!

Estas palabras, pronunciadas con la amargura del sarcasmo, hubieran hecho perder la paciencia á cualquier otro prójimo que no hubiese sido un humilde subordinado, como lo era Mr. Cobb. Este contestó tímidamente:

—No me atreveré á afirmar que la mitad de los aficionados tengan que quedarse en la calle; pero no lleveis á enojo, Mr. Horner, si, á pesar del mal tiempo, sostengo con seguridad completa la opinion que he tenido el honor de manifestaros. Las principales localidades quedarán todas vendidas, y ya sabeis que casi nunca me engaño cuando predigo algun suceso.

—Yo creí no tener en la compañía más que un mágico y ventrílocuo; pero, por lo visto, tengo además un profeta, dijo Mr. Horner con una ironía cada vez más acentuada.

—No se trata de profecías, señor mio; es una simple probabilidad, fundada en muy sólidos argumentos. He averigua-

do que hace ya una porcion de meses que ninguna compañía teatral se ha detenido en este pueblo, y esta circunstancia, unida al nuevo drama anunciado en el cartel, me obliga á creer que tendremos el teatro completamente lleno.

—¡El teatro completamente lleno! exclamó Mr. Horner, dando grandes patadas en el barro para ver de entrar en calor, y sin notar que salpicaba de arriba abajo á Mr. Cobb, hasta el punto de que éste tuvo que sacar del bolsillo un pañuelo de algodón para limpiarse la cara. ¡El teatro completamente lleno! ¿Y para qué? Eso es lo que yo alcanzara si tuviese en mi compañía una gente ménos holgazana y más á propósito para ganarse la vida, pero nunca he podido lograr esa ventaja.

Mr. Cobb soportó aquella nueva pulla con el estoicismo de que ya habia dado pruebas. Contentóse con perjeñar una ligera sonrisa, y en tanto que Mr. Horner giraba de un modo trágico sobre uno de sus talones, mascando al mismo tiempo una hoja de hiedra que acababa de arrancar, el encargado de fijar los anuncios hizo un rápido gesto que hubiera parecido lleno de misterios al señor director, si éste hubiese podido observarlo. Afortunadamente, Mr. Cobb habia recobrado su respetuosa actitud cuando el orgulloso empresario se volvió nuevamente hácia él.

—Ahora, señor mio, le dijo, si os parece que habeis soportado bastante tiempo la lluvia, tened la bondad de contestar á la pregunta que os dirigí hace cinco minutos: decidme si debemos ó no anunciar el espectáculo para esta noche.

Antes de contestar, Mr. Cobb, visiblemente contrariado por aquellas vacilaciones, desabrochó su levita chorreando agua, y sacó del bolsillo del pantalon un enorme y antiguo reloj de plata.

—Es la una y media próximamente, dijo. A las dos estarán fijados todos los carteles. Por lo tanto, hasta las cinco, me quedarán tres horas para recorrer todo el pueblo y despachar las principales localidades. La noche promete ser detestable; pero no tengais cuidado: no han de faltar espectadores. No podeis negarme que he llegado á ser verdadero maestro en el arte de embaucarlos, y que siempre he salido triunfante en esta empresa. En cualquier pueblo, y haga el tiempo que

quiera—lluvia, viento, nieve ó granizo—siempre despacho gran número de billetes. ¡Ah! señor mio, no teneis más remedio que confesarlo: mi fuerza de persuasion es irresistible.

Mr. Horner, que en aquel momento desplegaba uno de los carteles que tenía enrollados, pareció enderezar las orejas al escuchar estas últimas palabras. Las pretensiones de Mr. Cobb eran tan extrañas, á juicio del empresario, que éste interrumpió bruscamente su operacion y dejó caer los brazos con aire confundido.

—Dispensadme, Benjamin, repuso con una finura que casi nunca solia emplear; no he comprendido bien vuestra última afirmacion. ¿Habeis dicho que sois vos quien proporciona los espectadores para las primeras localidades?

—¡Ya se ve que sí! dijo Mr. Cobb, un tanto alarmado al ver el giro que iba tomando el diálogo.

—¡Vaya, vaya! exclamó Mr. Horner lanzando una estrepitosa carcajada. Pues señor, os aseguro que en mi vida he visto desfachatez como la vuestra. Conque es decir que yo os debo... Dadme la brocha... ¡Hola, hola!... ¿Sabeis que sois exageradamente pretencioso, Mr. Benjamin?

El encargado de fijar los carteles se quedó desconcertado durante un momento, pero no quiso darse por vencido.

—Debo haceros observar, señor mio, dijo procurando atenuar su obstinacion con una humildísima actitud, que yo soy el único que he desempeñado hasta ahora ese oficio. ¿Quién pasa todas las tardes recorriendo las tabernas y las tiendas para echar el gancho á los aficionados? ¿Quién los seduce para que tomen billetes y los paguen *á tocateja*?

—¿Quién? repitió Mr. Horner, sumamente sofocado.

—Sí... ¿Quién sino yo? Esto os parece raro, ya lo comprendo. No puede darse nada más chocante que el ver cómo los entusiasmo y los saco de sus casillas para hacerles aflojar el dinero: Si yo no emplease todos estos procedimientos, creo poder aseguraros que nadie iria á vuestro teatro, porque esos imbéciles hacen el mismo caso de vuestros dramas que de la carabiña de Ambrosio.

Dado el orgullo del trágico, esto era ya demasiado. Sin

fijar siquiera en la pared el anuncio untado de engrudo que tenia entre el pulgar y el índice, Mr. Horner contempló á su subalterno con aire de supremo desden, y le contestó en los siguientes términos:

—¡Basta, Benjamin! ¡Estais insultándome! La fortuna podrá ser ingrata conmigo, podrá burlarse de mí, pero nunca podrá arrebatarme mi nombre. Yo me llamo Hector Horner, y este nombre es conocido en los tres reinos. Manchester, Liverpool y Birmingham lo han colmado de aplausos, y Glasgow y Dublin lo han distinguido con repetidas ovaciones. ¿Cómo os atreveis á decir que esa merecida reputacion no ejerce ninguna influencia en el público? ¡De modo que, segun decís, el público, gracias á vuestras súplicas, viene á arrojarme como una limosna el precio de sus localidades!... Eso vale tanto como insinuar que desconozco vuestros servicios, y que no los pago suficientemente con la media libra que cobrais semanalmente de mi caja. ¿Por qué no pedís desde luego un aumento de salario? Me avergüenzo de teneros á mi lado, Benjamin, y me alegro de que hoy sea viernes; en viernes fué cuando comenzó nuestro ajuste semanal. Nos separaremos esta misma noche. Fijad los carteles que aún nos quedan, pero no os tomeis la molestia de ir á embaucar espectadores, porque desde el momento mismo en que queden pegados todos los anuncios, dejais de pertenecer á mi compañía.

Al terminar esta especie de arenga, Mr. Horner, con toda la suprema dignidad de un elevado personaje, entregó á Benjamin el rollo de carteles y pegó el anuncio, ya preparado, sobre el paredon cubierto de hiedra; despues de esto hizo ademan de retirarse. Benjamin, que durante aquel discurso habia pasado por todas las fases del remordimiento y de la desesperacion, intentó detenerle; cogió á Mr. Horner por uno de los botones de la levita, pero éste se alejó, dejando el boton entre las manos de Mr. Cobb. El encargado de fijar los carteles se quedó completamente estupefacto.

Indiferente á la lluvia, que le inundaba por todas partes, dejó caer los brazos con su puchero de engrudo y su rollo de papel, y siguió con la vista á Mr. Horner hasta el momento

en que la silueta del director desapareció completamente en el recodo del camino. Benjamin Cobb se volvió hácia el cartel y leyó lo que sigue, con el mismo interés que hubiera podido hacerlo un simple curioso:

TEATRO REAL.

(Solar del Hipódromo, cerca de la taberna del *Caballo Negro*.)

ESTA NOCHE

se representará un nuevo drama sumamente original y verdaderamente conmovedor:

ZILLAH LA AFRICANA,

ó las intrigas del crimen burladas por la inocencia de la virtud.

DISTRIBUCION DE LA OBRA.

ZILLAH (jóven huérfana, virtuosa sin ostentacion), *miss C. Horner*.

BILL BLUDJON (fullero en el juego de dados y foragido de lo peor que se conoce), *Mr. W. Phypps*.

MR. STERLING (negociante montado á la antigua), *Mr. Hector Horner*.

EL TENIENTE JEWEL (verdadero lobo de mar), *Mr. Silas*.

JACK RICKETTS (hermano de *Zillah*, apellidado el Hijo de la Desgracia), *Mr. Jobuison*.

DUPPLERAP (honrado cartero de la administracion de correos), *Mr. Benjamin Cobb*.

Despues del drama, *Mr. S. Horner* admirará y sorprenderá al público con sus extraordinarias habilidades de

PRESTIDIGITACION Y VENTRILOQUIA

que ha tenido el honor de ejecutar ante muchas testas coronadas.

PRECIO DE LAS LOCALIDADES.

Primeras, 1 chelin 6 peniques.—*Segundas*, 1 chelin.—*Terceras*, 6 peniques.

—Terceras, 6 peniques! murmuró Cobb con amargura. ¡Si tendré que maldecir el día en que me senté por primera vez en esas dichosas localidades!... ¡Yo pedir un aumento de salario!... ¡Pobre necio! Ha hecho bien en marcharse, porque creo que si permanece á mi lado un minuto más, acabo por decírselo todo. El está muy lejos de sospechar lo que ocurre... No sé qué mosca le habrá picado hoy, pero lo cierto es que nunca le he visto tan enfurruñado. Se conoce que su oficio le trastorna los cascos. Desempeña unos papeles tan distintos, que en más de una ocasión toma lo imaginario por real, y lo real por imaginario. ¡Separarnos esta noche, y para siempre! ¿Será posible?... Y ella, ¿qué dirá de todo esto? Ella al ménos dice siempre la verdad, porque nunca hace papeles fuera del teatro. Si fuese ella quien me despidiera, la cosa tomaría un aspecto muy distinto; pero no creo que tuviese valor para cometer semejante crueldad...

Al decir esto, Mr. Cobb lanzó un suspiro que hubiera enternecido á una roca.

—¿Y por qué no? añadió revolviendo el hierro en la herida. Ella no sabe nada de mis artificios, ni de mis secretos pensamientos. Ella no ve en mí más que un maniático enamorado del teatro y que desempeña una infinidad de oficios: encargado de fijar los anuncios, maquinista, apuntador, demandadero, y todo por doce miserables chelines á la semana, y el privilegio de pasearme sobre el tablado lo mismo que un maniquí, cuando hay que hacer el papel de un personaje que no habla. Ella estará persuadida de que soy un grandísimo mentecato, y tiene razón, porque lo soy cada vez más. Lo que no admite duda, es que no me es posible dominar mis sentimientos. Yo no puedo verla sufrir ciertas privaciones y carecer de un manton ó de un vestido, sin enternecerme... Vamos, ¡veo que hoy seré mucho más necio que nunca!

Al decir estas palabras, acompañadas de un nuevo suspiro, Mr. Cobb se preparó á fijar cuanto ántes los carteles de teatro que aún le quedaban.

II.

Ahora que el pobre hombre se ha alejado, urge arrojar alguna luz sobre varios puntos que pueden parecer misteriosos en el comienzo de esta historia, y muy principalmente en lo que se refiere á la identidad de la persona que Mr. Benjamin Cobb ha designado con el pronombre *ella*.

Esta persona era miss Cora Horner, hija de Mr. Horner, propietario y director del Teatro Real. El monólogo que hemos sorprendido nos induce á creer que *ella* habia inspirado á Mr. Benjamin Cobb una tierna pasion.

Las lectoras que suelen atribuir á los enamorados de las novelas todas las perfecciones de un Adonis, extrañarán sin duda que Mr. Cobb, con sus cuarenta años cumplidos y con un físico tan poco gracioso, se atreviese á dirigir miradas temerarias á una jóven rubia de ojos azules, verdadero tipo de belleza, y, para hacer su retrato en dos palabras, de esa raza inglesa, cuyas mujeres, cuando llegan á ser hermosas, nunca lo son á medias. Pero contestaremos á eso con ciertos aforismos tan antiguos como el mundo: «El corazon nunca envejece;—en cualquier edad puede uno enamorarse, etc.»

¿Sospechaba la jóven la pasion de que era objeto? Y suponiendo que la conociese, ¿la habia alentado? Hé aquí una pregunta á la cual nada tenemos que contestar. La más bella mitad del género humano, que es tambien la más perspicaz, tiene, segun dicen, grandes tesoros de indulgencia para ese género de debilidades. Además, si Mr. Cobb no era hermoso, tenia en cambio lo que se ha convenido en llamar *un corazon de oro*, como lo demostrará la historia de su entrada en la compañía del Teatro Real, y su abnegacion con un director que le trataba con tan poquísimo respeto.

Unos seis meses ántes de la época presente, el Teatro Real se hallaba establecido en Portsmouth, en donde hacia muy malos negocios. Despues de algunos dias de una prosperidad equívoca, habia ido de mal en peor, para caer por fin en un estado verdaderamente deplorable. Como la compañía, cada dia mé-

nos numerosa, no podia abordar el repertorio clásico, Mr. Horner y su hija se habian visto reducidos á la triste necesidad de escribir ellos mismos sus dramas, único medio de ponerlos al nivel de sus limitadísimos recursos, tanto en el material como en el personal. Aun cuando miss Cora no se las echaba de literata, su colaboracion era indispensable bajo el punto de vista del guardaropa, de cuya administracion se hallaba encargada; y sucedia en muchas ocasiones que tal escena, cuidadosamente terminada por el cómico-autor, era cruelmente mutilada por la jóven, á falta de una vara de terciopelo ó de unos cuantos metros de indiana.

No es cosa baladí la direccion de un teatro ambulante, y su situación es cien veces más desfavorable que las de las empresas estacionarias. En una compañía estacionaria, los artistas pueden pasar en sus respectivas viviendas todo el tiempo que les queda libre, y entregarse en ellas á ciertas ocupaciones sumamente útiles, segun sus diferentes aptitudes. Nada impide que el caballero que debe representar por la noche al baron de Groscoffort se gane honradamente media libra durante el dia remendando botas viejas, ó que la duquesa de Cent-Quartiers ejerza en sus ratos de ocio el oficio de lavandera.

Pero en una compañía nómada todo ocurre de un modo muy distinto. Fuera de la funcion y de los ensayos, los actores y actrices, sobre todo los primeros, no tienen más tarea que la de matar el tiempo. Así es que ningun beneficio reportaba el que Mr. Horner, despues de ensayar sus papeles á todo el mundo, pasase las tardes en compañía de un vaso de aguardiente, filosofando acerca de los rigores de la fortuna. Esta ociosidad era todavía peor para el jóven Silas Horner y su compañero Mr. Phypys, que jugaban á los bolos desde que concluian de comer hasta el momento de entrar en escena. Añádase á esto que la caja del Teatro Real tenia una pesada carga en la persona de «master Jobinson,» *el Hijo de la Desgracia*, ó sea el pequeño Job Horner, tercer retoño de aquella noble raza. Este jóven cómico en flor, alimentado con biberon despues de la muerte de su madre, habia vivido siempre enclenque y enfermizo, y costaba los ojos de la

cara en consultas y recetas. En cuanto al personal femenino de la compañía, reducido á miss Horner y á la mujer de Mr. Phypps, estas dos señoras tenían muchísimo que hacer, pues estaban encargadas de la cocina, del lavado y de todos los demás trabajos domésticos.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando una noche se abrió el Teatro Real para representar un nuevo drama extraordinariamente patético, según rezaban los carteles. El argumento, tomado de la vida marítima, había despertado la curiosidad de los habitantes de Portsmouth, y la barraca estaba casi llena de espectadores. Había, como siempre, tres clases de localidades en el Teatro Real. Mr. Cobb se sentó modestamente en las terceras, en donde se dió desde luego á conocer, primero por una atención muy semejante al éxtasis, y luego por un entusiasmo verdaderamente estrepitoso. Lo que parecía entusiasmarle en tan alto grado era, más que el drama, la heroína, ó, mejor dicho, la actriz encargada de representarla. No hay necesidad de decir que aquella actriz era miss Horner. Siempre que aparecía sobre las tablas ó abría la boca, el pobre hombre se entregaba á las más entusiastas manifestaciones. En las escenas conmovedoras, el bueno de Cobb hacía mil exclamaciones en voz alta ó aplaudía frenéticamente, según que la jóven víctima sucumbía bajo el peso de sus desgracias, ó las soportaba con singular heroísmo. Cuando, al final de la obra y después de mil extraordinarias peripecias, la heroína perseguida triunfaba de sus ruines enemigos, como debe suceder en todo drama hecho como Dios manda, Mr. Cobb no pudo ya más; llamó á miss Horner con su estentórea voz, y su ejemplo fué seguido por todos los babiecas que ocupaban el teatro. La hermosa miss Cora le debió uno de sus más brillantes triunfos, y tal vez este recuerdo contribuyó después á que naciese en su alma un poco de indulgencia. Terminado el drama, Mr. Cobb continuó en su asiento para ver los ejercicios de magia; pero en cuanto observó que las mujeres no salían á la escena, se levantó y se fué derechamente á la calle.

Al día siguiente, el forastero—porque todo anunciaba que no era de la localidad—penetró en el teatro tan pronto

como se abrió el despacho de billetes. Los que le habían observado el día anterior, apenas pudieron reconocerle. Era siempre la misma gordura, la misma fisonomía franca y risueña, y los mismos ojos desmesuradamente abiertos; pero ¡qué metamorfosis en su traje! Vestido, la primera noche, con una sencillez que le hacía pasar por un dependiente subalterno de marina, llevaba aquel día una magnífica levita, un sombrero de castor y una camisa más blanca que la nieve. Lo que revelaba sobre todo su condición de *gentleman*, es que tomó asiento en la primera fila de las localidades más caras. Su entusiasmo fué tan expansivo como el día anterior. Semejante acontecimiento no podía dejar de hacer sensación en la compañía, y aquella noche, en la cena de los actores, se habló durante largo rato del *noble forastero*, á quien todos consideraban como un ave de paso que probablemente no volvería á parecer por allí.

Pero ¡oh sorpresa de las sorpresas! sucedió precisamente todo lo contrario. Al siguiente día, dos individuos de la compañía dramática tuvieron el inesperado honor de conversar con él. El encuentro se verificó en el corral de la taberna de Neptuno, en donde el jóven Silas y Mr. Phypys pasaban generalmente toda la tarde, entretenidos en jugar á los bolos. No podíamos decir si aquel encuentro fué ó no preparado por la casualidad. En resúmen, comenzaron á charlar á las primeras de cambio, y gracias á una série de jarros de cerveza y de cigarros, no tardó en establecerse la más cordial intimidad. En semejantes condiciones, nada más natural para Mr. Cobb que el pedir algunas noticias de la encantadora actriz. Nada tampoco más natural para Silas que el dar las gracias, en nombre de su hermana, al amable é indulgente desconocido. De jarro en jarro y de cigarro en cigarro, prolongóse tanto la conversacion, que al cabo de unas dos horas, ya por discrecion ó por eludir el compromiso de pagar, el jóven Silas tuvo á bien despedirse de sus compañeros.

Mr. Phypys, que era más valiente, no se hizo rogar mucho para quedarse, ni para ser muy comunicativo y muy parlanchin sobre todo cuanto se relacionaba con el Teatro Real,

sus triunfos y sus infortunios, insistiendo muy principalmente en este último particular. El astuto cómico sabía convertirlo todo en sustancia, y entreveía en aquel momento la realización de un sueño largo tiempo acariciado,—el anticipo ó empréstito de media libra,—y á este importantísimo objeto dirigió sus baterías.

—¡Qué excelente muchacho es vuestro amigo! dijo Mr. Cobb al separarse de ellos el jóven Silas. No he visto en mi vida un mozalbete más simpático. ¡Y qué talento tiene, y qué travesura! Me gusta mucho más que su padre, que, dicho aquí *inter nos*, parece ser hombre de malas pulgas.

—Algo hay de eso, murmuró Mr. Phypys.

—Verdad es que no se puede juzgar á un hombre por los papeles que desempeña en el teatro. Si á mí me hubiesen dicho que iba á hablar hoy familiarmente con el terrible pirata de ayer, no lo hubiera creído.

Mr. Phypys tendió afectuosamente la mano á su interlocutor.

—Amigo mio, le dijo, nunca somos en la vida real lo que parecemos en la escena. Sin embargo, no hay regla sin excepcion. Nuestro director es mucho más intratable de lo que revela su aspecto. Por lo demás, fuerza es confesar que tiene para ello muy sobrados motivos.

—Pues no lo comprendo, dijo Mr. Cobb; teniendo unos hijos que pueden llenarle de orgullo y siendo propietario exclusivo de un teatro, ¿qué más puede desear?

—¡Quién sabe! ¡Tal vez un poco de ese vil metal, tan indispensable para satisfacer las necesidades de la vida!

—¡Ah! exclamó el forastero abriendo sus grandes ojos con extraordinaria sorpresa. ¿Quereis decir que es pobre?

—Vos lo habeis dicho, amigo mio; más pobre que Job, despues de su ruina.

—¡Eso sí que es triste! dijo el bueno de Cobb con un acento de compasion que hizo que Mr. Phypys se decidiese á doblar el total del proyectado empréstito.

—Muy triste para él y para los que figuramos en su compañía. Si no fuese por el cariño que profeso á esa familia, que he conocido en otros tiempos mejores, hace ya muchos dias

que hubiera roto mi contrata. Creed que se me parte el corazón al verlos sufrir. Los hombres, vamos, menos mal, ¡pero esa pobre miss Cora!...

—¡Qué decís! exclamó Mr. Cobb con verdadera ansiedad.

—¡Ah! caballero, ¡la pobrecita no tiene más ropa que la que lleva puesta!

—¡Dios mío! dijo el forastero, dejando caer el vaso que llevaba á sus labios.

—¡Vaya, ya hemos roto un vaso!... Pues sí, ésa es la pura verdad. Por este solo dato podeis calcular el estado en que se hallan nuestros negocios. ¿Creeríais, por ejemplo, que me veo en la dura necesidad de dejar un par de botas mías en casa del zapatero, por no tener cuatro miserables chelines para la remonta de las suelas?

—¡Válgame Dios! ¡Ni siquiera un par de trajes! murmuró Mr. Cobb, vivamente preocupado.

—Estoy hablando de mis botas, amigo mío.

—¡Cómo! ¡Ni siquiera un par de botas!

—Pero, señor, si yo hablo de las botas que me ha compuesto el zapatero, dijo el cómico, sin apartarse un momento de su tema. Por la miserable cantidad de cuatro chelines!...

—¡Ah! Ya comprendo lo que decís: que os hacen falta cuatro chelines.

—Justamente. No tendré más remedio que pedirlos prestados... á pesar del odio que profeso á todo cuanto huele á anticipo; pero tengo un amigo que vive á unas trece millas de aquí, y estoy seguro de que me los prestará. Mañana en cuanto amanezca me pondré en camino. Veamos: trece millas de ida y trece de vuelta, son veintiseis. Llegará el lunes, día en que irremisiblemente tendré dinero,—tan cierto como que ahora es de día,—y me veré obligado á recorrer otras veintiseis millas para devolver ese dinero á mi amigo... Total, cincuenta y dos millas... por la mezquindad de cuatro chelines.

Mr. Cobb, sumamente conmovido, metió la mano en el bolsillo del pantalon.

—Si no lo lleváseis á mal, dijo, me atrevería...

—¡Ah! Caballero, ¡cómo he de llevarlo á mal! exclamó el

actor volviendo la cabeza y alargando los cinco dedos; pero... en fin, puesto que os empeñais, yo os deberé eternamente...

Terminada esta escena, Mr. Phypys recordó que era ya la hora del ensayo, y se despidió afectuosamente de su nuevo amigo.

Aquella noche no hubo en las primeras localidades más que un solo espectador, Mr. Cobb. Esto sucedió en los siguientes días, hasta que por fin Mr. Horner, cansado de declamar frente á los bancos desocupados, decidió largarse con la música á otra parte, y comenzó á deshacer la barraca. Cuando más ocupado se hallaba en esta tarea, avisáronle que habia una persona que deseaba hablar con el director.

Era Mr. Cobb, en traje de camino y provisto de un pequeño paquete sujeto al extremo de su baston.

—Buenos días, Mr. Horner. Parece que andamos bien de salud, exclamó no sabiendo qué decir para entrar en materia.

—Vamos tirando de la vida, caballero. ¿Y á qué debo el honor de vuestra visita? Ya veis que tengo muchísimo que hacer...

—Dispensad mi indiscrecion. Ando en busca de trabajo, y vengo á preguntaros si os seria posible darme colocacion en vuestro teatro.

Estas pocas palabras habian sido cambiadas fuera de la barraca, que servia á la vez de morada y de teatro, y estando solos ambos interlocutores. Pero cuando se supo en el interior que el visitante era el excéntrico *gentleman* de las primeras localidades, todos los actores salieron y rodearon á Mr. Cobb, excepcion hecha de miss Cora, que se contentó con mirar por uno de los agujeros del telon. La *diva* estaba aún en traje de mañana y con el rostro rodeado por una aureola de papelitos para rizarse el pelo, y no creyó conveniente presentarse de aquel modo.

—¿Y tendriais la bondad de decirme qué colocacion es la que solicitais? preguntó Mr. Horner con una finura verdaderamente glacial.

—La que vos me deis, caballero; yo no soy exigente, y me conformo con cualquier cosa.

—Supongo que sois actor...

—Todavía no, contestó el hombre del paquete sin desconcertarse; pero con vuestras excelentes lecciones, espero que muy pronto llegaré á serlo.

El atrabiliario director no podia ofenderse por semejante réplica, y se dignó sonreír con aire satisfecho, en tanto que los demás individuos de la compañía se reían á carcajada tendida.

—Amigo mio, dijo Mr. Horner, creo que no nos entendemos. Si no sois actor, ¿qué colocacion quereis que yo os dé? Y aun cuando lo fuéreis, siento deciros que tampoco podria complaceros, porque mis negocios dejan bastante que desear, y no estoy en el caso de adquirir nuevos compromisos.

El misterioso pretendiente no pareció desanimarse con aquella objecion. Despues de reflexionar un breve instante, continuó de este modo en el uso de la palabra:

—Eso no es un obstáculo, porque no hay nada oneroso para vos en el ajuste de que se trata; al contrario. Si vos me dais algunas lecciones, es muy justo que las cobreis de algun modo.

Mr. Horner movió la cabeza con aire de incredulidad.

—Lo que me proponeis, dijo, seria infructuoso para vos y para mí.

—Sin embargo, caballero, reflexionadlo un momento, añadió el obstinado Cobb, colocando su paquete sobre los equipajes de la caravana. Yo no quiero permanecer ocioso en el intervalo de mis lecciones, y puedo seros útil de mil maneras.

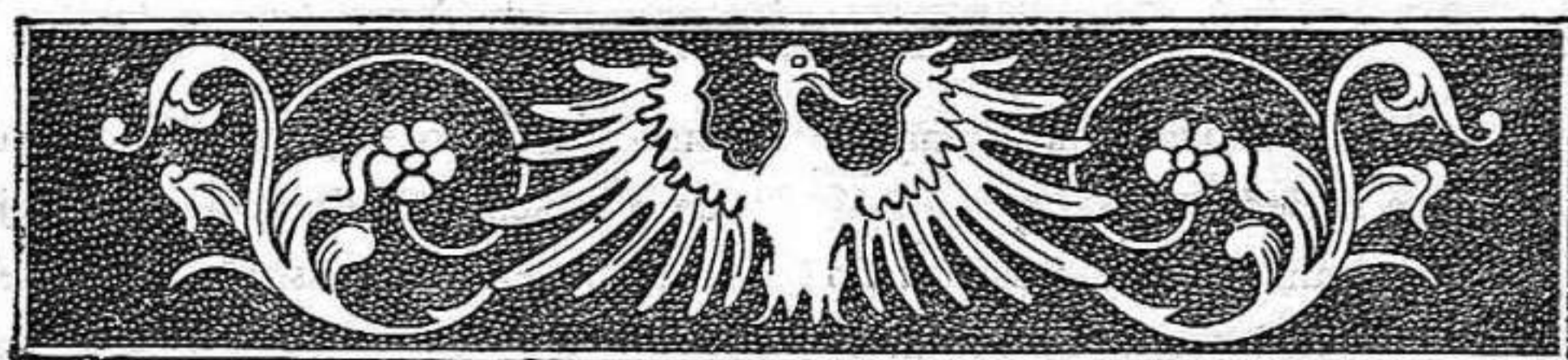
En aquel momento un ligero ruido hizo volver la cara á Mr. Horner: era miss Cora, que le hacia ciertas señas cuyo sentido negativo no era nada dudoso.

—Mucho lo dudo, señor mio...

—En cuanto al precio, replicó el forastero, creed que no seré yo quien regatee. No soy rico, pero dispongo de algun dinero, y estoy dispuesto á entregaros la cantidad en que fijeis vuestros honorarios.

M. GREENWOOD.

(Continuará.)



BOLETIN BIBLIOGRÁFICO. (1)

José Abril Tristante.—*El colegial torreado, novela.*

Sin pretensiones, y con el único móvil de ahuyentar el hastío en horas tristes, se ha escrito sin duda esta obra, como dice el autor en el prólogo. Y tímido y molestado, persuadido de las malas condiciones en que escribía, ni siquiera se ha atrevido á dar su nombre, ocultándolo bajo el pseudónimo de D. José Abril Tristante, teniendo la obra meses y meses sin exhibirla, esperando que los críticos le digan que es, al ménos, regular, llevadera, que su lectura no hará perder el tiempo en vano, y que el arte no sufrirá agravio con su publicación.

No pretendemos nosotros constituirnos en autoridad crítica para dar

por sí solos y ante sí el *exequatur* á una obra en la república de las letras. Pero segun nuestro leal saber y entender, como se dice, y por nuestro voto, valga lo que valiere, ¡cuántas y cuántas obras peores, mucho peores que la presente, han visto la luz pública y les han concedido elogios bien ó mal merecidos, y hánles proporcionado lectores, sean ó no de buen gusto!

Deponga el autor su timidez y deje que la crítica falle sobre su novelita. Mientras ésa crítica ilustrada é imparcial la juzgue y emita fallo decisivo, anímele la consideracion del alto sentido moral y religioso que revela su obrita y la maestría y propiedad con que descarna ciertas hipocresías y frivolidades sociales, mostrando perfecto

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

conocimiento de la aguja de marear de nuestra sociedad.

En el argumento ha desarrollado riqueza de imaginación. Un joven, de educación religiosa, casi mística, pero desconocedor de las arteras mañas sociales, deja correr los impulsos de su corazón tierno y afectuoso, ingenuo y leal, del que abusa el amor egoísta, que no tiene otro móvil que los mezquinos intereses materiales.

Y esas bromas de amor, que á veces empiezan por ligero pasatiempo, ó por vanas satisfacciones mujeriegas, tomando luego cuerpo en atmósfera de egoísmo refinado, vienen á parar en amargas lágrimas ó en siniestras tragedias. Es original la ocurrencia de titular la obra humorísticamente *El colegial torreado*, lo mismo que los epígrafes de los capítulos, cuando en el fondo es seria, á veces sentimental y otras trágica. Revela el autor con esto amarga queja y desconfianza de corregir las frivolidades que, en su concepto, como la mar de fondo, ocultan agitaciones y sacudidas bajo la risa y la jovialidad.

Al pintar las ilusiones de un seminarista, cuya alma aún no está empañada por el feo hálito del vicio, al describirnos lo que los Santos Padres llaman tentación virgínea, dice mucho, bueno y bien escrito, llenando en esta parte las condiciones de belleza que hacen gustar y agradar.

Hay párrafos de lenguaje florido, como en el que presenta á Almería. Hay otros de pasión y poesía, como en el que se ocupa del amor. Hay caracteres muy artísticamente dibujados,

como el mísero viejo D. Prudencio, que representa en la acción el bajo egoísmo. Hay escenas que no pueden ménos de impresionar y desagaviar la justicia entendida, como la en que el mismo personaje se encuentra en el suelo tendido entre la sangre de secuestradores. Otras en que el espíritu se eleva á lo ideal en alas de algo dulce y arrebatador, como aquella en que, tras vicisitudes tantas y contrariedades, el joven apasionado deja correr los raudales de amor ante su ídolo, creyendo por un momento en el soñado Eden, cuando perdona y se reconcilia con su tirana y se abrazan por irresistible impulso. Hay, en fin, otras cualidades que pueden ser elogiadas. No es con esto decir que la obra no tenga defectos. Los tiene y muchos, como el no perfecto desarrollo del plan, que revela al autor novel y que ha escrito muy de prisa; hay episodios que sobran y episodios muy largos, el lenguaje en general carece de soltura y de construcciones clásicas. Pero así y todo, la obra proporciona útiles lecciones morales y sociales, su lectura hace pasar agradablemente el rato, y de ninguna manera constituye una herejía en la república de las letras. El autor, pues, debe animarse y darle publicidad.

Y.

*
*

F. J. Stahl.—*Historia de la Filosofía del Derecho*, obra traducida del alemán y precedida de una introducción y de una noticia histórica y crítica sobre las obras del autor, por

A. Chauffard.—Un tomo de 540 páginas.—París.—Precio, 12 fr.

Entre las más importantes obras últimamente traducidas al francés, ocupa un lugar muy preferente la *Historia de la Filosofía del Derecho*, de F. J. Stahl. Se trata, como todos sabemos, de uno de los más ilustres profesores de Alemania, al cual debe la ciencia grandes y señalados servicios. La materia es, por otra parte, en extremo difícil, y exige conocimientos muy especiales, y muy elevado juicio, sobre todo si, como lo hace Stahl, se lleva á ella un criterio propio, un orden de ideas nacidas de la propia observación.

En nuestros días, por más que ciertos espíritus pocos afectos á este género de investigaciones se obstinen en negarlo, se ha dado un gran impulso á este género de estudios. Si no precisamente en nuestro país, donde faltan medios para la propagación y para el cultivo de estos trabajos, en Francia, y más principalmente en Alemania, tenemos las pruebas evidentes de lo que acabamos de decir. Por todas partes vemos desarrollarse el espíritu de la investigación, apoderándose insensiblemente hasta de aquellos que jamás sospecharan verse absortos en cierto género de disquisiciones; y la Filosofía del Derecho, por lo mismo que busca el fundamento, analiza las causas y penetra en el espíritu de las leyes, es un estudio que encaja admirablemente dentro de los moldes de nuestro siglo, más propenso á buscar bases inamovibles, sobre las que se sustenten sus principios, que á poner

en prensa su memoria para recordar fechas y citas, nombres y sentencias, aforismos en latín y en griego, cosas todas á las que tan aficionada se mostraba la ciencia de los pasados tiempos.

Federico Julio Stahl, muerto en 1861, es uno de los hombres que más han influido con sus escritos y con sus discursos, sobre todo en Berlín, y entre los representantes del partido conservador. Los liberales, Bluntschli entre ellos, le han acusado de ser un hombre de la Edad Media; pero dejando aparte estas calificaciones, vale más que nos fijemos en la dirección que supo dar siempre á sus estudios, según las palabras de Mr. Chauffard, su traductor.

¿Cuál fué, según éste, la obra de Federico Julio Stahl?

“En el orden científico, sentar la fé sobre bases racionalmente inquebrantables; en el orden intelectual y moral, establecer la unidad, conduciendo la filosofía, y por consecuencia todas las ciencias del orden moral, por las vías del cristianismo. Aspiraba á realizar, entre la teología y la filosofía, entre la fé y la ciencia, una unidad comparable á la que entre ellas existía en los tiempos de Santo Tomás de Aquino.”

Una vez conocidos estos antecedentes, que nos hacen creer ó sospechar que el ilustre tratadista que nos ocupa hubiera sido un Bonald ó un Maistre, si hubiera profesado la religión católica, pasemos á examinar lo que contiene su obra de *Historia de la Filosofía del Derecho*.

Divídese ésta en seis libros: filosofía del derecho en tiempo de los griegos; Edad Media; filosofía del derecho abstracto (derecho natural), con un apéndice sobre la filosofía materialista del derecho; filosofía práctica del derecho; filosofía especulativa del derecho; filosofía de la historia aplicada al derecho.

Basta la enumeración de tan importantes materias para hacerse cargo de la trascendencia de la obra de Stahl. Por su erudición, por su estudio, por su vasta y elevada inteligencia, puede decirse que el ilustre tratadista alemán ha sabido condensar en este trabajo todo su pensamiento sobre el movimiento especulativo de su siglo.

Dada la importancia y extensión de la obra, nos limitamos á exponer los puntos principales que abraza. Si quisiéramos hacer un exámen más detenido, nos veríamos en la necesidad de extractar una por una todas las páginas de este libro, lo cual no entra, como es lógico, dentro de los modestos límites de nuestro BOLETIN.

* *

Augusto Charaux. — RACINE. *La crítica ideal y católica.*— Dos tomos, de 370 y 276 páginas.— París.— Precio, 7 francos.

Mr. Augusto Charaux, profesor de literatura francesa en el Instituto Católico de Lille, es un profundo conocedor del teatro francés, y ha escrito, ántes de este estudio sobre Racine, otro no ménos notable de Corneille.

En todas las ciencias existe una grande libertad de criterio para juzgar las cuestiones, tal como uno apetece, según el punto de vista que se adopta; pero en materias literarias es todavía mayor, infinitamente mayor, la anarquía que resulta á causa de tantos pareceres encontrados, de tantas opiniones diversas.

Tratándose de poetas y de escritores dramáticos, todo tiene disculpa, hasta los defectos más imperdonables. Todo consiste en que un crítico dé en llamar atrevimiento á las extravagancias, y rasgos de espontaneidad á todos los desaliños de la forma. Nunca pudo decirse con más razón que tratándose de estos asuntos:

“En este mundo traidor
nada es verdad ni es mentira;
todo es según el color
del cristal con que se mira.”

Pero dejando aparte estas cuestiones, que, á decir verdad, son de todo punto independientes de la obra de Mr. Augusto Charaux, bueno será que tratemos de conocer el sentido que da á su crítica el erudito profesor del Instituto de Lille.

En primer término, es preciso convenir en que en toda la crítica de Mr. Charaux domina un verdadero espíritu cristiano. A su juicio, lo bello no debe nunca separarse de lo verdadero y de lo bueno. En este sentido, el autor de quien nos ocupamos no olvida jamás, tratándose de obras literarias, una circunstancia importantísima: el fin moral.

La tendencia natural del teatro es conmover, sea como sea, y á todo

trance, teoría peligrosa y siempre rechazada por la crítica, tal como Mr. Charaux la entiende. Para los que así opinan, inútil es decir que el teatro tiene un fin moralizador y civilizador, tanto más sagrado de cumplir, cuanto más grande es su influencia en las costumbres. Tal es la doctrina sustentada en la interesante obra de este autor.

El libro empieza dando cuenta de la vida de Racine, con muchos pormenores y noticias curiosas, sacadas de las cartas particulares del poeta y de otros importantes documentos. Después entra Mr. Charaux en el análisis de todas las obras de Racine. En esta parte del libro es donde mejor puede apreciarse el cuidado con que el autor procede, á fin de no errar en sus juicios. Es un verdadero análisis, reposado, concienzudo y hasta minucioso. Al llegar aquí, Mr. Charaux elogia cumplidamente todas las bellezas que descubre en las producciones de Racine; pero con igual reposo y sinceridad, marca todos los puntos flacos, todos los lunares de que adolecen, las situaciones falsas, las escenas reprobables. Acaso se ha manifestado harto severo algunas veces, como, por ejemplo, en el instante en que declara que *Phèdre* es "un crimen literario y una obra inmoral;" pero es, sin duda, porque áun perdiéndose en los tiempos mitológicos, ha creído que podía producir funestos resultados y ejemplos poco edificantes.

En cambio, el autor sostiene que podía sacarse un gran partido del mundo cristiano, sin necesidad de

buscar inspiraciones en otras fuentes ménos puras y consoladoras. *Esther* y *Athalie* son, como es lógico, las obras predilectas de Mr. Charaux.

Todos estos puntos, altamente interesantes, son expuestos en el libro con gran sencillez y naturalidad. Diríase que el autor no escribe, sino habla, á juzgar por la forma que emplea; pero esto es, á nuestro entender, un nuevo y poderoso atractivo, porque en Francia, lo mismo que entre nosotros, lo que sobra son críticos que se expresen con altisonantes palabras y tono doctoral y enfático. La naturalidad será un hecho el día en que todos los sabios se dediquen á ilustrar á los juiciosos. No puede serlo mientras la mayor parte de aquéllos se consagren á seducir á los imbéciles.

* * *

J. Lagarrigue.—*España y Calderon de la Barca.*—Un tomo de 108 páginas.—París.—Precio, 1 franco.

El Sr. Lagarrigue, honrando la memoria de Calderon de la Barca, ha pronunciado un discurso ante una Asamblea de positivistas, consagrada este día á tributar su homenaje á la memoria del ilustre poeta español.

El expresado discurso está pronunciado y escrito en francés é impreso en París, donde es de suponer que tuviera efecto el acto de que nos ocupamos, por más que el Sr. Lagarrigue no lo dice, sin duda por olvido. Muchos y muy grandes elogios nos tributa el Sr. Lagarrigue á los españoles, por lo cual debemos estar muy agra-

decidos, y demuestra además conocer perfectamente el teatro de Calderon, del que hace una extensa crítica; pero se nos figura que ántes que todo, y á todo trance, lo que el Sr. Lagarrigue ha querido, es hacer la apología del positivismo.

Y si no, díganos con franqueza el autor de este discurso: ¿qué necesidad tenía, para ponderar las glorias de Calderon, de hacer cada cuatro renglones una protesta de ferviente positivista?

¿Qué tiene que ver Calderon con el positivismo?

Precisamente se trata de un hombre que, á juzgar por su modo de ser, nunca hubiera tenido simpatías por Augusto Comte, aunque lo hubiese tratado y conocido. El Sr. Lagarrigue titula su trabajo *España y Calderon de la Barca*; pero de la primera sólo habla por incidencia, y del segundo por compromiso. Confiese el Sr. Lagarrigue que lo que á él le complace es propagar las doctrinas de Augusto Comte.

Cualquiera de los párrafos de su discurso basta para apreciar cuál es el pensamiento fundamental del autor.

Dice éste, entre otras cosas, en el prólogo de su libro:

“A vosotros, enérgicos descendientes del Cid, nos dirigimos principalmente en estas líneas y en nuestra apoteosis al gran Calderon. Os es preciso conocer la religion de la humanidad.

“Si ha existido algun pueblo que tenga necesidad de una religion para ser grande, es seguramente el vuestro. La gloria de vuestro pasado está uni-

da al catolicismo, y el reconocimiento contribuye á manteneros en la religion de vuestros padres. Si os quejais de vuestro estancamiento, de vuestra inestabilidad política, de la mala direccion de vuestros intereses generales, se debe esencialmente á la falta de convicciones profundas y de una fé comun, siendo como es el catolicismo incapaz de conseguir ni de lograr nada en las materias sociales y políticas.

“Pero si vuestro estado social, por una parte, exige una nueva fé religiosa, vuestro carácter y vuestro corazon, por otra, os disponen á comprender y á aceptar la religion de la humanidad. Es preciso, no obstante, felicitaros por haber conservado tan largo tiempo la fé de vuestros antepasados, y por no haber querido permanecer en la nada de la metafísica y del materialismo. Esto os permitirá pasar directamente de una doctrina orgánica y moral, pero que no es de nuestro tiempo, á una doctrina más orgánica y más moral, que satisface plenamente todas las nuevas aspiraciones de la humanidad.”

¿Quién, que oyese estos y otros razonamientos de la misma índole, podría adivinar que toda esta filosofía era á propósito de Calderon de la Barca?

Pero á esto dirá el Sr. Lagarrigue que su libro ó su discurso se dirige á España, y que en tal caso, la disertacion es oportuna.

Lástima que tampoco en esto estemos conformes. Ni España cuenta arriba de una docena de positivistas ni la fé de sus mayores le sirve para

dar un cambio de frente y ponerse bajo la bandera del positivismo. Ya que tan positivo es el Sr. Lagarrigue, debiera no hacerse ilusiones, y comprender que cuando un pueblo pierde la fé en su religion, no la sustituye con otra, sino que se queda sin ninguna, que es precisamente lo que sucede á los que piensan como el señor Lagarrigue. Dice éste, como todos los de su escuela:

“El amor por principio.

El órden por base.

El progreso por fin.”

Y se quedan tan satisfechos como si hubieran resuelto todos los problemas. Estos axiomas serán excelentes para formar un partido ó una bandera política; pero ¿quién, que conozca el mundo, puede pretender que éste olvide sus religiones, para sustituirlas con tan poca cosa?

Terminado su panegírico á Calderon, y al hablar como de costumbre de sus ideales positivistas, dice el señor Lagarrigue:

“Y añadiré que jamás ha existido un momento más oportuno para nuestro deseo. Ved á España. Hace cien años, el primer aniversario de Calderon pasaba desapercibido. Hoy el país entero se ha despertado de su letargo ante este gran recuerdo, y ha querido honrar dignamente la memoria de aquel genio sublime. A medida que nos alejamos de lo sobrenatural, comenzamos á presentir cuál es nuestra verdadera providencia. Toda la semana que acaba de trascurrir no ha sido en la Península más que una fiesta y una satisfaccion continuas

en honor de Calderon de la Barca.

“Esos gritos de alegría y de amor llegan hasta nosotros; nos anuncian que en España, como en todo el Occidente, el reinado de la humanidad avanza á grandes pasos.”

Nunca hubiéramos creído que una cosa tan lógica como honrar la memoria de una celebridad literaria, cualquiera que fuere, tuviera tan hondas y trascendentales raíces. ¡Quién habia de pensar que los españoles honrábamos en el dia del Centenario de Calderon, más que el recuerdo de éste, las doctrinas de Augusto Compté!

*
*
*

J. Lair.—*Luisa de la Valliere y la juventud de Luis XIV.*—Un tomo de 437 páginas.—Paris.—Precio, 8 fr.

Se trata de un libro que ha tenido un gran éxito en París, pero justificado, sin duda alguna, por sus méritos señaladísimos. Ciertamente que esta clase de lecturas, en que se describen las aventuras galantes de un personaje célebre, son muy buscadas, por la amenidad y el tono ligero que en ellas domina, como primer elemento de su composición; pero la obra que en estos momentos nos ocupa se funda en documentos inéditos, y no es simplemente un libro de recreo, como tantos otros de la misma índole.

Todo lo que se refiere al reinado de Luis XIV tiene un interés extraordinario, no sólo por la reconocida importancia del Monarca, sino también por el carácter galanteador y aristocrático de su córte. Bien dijo el

que dijo que "no hay hombre grande para su ayuda de cámara." Leyendo el libro de Mr. Lair se observa que la figura de Luis XIV pierde en vez de ganar. Ni para su querida ni para la Reina resulta su carácter amable y bondadoso; más bien aparece ingrato y duro hacia una y otra.

Otros Reyes, quizá menos dignos de alabanza que Luis XIV, sufrirían mejor un análisis de la índole del que nos ocupa. En el fondo del carácter de Luis XIV hay una gran vanidad, que muchas veces llega hasta ser pueril. Todos sabemos que el fastuoso palacio de Versalles no era sólo la morada de un Rey; era asimismo un centro de placeres y frivolidades, en las que Luis XIV tomaba la parte más activa. Era un hombre que no carecía de ingenio; pero esto no impedía que su carácter fuese eminentemente superficial.

Por otra parte, la figura de Luisa Francisca le Blanc, duquesa de la Valliere, no puede ser más interesante. Tócale el papel de víctima, y al conocer los episodios de su vida, el Monarca resulta á su lado empequeñecido. Los Reyes pocas veces tienen la fortuna de ser amados desinteresadamente. La duquesa de la Valliere fué todo lo contrario. Prendada de Luis, renunció á casarse muy

ventajosamente. Sin intervenir para nada en los negocios públicos, exenta de ambiciones, sólo aspiraba á ser correspondida en su amor. Fué desgraciada. Ni sus gracias, ni su dulzura, ni los frutos de aquel desventurado cariño, impidieron á Luis prendarse de la señora de Montespan, muy inferior en virtudes á la duquesa de la Valliere. Esta, como todos sabemos, se encerró en un convento de carmelitas, y habiendo sabido un día que uno de sus hijos había perecido, exclamó: "Debo llorar más su nacimiento que su muerte."

Tal es el interesante personaje que tan importante papel desempeña en el libro de Mr. Lair.

Este, como antes hemos dicho, no escribe de memoria estos episodios, que todo el mundo conoce, sino que, inspirándose en documentos curiosos, refiere escenas y da idea de acontecimientos de la vida íntima del Rey, ántes desconocidos.

Es cierto que al fin y al cabo no se trata de hechos que arrojen gran luz sobre la ciencia histórica. Pero Mr. Lair suple este defecto con la amenidad que brilla en toda la obra, y con lo juiciosos y bien fundados que resultan todos sus razonamientos.

H.





CRÓNICA POLÍTICA.

INTERIOR.

LA lucha electoral ha terminado. El Gobierno ha obtenido un completo triunfo, según invariable costumbre, y las oposiciones han visto limitada su representación parlamentaria á la cifra que, por regla general, alcanzan siempre. Hay ya un patron preconcebido, al que se ajusta constantemente la organización del Congreso, y de ese patron no se apartará en un ápice el que está próximo á reunirse. Varian los nombres de los diputados que han de formar la mayoría: en vez de los Fernandez, vienen los Perez; pero, salvo diferencias de apellido, la misma masa adicta, los mismos votos serviciales, el mismo entusiasmo ministerial en la derecha, hasta fisonomías parecidas y análogos trajes, todo como si el poder no cambiase de señores; el propio contingente en la izquierda, igual animosidad contra los gobernantes, idénticos recursos estratégicos. Defendiendo los unos todos los actos del Gobierno, cualesquiera que ellos sean, sin atender á más razon que á su abelengo; impugnando los otros cuanto de aquél procede, como si fuera bastante á condenarlo el pecado original de nacimiento.

Tal es el sistema, y pierde lastimosamente el tiempo quien se empeñe en mixtificar la realidad de los hechos. Doscientos y tantos votos contaba en su apoyo el Gabinete Cánovas, aún no hace seis meses, y doscientos y tantos trae al nuevo Parlamento el Ministerio Sagasta. Unos cincuenta eran en aquel Congreso los constitucionales, y esos mismos serán en el próximo los conservadores. La estética en el conjunto no varía: ¿qué importan las diferencias de detalle?

Aquellos *síes*, doscientas veces repetidos, como entusiasta aprobación de la política conservadora, no brotarán de los labios que ántes los pronunciaron (algunos habrá que nos desmientan); pero brotarán, al fin, con tanto entusiasmo y tanta espontaneidad como aquéllos, otros doscientos *síes* que sancionen la política de la fusión... y en paz. Si no es Sagasta el que dirige las huestes opositoristas, será Cánovas el que las mande; si Leon y Castillo no truena, airado Júpiter, á guisa de fiscal intolerante, Romero Robledo esgrimirá las armas de su hábil oratoria, en son de consumado dialéctico. De un lado, la pasión del que se defiende á toda costa, sin omitir argucia ni economizar sutileza; de otro lado, la pasión del que ataca, pronto á poner á prueba todo género de elementos de combate.

El resultado estaba previsto ántes de verificarse las elecciones. En España no hay Gobierno, por torpe que sea, que no logre mayoría. Caso de que real y positivamente se declarase neutral, su imparcialidad merecería burlas de ineptitud.

Fuerza es reconocer, sin embargo, que, dada la composición del Congreso, no faltan motivos para esperar discusiones animadas y áun violentas. Tiene la actual situación dentro de sí misma un gravísimo peligro, que puede de pronto convertirse en abrumadora desventura. Eso de creer que la suma de cantidades heterogéneas puede dar un total que represente y signifique algo, es quebrantar las leyes de la aritmética, que en este caso extiende su indestructible eficacia á la política. La fusión, amalgama ridícula de principios opuestos y aspiraciones encontradas, ha podido mantenerse mientras sólo se ha tratado de conquistar las posiciones oficiales. Hechas las elecciones, ensanchadas de

nuevo las distancias, cada grupo ha de volver á su campo natural, como los rios recobran su perdido cauce tan pronto como se abren las compuertas que atajaron su curso.

En la mayoría, mejor dicho, en el Gobierno, Sagasta y Martinez Campos, el vencido y el vencedor de 1875; el primero hubiera fusilado al segundo, si hubiese podido haberle á mano; Alonso Martinez y Albareda, el uno todo ideas de órden, respetos de ley, altas consideraciones de Estado; el otro reformista por excelencia, revolucionario por vocacion, infatigable gestor de asuntos legislativos por medio de circulares y de negocios de gobierno por medio de comisiones; Leon y Castillo, vehemente y avanzado; Vega de Armijo, apático, frio, doctrinario...

Tras ellos, Balaguer y Romero Ortiz, comandando la vanguardia fusionista, casi en la frontera de los dominios democráticos; Posada Herrera, progresista convertido á última hora, haciendo esfuerzos de neófito para convencer de la sinceridad de su nueva filiacion, pero sin que la casaca del patriota baste á encubrir el frac del conservador; Gamazo, diestro en la polémica, resentido con sus amigos por la guerra que le han hecho en las elecciones, estérilmente por cierto, y esto dá alas á las fantasías de su desagrado; Lopez Dominguez, manteniéndose á la capa, libre, por consiguiente, de adoptar en definitiva una actitud que hoy no deja entrever...

Los amigos de Sagasta, prevenidos á la defensa, si no al ataque; los amigos de Martinez Campos, recelosos y pensativos.

Todos disgustados de la compañía, contrariados por la disciplina y dispuestos á labrar su independencia.

No es otro el cuadro que ofrece la mayoría del próximo Congreso, donde será muy difícil que las primeras escaramuzas no determinen una disgregacion de fuerzas que sólo espera un pretexto de aparente desavenencia, ya que en el fondo palpitan verdaderos motivos de concentrada hostilidad. Así surgió el centro parlamentario en las primeras Córtes de la Restauracion, y así surgirá sin duda una disidencia análoga á aquélla en las que están convocadas para el 20 de Setiembre. En vez de Alonso Martinez, Romero Ortiz; Ba-

laguer, en lugar de Vega Armijo; pero el resultado el mismo. Si entónces fueron conservadores los que se acercaron á los constitucionales, ahora serán éstos los que se acerquen á los demócratas. No extrañaríamos (lo tenemos predicho en una de nuestras *Crónicas*) que los demócratas monárquicos dieran un refuerzo al nuevo centro, llamado á ser el núcleo del Ministerio que ha de suceder al de Sagasta, despues de constituido el que éste ha de presidir muy pronto, formado con elementos puramente constitucionales. La fusion está muerta. Se hizo con un objeto: el logro del poder; realizado ese objeto, nada la justifica, y todo, en cambio, la combate.

*
* *

En la minoría, el grupo conservador, en primer término: unido y compacto cual ninguno bajo la autoridad de un jefe indiscutible, Cánovas del Castillo; escudado en sus principios, perfectamente definidos; orgulloso de su historia, en cuyas páginas registra, como triunfos propios, todas las ventajas obtenidas por el país en estos últimos seis años de provechosa reorganizacion política. Allí la palabra grandilocuente del ilustre estadista, que cuenta por sus discursos sus glorias parlamentarias; Romero Robledo, incansable en el debate, de sutil ingenio y frase aguda y brillante; el conde de Toreno, práctico en las contiendas de partido, carácter indomable y seguro golpe de vista; Bugallal, Cos-Gayon y tantos otros que tienen conquistada patente de peritos...

En otro lado, Castelar, á quien sólo separa de la monarquía una consideracion de supuesta consecuencia; como si el hombre que ha tenido el valor de echar abajo todas sus antiguas predicaciones, no estuviera autorizado para arrastrar entre las ruinas del edificio el escudo que ostentara sobre la puerta...

Salmeron, tan correcto como un libro, severo como un Caton, con quien Rios Rosas no hubiera tenido inconveniente en ir hasta el patíbulo, exageracion que demuestra el alto concepto en que el insigne tribuno le apreció.

Moret, Becerra, el marqués de Sardoal, Montero Rios, todos acreditados profesores en el arte de la palabra. Pidal,

el entusiasta abogado del catolicismo, fogoso como un revolucionario, idealista como un poeta.

Los representantes del ultramontanismo más retrógrado y los apóstoles de las libertades más amplias; republicanos y absolutistas; partidarios del orden, como único fundamento de la libertad, y amigos de la libertad más que del orden, como si la idea no resultara falsa á todas luces. ¿Quién no ha de esperar lógicamente que del choque de tales elementos se produzca la animacion política que hoy nos falta, condenados á la monotonía de una sorda murmuracion sin público desahogo?

*
* *

La composicion del futuro Senado comienza á preocupar, á la vez, á los ministeriales.

Supónese que, por lo ménos, serán unos 50 los senadores de oposicion y unos 130 los adictos, que sumados con los vitalicios ministeriales apenas llegan á 180, precisamente la mitad de los que componen el Senado.

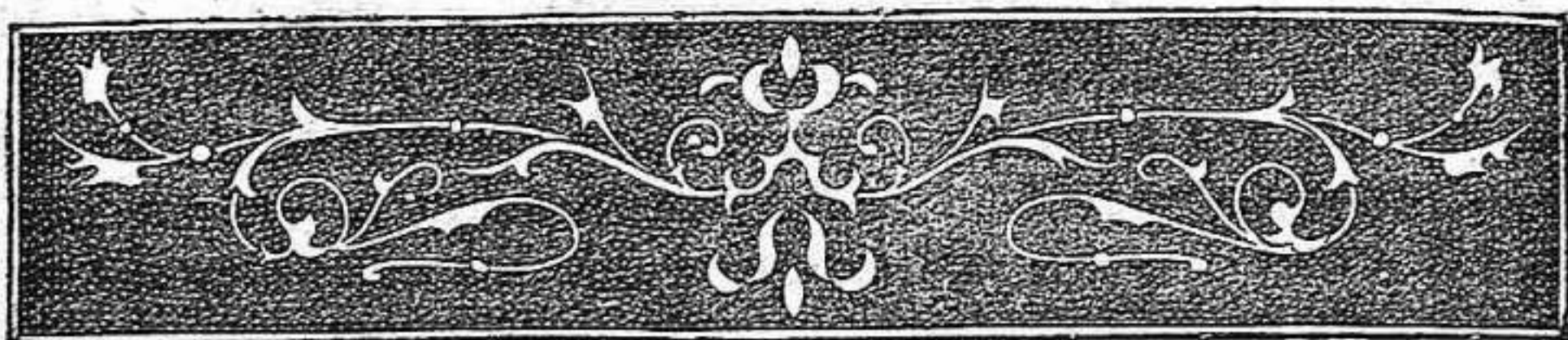
¿Qué porvenir espera, pues, al Gobierno en la alta Cámara el dia en que se suscite una cuestion en que le falte el apoyo de media docena de votos? Basta tan insignificante disidencia para que se vea en gravísimo peligro de una derrota.

Anúncianse proyectos de trascendental interés. Todos los ministros tienen varios en estudio. Primero presentarán el presupuesto y la ley fijando las fuerzas de mar y tierra, á fin de desechar un remordimiento que con razon agobia á los actuales gobernantes. Despues, proyectos de Guerra, de Gracia y Justicia, de Fomento, algunos de Ultramar, quizás el temeroso arreglo de la Deuda. ¿Llegarán á realizarse todos estos propósitos?

Tienen las leyes en España dos períodos de inmensas dificultades y abrumadores entorpecimientos. El primero ántes de ser leyes...

El segundo, despues que lo son.

R.



REVISTA EXTRANJERA.



LE NORD, de Bruselas, supone que no sería imposible, ni aún poco probable, que desapareciesen las dificultades que hasta ahora se han opuesto á la buena inteligencia entre los Soberanos de Europa. Al decir de este periódico, pudiera no estar lejano el día de una liga eficaz «contra la inercia que el liberalismo contemporáneo ha sabido imponer á los Gobiernos.» Si esta noticia se confirmase, lo cual sería un gran paso, la autoridad, desviándose del funesto sendero que hasta ahora ha seguido, comenzaría á pensar en su propia existencia, ó en buscar medios para enfrenar la revolucion. Esto es necesario, y sucederá al fin; pero ¿está próximo á suceder? De Maitre solia decir que todo lo necesario existe; pero no negó nunca que, aún existiendo, no siempre se aplica pronto y, sobre todo, bien. Las medicinas que vienen tarde ó se aplican mal, no dan nunca sus naturales resultados.

Es imposible no ver que, desde hace cien años, la francmasonería, dominante casi siempre en las altas esferas de la política, ha obligado á los Gobiernos á seguir una funestísima línea de conducta, que consiste:

1. En irse desarmando ó debilitando, poco á poco.
2. En no oponerse á que la revolucion gane terreno y se vaya armando cada vez más.

Estas dos máximas, que con tanta constancia se han aplicado y tanto mal han hecho al mundo, no han servido más que para que se vea que si los Gobiernos no comprenden ni sus deberes ni sus intereses, la francmasonería no se forja ilusiones que la lleven muy lejos. Con efecto, basta recordar

la historia de nuestros propios tiempos para convencerse de que si los Gobiernos no se quieren defender, porque no creen en la autoridad y temen á la francmasonería, el masonismo, por su parte, atribuyéndose un poder que no tiene, se ha engraido hasta el extremo de no ver que Dios, que se niega, pero no se destruye, y el instinto de conservacion, cuya energía aumenta en el peligro, son obstáculos que jamás se superan.

Las sociedades secretas saben que ésta es su hora, porque es la hora y la potestad de las tinieblas; pero no advierten que al abusar de su tan inconcebible poder, hacen que la sociedad se alarme, y aún contra su voluntad, salga de su apatía y se prepare para la lucha. El masonismo, que tan invasor es, está provocando una gran reaccion. En esto no cabe la menor duda. Pero ¿con qué velocidad se camina? Hé aquí la cuestion que *Le Nord* no examina, ni se atreve siquiera á plantear.

El masonismo, que tanto ha influido é influye en la política, ha tenido y tiene los enemigos que siguen:

1. Los católicos y conservadores de veras, que creen que la guerra á la religion lleva necesariamente al desprecio y ruina de la autoridad civil. Son muchas, muchísimas las obras que desde hace un siglo se han publicado con el propósito de demostrar que los pueblos sin fé son ingobernables, ó que los Gobiernos, al conspirar contra la religion, conspiraban contra sí mismos. Estos escritos, que han circulado y circulan bastante, no han dejado de producir su efecto. Aunque no se vea ó no se quiera ver, es cierto y muy cierto que hay, no miles, sino millones de personas que están en la persuasion de que la francmasonería es el mal, y debe ser combatido de veras. Muy ciego ha de estar el que no vea que si hay francmasones que deseen hacer la guerra á toda clase de creencias religiosas, tambien hay católicos que estén decididos á defenderse, ó devolver golpe por golpe al masonismo. Esta escision, provocada por el fanatismo masónico, va á ser causa de un conflicto, cuyo término no será sino lo único que puede ser. El masonismo no puede triunfar, porque pelea contra la sociedad, que no quiere morir; contra la naturaleza, que rechaza eso que se llama el *naturalismo*, y contra Dios, que es omnipotente y eterno.

2. Los mismos francmasones, que, al abusar de la fuerza artificial que han adquirido, se descubren, se hacen odiosos y llenan de indignacion, y hasta exasperan á sus adversarios, que no son pocos ni despreciables. El masonismo, abusando de su fuerza, que tiene mucho de fantástica, se ha empeña-

do en resucitar las antiguas castas, ó en convertir el mundo en unos pocos francmasones, que opriman y exploten, y la humanidad toda entera, que debe ser oprimida y explotada. Esto podrá desearse, pero jamás se podrá conseguir. Tras la acción viene siempre la reacción. La tiranía masónica, al ejercerse, al probar que existe, exaspera á las gentes y multiplica de una manera portentosa el número de sus enemigos.

Los francmasones, que tan débiles son y tan poderosos se creen, deberían no olvidar que su misma precipitación pudiera precipitarlos. La cosa no es nueva ni nunca vista en la historia. El masonismo es antisocial, y la sociedad por fuerza ha de defenderse.

3. Las consecuencias de las teorías francmasónicas. No hay ya quien no vea que, negada la fe, se niega la autoridad, y negada la autoridad, aparece al instante el socialismo ó el nihilismo. En pueblos sin fé religiosa no hay orden posible. Las masas que santifican el asesinato político, ó apelan al petróleo y la dinamita, no entran en estos caminos sin haber perdido ántes la fé. Esto, que ya es evidente, y aún más claro que la luz del día, hace que todos los que aborrecen el desorden ó tienen miedo á la anarquía, pensando en su propia conservación, se armen contra el masonismo, que, dígame lo que se diga por los que ó no ven ó no quieren ver, en su fondo, no es más que el *naturalismo* ó la negación de toda autoridad.

Bastan estas observaciones para que se comprenda cuánta importancia tiene el problema planteado por *Le Nord*. Este periódico, que no pone el dedo en la llaga ni osa despejar la incógnita, quisiera quedarse en las ramas, sin llegar al tronco, ni mucho menos á las raíces; pero aunque así sea, ya se sabe que hay cosas que jamás se pueden separar. Al decir, por ejemplo, que los Gobiernos necesitan defenderse, sólo por decir esto, se confiesa todo lo que acabamos de exponer.

¡Que los Gobiernos necesitan defenderse! ¿No se defendían ántes? No. ¡Luego faltaban á sus deberes, dejando indefensa la causa del orden social!

¡Que el socialismo necesita ser combatido! ¿No lo era ántes? No. ¡Luego se pide freno para la tiranía demagógica ó el desorden!

¡Que los Gobiernos necesitan concertarse ó entenderse! ¿No se concertaban ni entendían ántes? No. Luego se conviene en que el sendero masónico, que se seguía, no era ni es el que se debe seguir.

Hé aquí por qué hemos dicho y repetimos que los mismos revolucionarios, con sus excesos, están abriendo su sepulcro.

Entrevistas de soberanos.—Los Emperadores de Austria y Prusia acaban de celebrar conferencias, que, si no son todo lo que pudieran y debieran ser, acaso no dejen de tener alguna significacion antirevolucionaria. No remediarán todo el mal; pero al ménos serán una protesta contra la revolucion y un paso dado contra la anarquía. La desunion de los sumos imperantes ha sido y continúa siendo la causa principal de las victorias que en no pocos puntos alcanza la revolucion.

¿En qué han convenido los Soberanos de Austria y Prusia? No se sabe; pero consta que se han visto, no se ignora que se han separado estrechándose las manos, y esto basta para que la revolucion, que de hecho es muy débil, se alarme y piense en la revancha.

La república francesa, hoy considerada por la diplomacia como un *nido de víboras*, no ha podido averiguar sino que no se cuenta ni se puede contar con ella. Esta exclusion, que está en la naturaleza misma de las cosas, prueba al jacobinismo francés que, si él se une á la revolucion europea para hacer guerra el órden social, los naturales defensores del órden social se buscan y conciertan para poner un dique al torrente de la anarquía.

Pero si la diplomacia no se acerca ni se puede acercar al jacobinismo francés, en cambio, segun *Le Nord*, ya citado, se une, no sólo en Viena, Berlin y San Petersburgo, sino tambien en Lóndres y Roma. Esta declaracion no puede ser más importante. Lóndres, el gobierno inglés, por tradicion ya antigua, era el abogado nato de todos los conspiradores, y Roma, el actual Gobierno romano, por la falsa posicion en que se encuentra, suponía que su vida era la revolucion, ó que moriría si se desviase de la senda revolucionaria. Por esto, no há muchos meses, despues del asesinato del Emperador Alejandro II, los Gobiernos italiano é inglés se negaron en buenos términos, pero tenazmente, á formar parte de la liga europea contra los incendiarios y asesinos.

Ya, segun parece, piensan de otra manera. Ven, sin duda, la muerte al ojo, y se arman contra el enemigo armado. Si así es, hacen bien. ¡Plegue al cielo que no desistan de sus buenos propósitos! Les bastará querer defenderse para que la demagogia pierda la gran fuerza que con su indirecta proteccion le han estado dando y le dan todavía no pocos Gobiernos.

La agitacion de Irlanda, los incendios de Lóndres y la dinamita que se prepara en los Estados-Unidos han hecho comprender á la Gran Bretaña que el veneno no agradece la

hospitalidad del insensato que lo deposita en sus entrañas. El fuego abrasa siempre lo que más cerca encuentra. Como esto es tan evidente, hasta Gladstone, hoy jefe del Gobierno inglés, ha concluido por no negarlo y aún concederlo. De esto se ha de ver mucho.

El Gobierno italiano, que ántes consideraba la revolucion como su base, empieza ya á ver que descansar sobre la revolucion es como dormir sobre el cráter del Vesubio. Esto, que ya se ve por todo el mundo, y no se niega por nadie en Italia, está siendo causa de que vacilen y mediten gentes que en otros tiempos no vacilaban ni meditaban. Pronto se verá y se confesará que ni la revolucion deja de ser un inmenso peligro, ni la guerra á la religion católica puede dar fuerza á lo existente. La persecucion al catolicismo disgrega y debilita, en vez de unir y consolidar.

La Patrie opina que, si se volviese á pensar en la liga antirevolucionaria, acaso no habria voto particular contrario de Inglaterra. Por lo que atañe á Italia, *Le Nord*, como ya hemos visto, se inclina á creer que pudieran confirmarse las noticias relativas á un próximo viaje de Humberto I á Berlin y Viena. Las palabras de estos dos periódicos, en el caso presente, tienen gran valor, porque, no negándose por nadie y, por el contrario, aceptándose por todo el mundo, expresan la verdadera opinion comun.

La visita anunciada de Humberto I á los Emperadores de Prusia y Austria ha de dar ocasion á muchos, muchísimos comentarios. En efecto, el hijo de Víctor Manuel, al ir á Berlin, rompe por completo con Francia, y al encaminarse á Viena, por lo ménos, empieza á desviarse de la senda revolucionaria, que hasta ahora ha sido su camino único. Por esto se explica bien que combatan tanto esta visita los periódicos franceses, que desean que Francia domine á Italia, y los revolucionarios italianos, que tienen ménos amor á su patria que odio al catolicismo.

¿Irá Humberto I á Berlin? No lo sabemos; pero, si va, Italia se apartará de los *guelfos* ó franceses, para inclinarse á los *gibelinos* ó alemanes.

¿Irá á Viena? Podrá no ir; pero, si va, por el solo hecho de ir, protesta contra los *irredentos* ó contra el partido exaltado, que quiere continuar haciendo la guerra á Austria.

Es notable que ahora los italianos más rojos, es decir, los más dominados por la política francesa, se agiten y clamen contra la ley de garantías, ó en favor de la guerra al Papay á todo el catolicismo. En estos momentos, los *meetings* antipapistas no pueden ser sino efecto de las maniobras de los

agentes del gambettismo en Italia. Humberto I no ha podido dejar de ver que los muera al Papa no son sino vivas á la anarquía republicana más feroz.

Cairoli, ex-presidente del Consejo de ministros en Roma, ha pasado una larga temporada en Alemania. ¿Habrá estado preparando la reconciliación de que se trata? Por lo menos, no podemos ocultar que la prensa revolucionaria de París, lejos de elogiar, como en otros tiempos, á Cairoli, no habla de él sino para pintarlo como sospechoso ó recomendarlo á la vigilancia de la policía secreta.

Rusia, que está con Austria y Prusia, continúa enfrenando á los judíos, que en gran parte, al menos, estaban al servicio del nihilismo. Ya se ha visto que con la salida de los judíos del territorio ruso ha coincidido la cesación de los tumultos, los incendios, las máquinas infernales y hasta las cartas alarmantes que, sin cesar, se enviaban á muchísimos periódicos revolucionarios de Europa. *Sublata causa, tollitur effectus.*

Se asegura también que el Gobierno ruso, después de haber conseguido que Francia é Inglaterra expulsen al nihilista Hartmann, está ahora trabajando para que, por lo menos, se le haga también salir de los Estados-Unidos. Si logra esto, Hartmann, que acaso sea, no un brazo, sino la cabeza del nihilismo, tendría que refugiarse en un país bárbaro, en el cual no podría ser nocivo. La ferocidad nihilista sólo es temible donde hay riqueza que destruir, ó en los países civilizados.

No falta quien crea que el Gobierno de Washington se negará á entregar y aún á expulsar á Hartmann; pero la creencia más común es que, á la vista del moribundo Garfield, será hasta imposible que la república norte-americana se decida á continuar protegiendo á los regicidas. La secta de la destrucción haría horribles estragos en los Estados-Unidos, donde tanto podría destruir.

Francia.—Las elecciones han sido lo único que podían ser, dadas las circunstancias. Las abstenciones han sido muchas, los partidos no se han coligado, el Gobierno ha ejercido una presión terrible, la corrupción ha sido más descarada que nunca, y los resultados no satisfacen ni pueden satisfacer á nadie. A estas horas no se sabe si hay mayoría, ó si la hay, de qué color es.

¿Hay mayoría? Si la hay, no es fuerte, compacta ó dócil y ciega, como la pedia *La République Française*.

Y si hay mayoría, ¿será gambettista? Sólo se sabe que el comité gambettista de la rue de Suresnes ha sido poco afortunado. Ni ha dado el triunfo á todos sus candidatos, ni ha podido conseguir que no venzan los que con más empeño

combatía. Muchos gambettistas han quedado en la arena, y no pocos grevystas de los más caracterizados, por cierto no los que ménos estorbaban, no obstante la oposicion de Gambetta, han obtenido mayoría. De modo que, habiendo triunfado los más decididos adversarios, y no reuniendo bastantes votos los más activos edecanes, es muy de temer que no abunden mucho los núcleos de fuerza.

¿Tendrá mayoría Grevy? Es posible que la tenga, pero como sólo puede tenerla. Grevy tiene voluntad y odia; pero desea que se le dé todo hecho. Los diputados que le siguen, al ver el glacial egoismo de su jefe, pudieran contaminarse con el ejemplo y hacer lo que ven hacer. Por lo comun, en política, los soldados de fila no suplen el entusiasmo y abnegacion que faltan á sus jefes.

Añádase á esto que la nueva mayoría, además de ser escéptica y más que mediana en todo, si desconfia de Gambetta, no confía demasiado en Grevy. Esta falta de confianza es y será siempre un gran elemento de debilidad. Grevy ha triunfado; pero por su apatía ó su egoismo, por no querer comprometerse, acaso no utilice bastante su triunfo.

Gambetta, sin duda alguna, ha sido vencido. Su derrota ha sido tan pública como terrible. Sin embargo, como odia y está ciego por la ambicion, como tiene fuerza de voluntad, si no se le suscitan nuevos y continuos obstáculos, podrá acabar por convertir su derrota en victoria, reclutando á los muchos grevystas que pronto se cansarán de la egoista inercia de Mr. Grevy.

Gambetta no ha tenido una sola candidatura espontánea, no ha hallado una sola puerta abierta para él de par en par. Además de no haber habido un solo distrito que se le ofrezca, lo cual es grave, los que él mismo ha querido buscar, se han mostrado mucho más que sordos. Cahors no quiso ni conocerlos, y Tours se apresuró á darle con las puertas en la cara. En cuanto á Belleville, la opinion no ha podido ser más franca ni más enérgica. Jamás se ha visto impopularidad mayor.

Gambetta no ha osado ni presentarse *de veras*, ó sin centenares de agentes de policía, ante sus antiguos electores y adoradores de Belleville. A Menilmontant no fué sino más que hurtadillas y sólo para hablar á puerta cerrada ante mil quinientos domésticos y polizontes y en medio de pelotones de fuerza armada. Mientras Gambetta hablaba ante tan extraño público, sus electores, esto es, sus *ex-electores*, gritaban y amenazaban en las plazas y calles próximas, dando *mueras*, que no podían ser del todo gratos.

Poco despues se presentó Gambetta en Charonne, pero ¿cómo? En una reunion privada y, como siempre, rodeado por centenares de polizontes. Su actitud no era sino la de un acusado ante sus acusadores, ó la de un reo ante sus jueces. En esta ocasion, Gambetta no pudo ni aún hablar. El público le impuso silencio, gritando desaforadamente para que tuviese que escaparse, como se escapó, sin poder hacerse oír. ¡Y qué cosas oyó ántes y despues de su fuga! Jamás ha dicho Gambetta contra la familia imperial lo que ahora dice el *pueblo* contra él. ¡Justicia de Dios! ¡Si sirviese esto de ejemplo! ¡Si se viese al ménos que lo que parece *libertad* cuando se hace la oposicion, no puede ménos de *oprimir* y atormentar cuando se está en el poder!

La eleccion de Gambetta ha dado y sigue dando no poco que decir. Por lo pronto, oficialmente nada se sabe aún. El *Diario Oficial* no ha dicho todavía si es ó no diputado, y la prefectura se ha guardado bien en afirmar que su eleccion es válida. Por lo visto, en el seno mismo del municipio hay grandes y muy acaloradas cuestiones, que acaso no puedan resolverse con facilidad. Entre los jurados hay muchos que quieren que se cierren los ojos y se pase por todo; pero no faltan algunos que, pretextando que Gambetta no es superior á las leyes, se obstinan en creer y hacer creer que las actas nulas, por ser nulas, no pueden ser válidas. Esto no prueba sino que no se comprende lo que es y lo que vale el nuevo feudalismo.

Gambetta se presenta con dos actas, ambas extraoficiales, de las cuales no hay una que pueda pasar. La ménos sucia tiene vicios que la anulan por lo ménos siete veces. En ambas hay presion oficial, amenazas ilegales, promesas de destinos, oro en abundancia, bebida alcohólica gratuita, votos de soldados y empleados, mesas ganadas por sorpresa, escrutinio mal hecho y papeletas anuladas, sin deber anularse, sólo porque convenia que disminuyese el número de los electores, para que los votos oficiales ó no libres, únicos que se habian podido reunir, pudiesen constituir mayoría absoluta.

Las dos actas tienen idénticos defectos. Sin embargo, los gambettitas extraoficialmente, por autoridad propia, han decidido que una se mire como nula, con tal que la otra se tolere como válida. Gambetta ha dirigido á sus *señores y queridos conciudadanos*, no *ciudadanos* á secás, una carta en la cual les dice que, creyéndose diputado por la primera seccion, no insiste en sacar adelante su candidatura en la segunda. Esto no significa sino que se suelta, al parecer, espontáneamente un acta nula, para ver si así se consigue que el adversario se

desarme y no siga impugnando la otra. Tiempo perdido; el *pueblo* no se desarma. Las masas perdonan el despotismo y hasta olvidan la metralla; pero jamás se reconcilian con el sibaritismo, que las provoca é insulta. Gambetta, si no rompe su baño de plata y despide á su cocinero Trompette, no será jamás absuelto; el *pueblo*, quizá por envidia, quiere y exige sobriedad.

Los partidos políticos.—Pocas palabras podemos ya dedicar á este tan importante punto. Sin embargo, aunque nos falta espacio, abreviando todo lo posible, procuraremos indicar si quiera lo más necesario.

Los bonapartistas han quedado mal. Aunque el país no les vuelva las espaldas, y aún suponiendo que los recuerde con pena, es innegable que su jefe actual, por sí solo, es una gran derrota. El nombre del príncipe Jerónimo, tan impopular en todas partes, ha perjudicado mucho á los candidatos bonapartistas. Por desgracia, este príncipe, que, si carece de otras cosas, no carece ciertamente de obstinacion, se empeña en no eclipsarse, para que su hijo, que es popular, pueda servir de bandera.

El príncipe Jerónimo no se ha atrevido á presentar su candidatura en ninguna parte. Lo propio han hecho todos sus más íntimos amigos. Forzoso es convenir en que en este punto no han estado mal dirigidos. Para hacerse derrotar siempre hay tiempo.

Los legitimistas quedan tambien muy mal. En la nueva Cámara aparecen con ménos votos que en la antigua, y sin un hombre nuevo, que se imponga á la mayoría ó que ocupe el puesto de Berryer. El conde de Mun, su único orador, ni es un gran tribuno, ni conoce bien la táctica parlamentaria. Sus ideas son excelentes, y sus intenciones no pueden ser más sanas; pero como no conoce la lengua parlamentaria, no hará gran cosa en el Parlamento.

Los legitimistas, tanto los de la derecha, como los del centro y la izquierda, han cometido una gran falta, de la cual tendrán que arrepentirse quizá no muy tarde. Lo mismo unos que otros han olvidado que los partidos que *afirman* en la oposicion están completamente perdidos. Los partidos políticos, en lo *accidental*, que por desgracia es lo que más divide, no están ni estarán jamás unidos. Por esto, cuando se figuran que tienen *credos políticos*, y se forjan la ilusion de que pueden imponerlos, no consiguen sino aislarse y perderse.

Por no ver esto, que tan claro es, los legitimistas *puros* ó *intransigentes* han ido á las urnas solos, y sin querer y hasta

combatiendo las alianzas de los republicanos prudentes, los bonapartistas católicos y aún los legitimistas que creen que el Rey es Rey, pero no señor absoluto, ni maestro de moral ó gramática. Los legitimistas puros, como nuestros carlistas intransigentes, que por supuesto son enemigos de la legitimidad, están sentando principios de que ya se arrepentirian si, lo que no es posible, llegasen á triunfar. Admitidas sus teorías, Herodes podria degollar á San Juan Bautista, Enrique VIII estaria en su derecho al decretar la supresion del catolicismo, y nada podria decirse contra Carlos III, que tanta y tan implacable guerra hizo á la Compañía de Jesús. *Si quod principi placet legis habet vigorem*, el regalismo es lo único cierto y el César lo absorbe todo. Esto es lo único cierto que, sin quererlo y hasta sin advertirlo, piden los legitimistas puros de Francia y los antilegitimistas ó carlistas intransigentes. ¡Allá se las hayan con sus máximas despóticas!

Cuestion africana.—Segun las últimas noticias, continúa complicándose la cuestion de Africa. Marruecos se niega á ligarse las manos, tratando con Francia para comprometerse á no proteger á los argelinos insurrectos. A lo que parece, el Gobierno marroquí dice que su primer deber es defender la independendencia de Africa, y protesta que no puede dar seguridades pacíficas y amistosas á una nacion que acaba de invadir la regencia tunecina, amenaza sin cesar á Trípoli, y á todas horas está diciendo y repitiendo que tiene miras demasiado ambiciosas acerca de toda la parte occidental del suelo africano.

Turquía, por su parte, está ejecutando fielmente el tratado con Grecia, sin duda para verse libre de obstáculos que le impiden pensar en Trípoli y la parte Sur de Túnez y la Argelia. Los soldados turcos que llegaron hace dos meses á Trípoli, han desaparecido. ¿Estarán en Túnez? ¿Seguirán á Bu-Hamena?

El Gobierno británico acaba de manifestar que Francia le ha dado explicaciones satisfactorias acerca de Túnez y Trípoli. Además, la escuadra francesa se ha alejado del golfo de Gabés, y las fragatas inglesas é italianas están surtas en Susa, entre la Goleta y Sfax, ó sea entre los puntos de la costa oriental de Túnez ocupados por las armas francesas.

Lo de Argel se recrudece. Bu-Hamena ha vuelto á entrar en campaña, y los generales franceses piden refuerzos á toda prisa.

L.

INDICE DEL TOMO XXXIV.

Páginas.

15 DE JULIO.

Cartas autógrafas inéditas del marqués de Valdegamas, por * * *	5
Zumalacárregui, por D. Fernando Fernandez de Córdova, marqués de Mendigorria.....	24
Noticia de varios becerros y cartularios existentes en el archivo histórico nacional, por D. José Foradada.....	40
La juventud dorada (continuacion), por D. Adolfo Mentaberry....	56
Estudios políticos y sociales sobre Marruecos (continuacion), por D. Felipe Ovilo Canales.....	68
El privilegio de la Union, novela (conclusion), por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.....	85
Guía de la villa y archivo de Simancas (continuacion), por D. Francisco Diaz Sanchez.....	97
Crónica política, por R.....	112
Revista extranjera, por L.....	117

30 DE JULIO.

Poetas americanos: Guillermo Prieto, por D. A. Fernandez Merino.	129
La embajada de lord Nottigham á España en 1605, por D. Wenceslao Ramirez de Villa-urruia.....	151
Estudios políticos y sociales sobre Marruecos (continuacion), por D. Felipe Ovilo Canales.....	170
Estudios económicos (continuacion), por D. Mariano Carreras y Gonzalez.....	187
Robespierre, por D. Luis Barthe.....	200
La juventud dorada (continuacion), por D. Adolfo Mentaberry....	219
Boletin bibliográfico.....	232
Crónica política, por R.....	241
Revista extranjera, por L.....	249

15 DE AGOSTO.

El correo y los periódicos, por D. Justo Zaragoza.....	257
La moral sin Dios de Ciceron, según su tratado De Officiis, por D. V. Suarez Capalleja.....	265
Estudios políticos y sociales sobre Marruecos (continuacion), por D. Felipe Ovilo Canales.....	287
Estudios económicos (continuacion), por D. Mariano Carreras y Gonzalez.....	319
La juventud dorada (continuacion), por D. Adolfo Mentaberry....	336
Guía de la villa y archivo de Simancas (continuacion), por D. Francisco Diaz Sanchez.....	350
Boletin bibliográfico.....	356
Crónica política, por R.....	364
Revista extranjera, por L.....	374

30 DE AGOSTO.

Un régimen municipal de la antigua Cataluña, por D. Narciso Pagés.	385
Bibliografía. Las libertades de Aragon, por el Conde de las Alménas.	394
Cartas descriptivas sobre una expedicion de estudio á las Minas de Almaden, carta primera y segunda, por D. M. R. F.....	409
Los principios fundamentales de la Mecánica Química (continuacion), por D. José Rodriguez Mourelo.....	427
Estudios políticos y sociales sobre Marruecos (continuacion), por D. Felipe Ovilo Canales.....	456
Aventuras de un Saltimbanquis, por M. Greenwood.....	472
Boletin bibliográfico.....	489
Crónica política, por R.....	497
Revista extranjera, por L.....	502